

ADVIENTO-2019/20

(A mis hermanos del grupo "LITURGIA")

Cada año, en el tiempo de Adviento, nos entrenamos para descubrir la cercanía de Dios y prepararnos para recibir al Señor que viene a nuestras vidas, el mismo Señor que vino hecho carne en el centro del tiempo y de la historia, el que vendrá con gloria al final de los tiempos es el mismo Dios que viene hoy a nuestras vidas en cada hombre y en cada acontecimiento. La presencia de Dios que nunca deja indiferente y siempre provoca sensaciones y sentimientos que nos determinan.

El Adviento es un tiempo litúrgico, pero también puede ser un espacio concreto: el templo de los domingos, la vida propia de cada día, la vida de las otras personas, la colaboración en la parroquia, las reuniones de grupo, etc., porque en todos ellos se presenta el Señor que viene a traernos su Vida, la de verdad.

Este año, como todos los años, volveremos a celebrar la novedad de Dios. Qué, siempre está con nosotros, pero cada vez de modo distinto, actual, renovado... Él nos ha encontrado, ojalá que nosotros sepamos descubrirlo y acogerlo en nuestra vida y en nuestros grupos parroquiales.

Él está ahí.

Solo hay que escuchar a quien nos habla, abrir los ojos a lo que está sucediendo a nuestro lado, oler el aroma que desprenden las personas que sirven a los demás, gustar los sabores del guiso de la solidaridad con los desfavorecidos de la tierra y tocar las heridas que la desigual distribución de los bienes de la tierra está produciendo en muchas personas que son igual de dignas que nosotros.

Me comprometí.

La edad no solo nos hace mayores en años y en experiencias; con frecuencia nos evoca antiguas vivencias que dejaron huella, y en el correr del tiempo vienen a nuestro presente porque se repiten inesperadamente, o porque nunca las habíamos abandonado.

Así sucede con los viejos compromisos con la Iglesia, con la sociedad, con los amigos, con alguna persona concreta. Los hicieron por nosotros nuestros padres y padrinos en el Bautismo y así nos lo explicaron. Algunos los renovamos en el sacramento de la Confirmación y lo hacemos cada semana en la Eucaristía dominical pero de manera mecánica; hay personas que son más conscientes y se los plantean con mayor seriedad cada vez que los renuevan.

Me sigo comprometiendo.

La venida de Jesús de Nazaret continua siendo tan real hoy como lo fue la primera vez en el país de los judíos. Requiere la misma actitud de espera y de preparación interior en los que desean ser sanados por el que es mayor que uno mismo.

La comunidad de los creyentes, y cada uno de sus miembros, no debe repetir lo de todos los años, ni repetirse como sugiere la sociedad consumista en la que vivimos. Debemos mostrar otras pistas más parecidas a las de los profetas, las de Juan Bautista y las de María. Todos ellos se preparaban para recibir al Otro.

Y seguiré con vosotros.

En una vida ordinaria y normal como la de María en su casa, como la de los profetas en su trabajo, como la de Juan recogiendo junto a él a los que buscan otra forma de vida, es fundamental creer firmemente que va a venir el que ya está en lo que cada uno vive y se llama Emmanuel (Dios con nosotros).

Este es el misterio de nuestra fe... que Dios ha querido compartir la vida con nosotros, sus hijos. Y esta es la experiencia de los creyentes... sentir la bondad y el amor de Dios que invade nuestra existencia y aporta un horizonte nuevo. Se trata de una experiencia radical y vital que transforma nuestro proyecto de vida.

Y así es, cuando trabajamos para vivir mejor todas las personas, cuando la vida con sentido es vida común en la familia, en los barrios, en los pueblos, en las naciones y en todos los espacios donde nos encontramos y colaboramos.

DOMINGO PRIMERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 2, 1-5): *El Señor reúne a su pueblo en la paz de su reino.*

Salmo (121, 1-2.4-5.6-7.8-9): *«Vamos alegres a la casa del Señor»*

2ª lectura (Romanos 13, 11-14a): *Nuestra salvación está cerca.*

Evangelio (Mateo 24, 37-44): *Vivid en vela y estad preparados.*

El sueño en ocasiones nubla nuestra mente y nuestro corazón y nos sumerge en una paz soñolienta. La oscuridad no forma parte de nuestro tiempo, no es lo esencial en nuestra vida. La vida es luz y donde está la luz no tiene sentido la tiniebla. ¡Es hora de despertar! Cuando el ser humano despierta, hace posible la esperanza.

Podemos tener la tentación de vivir a medio gas, ocupándonos de las cosas y actividades cotidianas como si fuera lo esencial de nuestra vida, sin atender a lo que realmente importa, incluso cerrando los ojos a todo aquello que reclama nuestra atención. Y preferimos seguir dormidos, no queremos ver la luz que nos reclama mirar y ver al otro, ver al hermano.

Tenemos que situarnos en lo alto, como el vigía que subido en una torre elevada, está atento a cuanto sucede a su alrededor, así, podremos ver al cercano, al que sufre a nuestro lado, al que vive en soledad, al que pasa hambre, al que vive sin sentido. Despertar y convertir las armas de la ignorancia y del olvido en acogida, aceptación, solidaridad y comunión.

La persona que está despierta y vigilante, elige el mejor punto de observación para que su mirada alcance la mayor extensión posible. La mirada o la visión, exige más tarde, reflexión; es decir, la anchura y profundidad de la misma. Cuando lo que se vigila es la venida del Señor, algo cambia en nuestra mirada. Ésta se vuelve observadora, anhelante, busca la señal, el signo donde se vuelve visible la Vida. Rastrear las huellas de Dios en nuestro mundo requiere una mirada capaz de captar lo que clama, gime, llora, ríe, salta; para vislumbrar entre las sombras la luz de Dios que nos llega.

La necesidad de estar alerta y vivir en constante vigilancia porque no sabemos cuándo será la venida del Señor es la invitación que nos hace Mateo a todos los cristianos. Para ello, nos ofrece en el evangelio cuatro ejemplos de personas sorprendidas por los acontecimientos y nos exhorta a vigilar y esperar activamente.

En el primer ejemplo ⁽³⁷⁻³⁹⁾, la falta de vigilancia de la venida de Jesús es comparada con el descuido de los tiempos de Noé, cuando la mayoría de las personas, entregadas a sus actividades cotidianas, no estaban preparadas para los acontecimientos que sobrevinieron: el diluvio vino de pronto, súbitamente y arrastró a todos, no por su falta de fe, sino por su descuido e inconsciencia. Al igual que entonces la vida discurría normalmente cuando sorprendió a todos la catástrofe. Así será también la parusía.

El segundo y el tercer ejemplo ⁽⁴⁰⁻⁴¹⁾ son similares y reflejan a dos hombres y dos mujeres ocupados en la misma actividad con resultados radicalmente diferentes. De ahí la repetición de la advertencia *«¡manteneos despiertos!»*, mantener una actitud activa, alerta, para llevar adelante lo que hay que hacer.

El cuarto ⁽⁴³⁾ subraya la necesidad de prepararse para un acontecimiento que sucederá en tiempo desconocido: *«Si supiera el dueño de la casa...»*. Si no es posible conocer el día y la hora, la única opción que nos queda es estar alertas y atentos. Velar es una forma de vivir y de relacionarnos con Jesús, que nos lleva a la comunidad, al compromiso con la justicia y a una espera activa, transformadora, emprendedora. *«Por eso también vosotros»*, la comunidad de discípulos, los seguidores de Jesús de Nazaret, debemos estar despiertos, alerta y llevar una vida caracterizada por la fidelidad al Mesías que está cerca.

Estrenamos un tiempo nuevo en el que se nos invita a pararnos, a fijarnos en la novedad de lo que acontece, en lo nuevo que nos sobreviene. Este Adviento viene a recordarnos que como creyentes hemos sido llamados a la comunión. La comunión es lo que nos mantiene atentos, expectantes, alerta ante Aquél que viene y nos adentra en ese misterio insondable de una profunda relación.

«Vamos alegres a la casa del Señor». Venid, es hora ya de salir de nuestros letargos, de iniciar la salida y la subida. Subamos al monte del Señor, al lugar del encuentro. El esfuerzo merece la pena: las espadas se convertirán en arados, en el trabajo y en el pan cotidiano; las lanzas, en podaderas, para regar la tierra de Paz. El camino no es fácil, pero no estamos solos, alguien camina a nuestro lado; descubramos quién es el que nos trae la salvación, el que nos invita a la vida, a una felicidad que no tiene fin.

¡Ven, sube, despierta, vamos prepárate; comienza la salvación, ya está aquí!

LA INMACULADA CONCEPCIÓN

1ª lectura (Génesis 3, 9-15.20): *La llamó Eva, por ser la madre de todos los que viven.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3c-4): *«Cantad al Señor un cántico nuevo, porque ha hecho maravillas»*

2ª lectura (Efesios 1, 3-6.11-12): *Nos ha destinado a ser sus hijos.*

Evangelio (Lucas 1, 26-38): *Alégrate, llena de gracia.*

Pensemos en una narración histórica. Unos personajes, un argumento, una o varias tramas, una acción que se desarrolla. Tiene sus tiempos, sus expectativas. Las narraciones tienen un comienzo, un punto de partida, y un final, un punto de llegada, una meta. Ahora bien, podemos encontrarnos con “ *finales previsibles*” o con “ *finales inesperados*”, que nunca hubiéramos imaginado. Están los “ *finales cerrados*” o los “ *finales abiertos*”, donde el espectador no sabe cómo va a concluir la trama; hay narraciones que pueden tener dos o más finales posibles. Por fin están los “ *finales tristes*”, cuando el argumento y la trama nos conducen a situaciones que nadie desea o espera, pero que son un reflejo de la vida, y los “ *finales felices*”, en inglés “ *happy end*”; para algunos esta sería la mejor forma de concluir una narración.

Dios se nos “ *revela*”, se nos “ *comunica*” en la creación, en la Sagrada Escritura y en la historia humana, con obras y con palabras. La revelación de Dios no es “ *metafísica*”, comunicándonos la esencia de las cosas, del ser humano, de él mismo. La revelación de Dios en la Escritura es “ *histórica*”. Por dos motivos, porque tiene lugar en los acontecimientos de un pueblo, de unas personas, de unas situaciones, y es histórica porque es “ *progresiva*”. Dios se “ *quita los velos*” y el ser humano entra en este misterio poco a poco, lo va comprendiendo de forma paulatina, progresiva. La Sagrada Escritura es la narración de esta “ *historia de la salvación*”. Ahora bien, **¿con qué final? ¿Con un final previsible o inesperado; abierto o cerrado; triste o feliz? ¿Acaso Dios nos deja a nuestra suerte?**

En los textos de hoy leemos una “ *historia narrada*”. El texto del Génesis nos remite a una etapa inicial, a un origen de la humanidad, a una desobediencia al plan de Dios. Toda la narración bíblica depende de estas primeras páginas de la Escritura; ahora bien, **¿cómo concluirá esta narración? ¿Tendrá un final feliz o un fracaso rotundo? ¿Habrá un “final previsible” o “sorprendente”?** En el Evangelio, Lucas narra el “ *sí obediente a Dios*” de una mujer, María. Nadie lo esperaba. Nadie conocía Nazaret ni pensaba que las promesas se cumplieran gracias a una joven doncella. Aquí aparece la sorpresa de Dios: el sí de María da un giro sorprendente a toda la historia. Es un final feliz, **un final de salvación.**

El proyecto de Dios es un proyecto de vida para el ser humano. Él todo lo hizo bueno: el sol, la luna, las estrellas, la tierra, los árboles, los animales, el ser humano. Y lo hace bueno poniéndolo a disposición del hombre y la mujer. Estableció unas relaciones de amor entre ellos y con la naturaleza, desde el saberse creados a imagen de Dios (Gn 1,27) y saberse creados del mismo barro (Gn 2,22). Pero en ocasiones, los humanos abandonamos el sueño de Dios, dejamos sus caminos y empezamos a caminar por senderos propios hacia un lugar sin horizonte ni sentido, rompiendo las relaciones con Dios, las relaciones de unos con los otros y con la naturaleza. El ser humano se ve abocado al abismo de la muerte.

Sin embargo, el sueño de Dios no se ve coartado ni limitado. El mal no tiene la última palabra. Cuando esto ocurre. Dios “ *re-crea*” y abre otra puerta. Así ha ocurrido una y otra vez en la historia de la salvación, que llega a su plenitud con Jesús de Nazaret. El verdadero rostro misericordioso de Dios, aniquila definitivamente el dolor y el sufrimiento de nuestras vidas. Una mujer, María de Nazaret, **«llena de gracia»**, la elegida por Dios, con su **SÍ** permitirá que Jesús, Dios hijo, llegue a ser uno de nosotros, y con ello que esa puerta al futuro y la esperanza se abra para siempre.

«Llena de gracia». Así la saluda el ángel Gabriel. Este nombre nuevo que significa “ *encantadora*”, agraciada por pura elección de Dios. Con este nombre nuevo Dios le va a encomendar una misión, **«la más grande jamás contada»**, concebir y dar a luz a su propio hijo (Lc 1,31). María, al ser llamada **«llena de gracia»**, anticipa lo que un día seremos todos, **«porque la creación expectante está aguardando la manifestación de los hijos de Dios... y también nosotros gemimos en nuestro interior, aguardando la adopción filial, la redención de nuestro cuerpo»** (Rm 8, 19.23). Ella disfruta de la primicia de nuestra herencia, **«de la que todos disfrutaremos en la Jerusalén celestial»** (Ap 21, 1-22,5).

«María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno. Dirijamos a ella la antigua y siempre nueva oración del Salve Regina, para que nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia de su Hijo Jesús» (Francisco, *Misericordia vultus*, n. 21).

DOMINGO SEGUNDO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 11, 1-10): *Brotará un renuevo del tronco de Jesé.*

Salmo (71, 1-2.7-8.12-13.17): *«Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente»*

2ª lectura (Romanos 15, 4-9): *Dios, fuente de toda paciencia y consuelo.*

Evangelio (Mateo 3, 1-12): *Convertíos. Porque está cerca el Reino de los Cielos.*

El Adviento es, sobre todo, un tiempo de esperanza, un tiempo de preparación que surge en la Iglesia, en un principio como tiempo para preparar la venida gloriosa del Señor, un tiempo que orienta a los cristianos hacia el retorno glorioso del Señor al final de los tiempos. Pero conforme se afianzó la celebración de la fiesta de la Navidad y empezó a cobrar importancia, el Adviento se presentó también como un tiempo para la espera gozosa de la Navidad. Este tiempo de esperanza, la Iglesia lo expresa en la liturgia a través de los textos proféticos inspirados por la espera de la venida del Mesías y sitúa como los grandes personajes de la liturgia del Adviento al profeta Isaías y a Juan Bautista.

Así, hoy el profeta Isaías, en la primera lectura nos presenta la esperanza de Israel. En un tiempo donde, en Israel, las autoridades civiles y religiosas se enriquecen a costa de los más pobres, el profeta anuncia la llegada de un descendiente de David que vendrá con la fuerza del Espíritu que le llenará con sus dones, el Espíritu que guió a los Jueces de Israel es el que traerá al Juez que cumplirá estrictamente la voluntad de Dios el juez que *«no juzgará por apariencias, ni sentenciará de oídas»*. Así Isaías anuncia, a la vez, un futuro de justicia y derecho con la venida del Mesías.

Este futuro anunciado por Isaías, se hace presente en Jesús de Nazaret, anunciado por Juan Bautista en el desierto, Juan anuncia la llegada del que ya viene a instaurar el auténtico bautismo, no solamente un rito de conversión como el de Juan, sino el bautismo en Espíritu Santo y fuego. Para ello Juan está predicando la necesidad de preparar su venida mediante una auténtica conversión pues ya no valen privilegios, *«Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán de estas piedras»*, ahora solo vale la conversión del corazón y desterrar la hipocresía para recibir el Reino de Dios que ya está presente en medio de nosotros. El precursor anuncia el juicio definitivo de Dios y con ello nos dice que es sumamente urgente un cambio para entrar en la salvación.

A la luz de la predicación del Bautista podemos decir que también la Iglesia, hoy, es precursora de Cristo porque, aunque realmente el Mesías ya está en el mundo, la Iglesia tiene que llevar adelante este anuncio del Bautista, señalarlo como ya presente en medio de nosotros, así, cada creyente tiene que ser un precursor, con su vida y con su palabra, del Salvador que está ya cerca de los hombres y es necesario que alguien les anuncie que es así. Porque solo Jesús da sentido pleno a la vida humana.

La venida del Señor parte en dos nuestra historia, pero la línea divisoria pasa más por el corazón que por el espacio en el tiempo. *Antes de Jesús* esperaban los hombres su venida; *después de Jesús* es él quien está pacientemente a la puerta del corazón de los hombres esperando que le abran (Ap. 3,20). Sin un cambio en el corazón con orientación hacia Dios se seguirá viviendo *antes de Cristo*, aunque el calendario señale más de 2000 años después de su venida.

«Vivir para el egoísmo y para satisfacción de los deseos mundanos» (Tit 2,12) es vivir en espíritu *antes de Cristo*. Renunciar a una vida sin Dios para vivir según las exigencias de la gracia en Jesús es vivir *después de él*. La conversión a Dios consiste en hacer que el corazón con sus aspiraciones, se instale definitivamente en ese *después*.

El *“amor propio”* tiende a hacer de cada uno el centro de toda la vida y a organizar todo lo demás en torno al propio yo. La conversión es el proceso en sentido contrario. La conversión pone a Dios en el centro de la vida y de sus actividades y hace que todo gire armoniosamente en torno a él.

Esa es la conversión anunciada por Juan. A los que venían a pedirle normas prácticas de conducta, aconsejaba la comunicación de bienes, la conversión en sentido radical. Y lo hacía con las fulgurantes metáforas ya utilizada por los profetas: *«¡Raza de víboras! Ya está el hacha amenazando a la raíz»*. Y hablaba del biello y del fuego. Inútil, según él, gloriarse de la descendencia de Abrahán carente de obras porque cada uno es hijo de sus obras ante Dios.

Son las obras las que justifican su vida. Lo más urgente es quitar del corazón todo lo que puede hacer incómoda su venida y adornarlo con todo lo que puede ofrecer una estancia agradable. El corazón es como un paisaje, un castillo, una cálida morada a la que viene y en la que quiere nacer Dios. La vivencia de su venida es positiva si deja marca, no es auténtica si no nos acerca más a él.

Es inútil y peligroso pretender salvar la cara ante los hombres pensando que eso nos justifica ante Dios. La conversión pedida por Juan y por Jesús exige una gran dosis de sinceridad interior. *«Todos los que se dejan conducir por el Espíritu de Dios son hijos de Dios»* (Rom 8,14). Donde no está ese Espíritu no es posible celebrar la Navidad.

DOMINGO TERCERO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 35, 1-6a.10): *Sed fuertes, no temáis.*

Salmo (145, 7.89a.9bc-10): *«Ven, Señor, a salvarnos»*

2ª lectura (Santiago 5,7410): *Tened paciencia, manteneos firmes.*

Evangelio (Mateo 11, 2-11): *Anunciad lo que estáis viendo: los ciegos ven, y ...*

Juan se preguntaba si Jesús de Nazaret era *«el que tenía que venir»*. Estaba sorprendido por lo que anunciaba y, sobre todo, por lo que hacía. Él, había predicado un bautismo de penitencia y conversión y, en cambio, Jesús invitaba a la gente entrar en el Reino: ya no era necesario subir a Jerusalén a ofrecer un sacrificio y tampoco era necesario sumergirse en las aguas del Jordán. Lo único necesario era acoger al Dios de la misericordia que pasa por nuestra historia aliviando el dolor de la gente abandonada.

Para salir de dudas, Juan envió a unos discípulos a que le preguntaran. La respuesta de Jesús fue sorprendente: *«Contadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo»*. Y aquellos discípulos vieron cómo a los caídos en las cunetas de la vida se les ayudaba a levantarse y a caminar; vieron cómo los cansados recuperaban el aliento y las ganas vivir; y cómo, los excluidos por el sistema, volvían a tener un lugar en la comunidad social. Eso era lo que Dios quería. Para los pobres era la mejor de las noticias.

Cada vez que nos adentramos en el Evangelio, Jesús nos sorprende. Nos sorprende porque nosotros preferimos creer en un Cristo *“religiosamente correcto”*, un Cristo que no se complica la vida con nuestros problemas sociales; preferimos un Cristo *“más del cielo que de la tierra”*, que interceda por nosotros; preferimos, tal vez, un *“Cristo de pasarela”*, que deslumbre con su atractivo y su belleza; o tal vez preferimos quedarnos con un *“Cristo Juez”*, que a nuestra conveniencia, tenga en cuenta nuestras buenas obras y se olvide de nuestros pecados.

Pero resulta que Jesús siempre es distinto y mayor que nuestros deseos y conveniencias. Jesús nos sorprende hoy y siempre, como sorprendió a Juan. Por eso, si le preguntamos: *«¿Eres tú «el que tiene que venir?»*, él nos responde así: *«Los ciegos ven, los cojos andan, etc.»*. Es decir, el que tenía que venir es el Jesús del Reino, el Cristo del Reino. Ese fue su proyecto, esa fue su causa y por ella vivió, se desvivió y murió. Y a ella nos llama.

Lo que entonces sucedía al otro lado del Jordán sucede ahora a este lado y en todo el mundo. ¿Quién es el que ha de venir? No han salvado al mundo las megalomanías racistas ni las ideologías con esperanzas de paraísos terrestres, que se han convertido en infiernos reales, ni las violencias callejeras o de sexo. No hay que esperar la salvación de las “cumbres” del Fondo Monetario, del G20, de Maastricht, de Viena; ni del euro, ni del consumismo o nacionalismos.

En todas partes puede haber elementos humanos para la edificación de un mundo mejor, para la construcción de la ciudad terrena dentro de la ciudad de Dios. Pero la salvación total viene de la aceptación de Dios en la vida y de la entrada en su reino por la práctica de las virtudes anunciadas por Jesús. Y dichoso el que no se escandalice de la forma de gobierno de Dios y le acepta tal como Él se manifiesta.

Curar, consolar, proteger, potenciar la vida, enseñar a todos la verdad son características definitorias de la llegada del reino de Dios. Decididamente: un mundo con más presencia divina se convierte automáticamente en un mundo también más humano. Se pueden discutir métodos y abrir nuevas vías de acceso de Dios al mundo. Él seguirá desconcertando a todos. A unos parecerá exigente y duro, otros protestarán contra su blandura ante las injusticias del mundo y exigen impacientes que el hacha amenazante descargue al fin su golpe.

Dios no obra así y previene: *«¡Dichoso el que no se escandalice de mí!»* La indiferencia religiosa, la odiosidad contra la Iglesia puede esgrimir argumentos diversos acusando alternativamente de flojera o dureza. Siempre habrá en una sociedad de hombres, elementos demasiado humanos que dan pie a acusaciones y condenas. Pero la verdadera causa del alejamiento de Dios es más profunda: es el riesgo que asumió el Padre al enviar a su Hijo en la humanidad de nuestra carne.

«Id y contadle a Juan lo que estáis viendo y oyendo». Jesús nos llama a ser testigos y misioneros del Reino. El papa Francisco lo dice así: *«el Reino de Dios nos reclama»* ^(*Evangelii Gaudium* 180). El Reino nos reclama a desear un mundo más humano, más fraterno, más solidario, más justo; nos reclama a estar atentos y ver cómo nace y crece en los esfuerzos de tantas personas, por una mayor humanidad, solidaridad y dignidad. Todos los cristianos estamos llamados a preocuparnos por la construcción del mundo. **“Jesús nos llama”**.

DOMINGO CUARTO DE ADVIENTO

1ª lectura (Isaías 7, 10-14): *Mirad, la virgen está encinta y da a luz un hijo.*

Salmo (23, 1-2.3-4ab.5-6): *«Va a entrar el Señor, Él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Romanos 1,1-7): *Hijo de Dios, nacido según la carne.*

Evangelio (Mateo 1, 18-24): *La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo.*

Los planes de Dios no siempre coinciden con los nuestros. El creyente es aquel que antepone la voluntad del Señor a sus propios intereses. Así lo vivió José, un auténtico hombre de fe, y así estamos invitados a vivirlo cada uno de nosotros. El «*adviento*» de José, su preparación para recibir al Hijo de Dios, supuso un cambio de planes radical. Al igual que María dijo sí a los planes de Dios y rompió los suyos. Los dos supieron discernir la voluntad de Dios, que se manifestó de modos distintos. Y los dos asumieron el nuevo camino que se abría en sus vidas.

«*Un ángel del Señor se apareció en sueños a José*». Más tarde volverá otra vez para darle órdenes de ir a Egipto y luego para regresar. José es el hombre de los “*sueños*” de Dios. Pero no sólo porque recibe órdenes divinas en sueños, sino porque José es el hombre en el que Dios soñó como instrumento para llevar adelante sus proyectos de salvación. Dios “*sueña*” con José como sueña también con María, José y María son dos personas según el formato de Dios.

María era además la mujer de los sueños de José. Pero un extraño suceso con perfiles de escándalo vino a sacarle bruscamente de sus sueños y hacerle abrir los ojos a la realidad de una maternidad visible y sorprendente. Difícil situación para un hombre joven que anda ya casi ocupado con los preparativos para su boda. Desde este momento los sueños de José se convierten en tremenda pesadilla. **¿Qué hacer?**

Una lucha entre la razón y los sentimientos de un hombre honrado, leal y enamorado. En verdad, José es un hombre justo, debía cumplir la ley y delatar a María con lo que la condenaba a ser lapidada. **¿Qué hacer?** “*Abandonarla en secreto para permitirle seguir su vida*” es una solución de compromiso conforme a la razón y a la bondad, pero ilícita según la ley. **¿Qué hacer?** «*No pienses mal, no tienes motivos para turbarte. Dios está con María y quiere estar contigo. Acepta el fruto del Espíritu Santo y cuidalo como a tu hijo*».

La angustia y dudas de José no proceden de sus dudas sobre María. Lo que sucede es que en su intimidad comprende que María ha entrado en la órbita de Dios para cumplir una misión sin antecedente ni semejanza y piensa, en su humildad, que él no es digno de mezclarse en ese misterio. Quiere respetar a toda costa el plan de Dios.

María ha entrado en la esfera de lo divino, se mueve en un nivel superior, pertenece exclusivamente a Dios que la ha elegido para esa misión única y él, José, su prometido, debe respetar esos planes providenciales. **¡Toma a María por esposa!** Y acepta la responsabilidad de ser padre legal del niño que va a nacer como ella ha aceptado la responsabilidad de ser madre natural.

José reconoció las huellas de Dios en su familia y en lo más hondo de su corazón. Se fió absolutamente y se dejó transformar por Él. Dios no pide permiso, sino que nos invita a acoger su Palabra. Cuando ponemos nuestra confianza en Él, entonces llega y supera nuestras expectativas. Nosotros sabemos que nos puede pasar como a José y que nuestros planes queden hechos jirones..., pero los suyos, sin duda, son mejores. Acoger la voluntad de Dios es dejar que Él guíe nuestras acciones y nuestras aspiraciones, que Él dirija nuestros sentimientos y toda nuestra vida. Que Él sea, auténticamente, nuestro Dios.

Aceptar la voluntad de Dios aporta un nuevo horizonte de vida. Se trata de una experiencia que nos transforma y nos constituye en mensajeros de su presencia y de su amor con nosotros. Queremos acogerlo y dejar que Él guíe nuestra vida, y también deseamos compartirlo, proclamarlo, anunciarlo... allí donde estamos. Nuestro mundo está necesitado de buenas noticias... **¿acaso hay alguna mejor que el amor y la proximidad de Dios?** No podemos permanecer callados, inermes, paralizados... Dios cuenta con nosotros para hacerse presente en medio de la vida de las personas. **¡Muchos le esperan!** Aunque no siempre lo reconozcan.

Nos estamos preparando para celebrar la Navidad. Es el tiempo del nacimiento de Dios, de su natividad en medio de nosotros. Discreta, pequeña, sencilla, pobre... pero con capacidad de transformarnos. Es el tiempo de la revolución de Dios: Cambiar cada uno de nosotros para que cambie nuestro mundo. Acogerle, ir contracorriente, dejarnos transformar, abandonarnos en Dios, apostar por el prójimo, especialmente por el necesitado... son signos del próximo nacimiento de Dios en nosotros y en nuestro mundo.

En el tiempo de Adviento elevamos nuestra oración para que Él llegue, plante su tienda en nuestro mundo, y se haga un hueco en nuestra vida.

LA NATIVIDAD DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 52, 7-10): *Tu Dios es Rey.*

Salmo (97, 1.2-3ab.3cd-4.5-6): *«Los confines de la tierra han contemplado la victoria de nuestro Dios»*

2ª lectura (Hebreos 1,1-6): *Adórenlo los ángeles de Dios.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *La Palabra era Dios.*

Alegría, hermanos, es lo que sentimos con la llegada de Jesús. Dios no es el ausente sino que se hace uno de nosotros, se abaja, nace para llenar la vida de luz y de sentido. Nuestra vida camina hacia la plenitud, hacia el Amor del Padre, pero segura y acompañada por Jesús, que ha nacido.

Desde su amor y su gratuidad, no por nuestros méritos, Dios se hace cercano y presente. Un Niño nos ha nacido, un Hijo se nos ha dado. Esto sí que es Buena Noticia: que Dios nos dé una Paz sin límites, que nos sostenga con el derecho y la justicia desde ya y para siempre. Es la Promesa de Dios que nosotros sabemos que se hace realidad.

El Amor de Dios, su Gracia, nos da la Salvación que es Jesús. Pero, ojo, una Salvación que es para todos, sin exclusiones ni privilegios. Para todos, porque todos somos hijos en el Hijo. Gracia para enseñarnos a caminar (¡la pedagogía del Padre!) y a vivir esta novedad: una vida sobria, honrada y religiosa, que mire bien lejos, hacia la llegada plena del Salvador.

Dios nos quiere preparando un Pueblo dedicado no a su propio interés, sino entregado a las buenas obras, o sea, a la atención a los débiles, a la acogida, a la justicia, a la búsqueda del bien común. Porque es un Dios hecho hombre. Esto no son palabras. Dios se hace uno de nosotros, se hace «pesebre» desde siempre: de la exclusión de los hombres (no había sitio en la posada), a la inclusión del Padre. La noticia llega a los pastores marginados, a los que están despiertos velando su ganado. A estos pobres hombres les llega la claridad y la Gloria de Dios y escuchan los primeros, la noticia: no tengáis miedo, llenaos de la alegría para todos.

Ha nacido el Salvador y se puede encontrar (a eso ayudan las señales) envuelto en pañales y acostado en un pesebre. **¡Pero que Dios es este!** Pues eso, el Dios que se hace uno con nosotros y nos quiere más humanos y más divinos. Que en cada persona podamos nosotros encontrar la «señal», la presencia de Jesús que esta noche nos ha nacido.

En los primeros versículos de su Evangelio Juan nos presenta al protagonista de su relato: Jesucristo, el Señor. Él es el «Verbo». A partir de esta identificación podemos leer este texto pensando que siempre que aparece el término «Verbo» el evangelista se quiere referir a Jesucristo.

Juan no nos relata el nacimiento de Jesús en el portal de Belén, lo hace de esta forma, más poética si se quiere, pero con una belleza teológica indiscutible. En la noche de la Historia... una Luz. Juan va desgranando poco a poco las características del Verbo: su existencia desde siempre, su naturaleza divina, su papel en la Creación, su misión reveladora...

Jesús existe desde siempre, solo Él es de naturaleza divina. Juan avanza en su exposición y presenta a Jesús como la «luz de los hombres». Usando el binomio luz/tinieblas, conocido en la literatura judía de la época, Juan nos presenta a Jesucristo como la Luz. Son dos términos opuestos, donde hay luz no puede haber tinieblas y viceversa. Si quedaba alguna duda sobre el valor de esta Luz conviene que resaltemos el adjetivo que encontramos en el texto, Jesucristo es «la luz verdadera». No, no estamos ante cualquier luz perecedera o caduca, que nos ilumina y nos embarga por un tiempo pero que luego se apaga sin previo aviso.

Solo Jesucristo es la «Luz Verdadera» capaz de iluminar a todo hombre. Sin duda, esta es la voluntad de Dios Padre: que en la vida de todos los hombres pueda haber luz y felicidad. Sin embargo, esta invitación de Dios que realiza a través del «Verbo» no ha sido acogida por todos. Algunos decidieron, libremente, seguir en las tinieblas. Pero hubo otros que sí recibieron al «Verbo», acogieron a Jesús en sus vidas y fueron constituidos hijos de Dios.

El culmen de esta descripción es cuando Juan nos dice que Jesucristo no está lejos de nosotros, sino que está cerca, muy cerca, está entre nosotros. Ha decidido «habitar», poner su tienda entre nosotros. Jesucristo que nació en un portal, en Belén, sigue estando entre nosotros. No ha desmontado su tienda.

Como dice este bello texto joánico, de Dios, solo hemos recibido gracia tras gracia. Hoy celebramos esta fantástica y esperanzadora noticia: «es Navidad y nos ha nacido el Salvador». Y ha decidido quedarse con nosotros, para iluminar la vida de todo aquel que lo quiera acoger en su corazón. Hoy es un día de gran alegría.

¡Feliz Navidad!

LA SAGRADA FAMILIA

1ª lectura (Eclesiástico 3, 3-7.14-17a): **Dios hace al padre más respetable que a los hijos.**

Salmo (127, 1-2.3.4-5): **«¡Dichoso el que teme al Señor, y sigue sus caminos!»**

2ª lectura (Colosenses 3,12-21): **El Señor os ha perdonado; haced vosotros lo mismo.**

Evangelio (Mateo 2, 13-15.19-23): **Así se cumplió “que se llamaría nazareno”.**

La lectura de hoy, reflejan el contexto cultural y religioso de su época. En él aparece la realidad humana, y podemos ver reflejadas las distintas instituciones hechas para canalizar anhelos y responder a las diversas necesidades que los humanos sentimos. Porque nuestro mundo de relaciones siempre está sembrado de desencuentros. Cualquier institución, creada para responder a una necesidad, puede convertirse, en un problema mayor que aquel que pretendía resolver.

Es lo que puede pasar con la familia, institución privilegiada para dar satisfacción al inmenso anhelo de cariño, seguridad y protección, pero que puede ser escenario de los odios más terribles, unos miedos mayúsculos y una inseguridad grande. Pero no es solo de una época, es de todas. También de la nuestra y de la antigüedad.

En las lecturas se habla de las relaciones humanas. Para todas ellas el sentido religioso pide una sensibilidad relacional muy respetuosa, generosa, y servicial. Nos da unas claves que, surgidas en la conciencia humana desde muy antiguo, sirven para ir creciendo y hacerlas más intensas con el paso del tiempo y nuestra madurez personal: Es el sentido de reconocer en el otro la imagen de Dios, es decir, otorgarle la cualidad de intocable y sagrado, especialmente cuando se trata de seres queridos o indefensos. Lo primero la dignidad de todos.

Las relaciones cercanas de comunidad y familia son de una necesidad extrema para el niño que comienza su andadura por la vida. También, para el adulto que conoce la soledad del mundo. Dios nos pide, una atención especial a estas relaciones, precisamente porque son muy especiales para nosotros en la vida.

Tenemos ejemplos. Desde el problema de la soledad en la vejez, a la diversidad de formas de pensar, a las penalidades compartidas en momentos de dificultad. Siempre nos necesitamos. Siempre podemos aportar esperanza y ánimo, siempre el ser humano necesita un empujón cariñoso que lo impulse o una mano cercana que lo sujete. Pero no solo necesitamos personas que hagan esto. Necesitamos instituciones sociales en las que vivir y desarrollar los lazos que nos dan la seguridad de encontrar a esas personas. Necesitamos modos estables que den forma al encuentro familiar o social.

Y no es fácil decir cuál es la forma más apropiada en tiempos de cambios grandes y frecuentes. Porque la familia, igual que la de Jesús, tiene su camino. Todas las formas familiares tienen que volver a Egipto para saber conjugar la libertad, la responsabilidad y la unión. Lo que permanece, en el mundo de los cambios, es lo que mejor responde a la necesidad humana de crecer y sentirse arropado, como hacía María con su hijo, camino de otras tierras y horizontes.

Jesús, durante la predicación del Reino, va a redefinir unas nuevas relaciones familiares con aquellos con los que se siente *“en familia”*: **«Estos son mi madre y mis hermanos. El que haga la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano y mi hermana y mi madre»** (Mt 12,49-50). Esta nueva familia de Jesús comparte con Él la misión y, al igual que Él, puede llegar a ser perseguida (Mt 10,16-25).

Sabemos que en distintas partes del mundo, muchos hermanos nuestros están siendo perseguidos por ser fieles a Jesús. En nuestro entorno cultural es posible que no nos persigan con la espada, pero sí con la mofa, la burla o el descrédito. Entonces podremos decir como el Quijote: *“Ladran, Sancho, señal que cabalgamos”*.

La nueva familia de Jesús, al igual que la de los lazos sanguíneos, ha de estar atenta a la Palabra de Dios, como hizo José, para descubrir lo que el Señor le va pidiendo en cada momento. Escuchar, leer la Palabra, puede darnos pistas para recorrer el camino de nuestra existencia, darnos las claves de sentido para el camino y dotar a la vida de horizonte, de una meta.

Cuando decimos que *“estamos en familia”* queremos decir que, aunque no nos rodean nuestros padres, hermanos, hijos, abuelos... estamos con un grupo humano con el que tenemos relaciones tan profundas y de tal confianza como las familiares.

“Nuestra familia” es el ámbito por excelencia para el aprendizaje y crecimiento de las relaciones interpersonales. Tejer relaciones en el ámbito familiar desde el agradecimiento de lo recibido y el cuidado mutuo, especialmente en los momentos de debilidad, y vestirnos con los valores de misericordia entrañable, bondad, humildad, dulzura, comprensión... que nos permitirá acopiarnos de un bagaje para construir la gran familia de los creyentes, y de la humanidad, para *“ser comunidad”* en la casa común: la Iglesia.

SANTA MARÍA, MADRE DE DIOS

1ª lectura (Números 6, 22-27): *El Señor te bendiga y te proteja.*

Salmo (66, 2-3.5.6 y 8): *«El Señor tenga piedad y nos bendiga».*

2ª lectura (Gálatas 4,4-7): *Ya no eres esclavo, sino hijo.*

Evangelio (Lucas 2, 16-21): *Encontraron a María y a José con el niño.*

María se inicia en la fe de la mano de sus padres. Según la tradición apócrifa, asumida después por la Iglesia, san Joaquín y santa Ana. De ellos recibe los rasgos que identifican la tradición religiosa judía: la identidad de Israel que va indisolublemente unida al acontecimiento del Éxodo, la visión que tiene del mundo tiene a Yahveh como centro, frecuencia en la oración, fiestas sociales con una fuerte carga religiosa...

Puede ser un atrevimiento, pero al recitar el «Shemá»: *«Escucha Israel: nuestro Dios es uno solo, amarás al Señor tu Dios...»*, no es arbitrario intuir que esa Palabra de la Ley conectaba con su identidad personal más íntima: *“Ser escucha”*. Escuchar y amar configuran la existencia de María y poco a poco el Espíritu Santo la va preparando. **¿Cómo?** Concentrando toda su existencia en estos dos pilares: *“escuchar y amar”*. Más adelante se dará cuenta de que no tiene otra cosa que hacer más que escuchar y amar.

El texto del Evangelio de hoy nos recuerda que María, al ser visitada por los pastores (curiosamente un grupo considerado por el judaísmo oficial como *“pecador”*), y al escuchar lo que se decía de su Hijo, calla y medita en su corazón, es decir, en silencio. Pronto empezará a escuchar que la liberación de Israel ha de venir de la mano de la violencia contra los invasores. Por dentro, sin embargo, ella experimenta otra cosa. No busca explicaciones. Confía en Dios y se abandona en Él.

María, engendra al Príncipe de la paz. Y lo hace, en primer lugar, diciendo «**SÍ**» a la propuesta de Dios, el Dios de la paz. En segundo lugar, desde su situación, como mujer en el ambiente judío, que no pintaba nada. Si, además, vive en un medio rural, su trabajo se duplica. Dureza de existencia que ponía a prueba la fortaleza del cuerpo y, sobre todo, la de su psiquismo.

Cuando imaginamos que en ese ambiente no es posible la grandeza de espíritu, María viene a animarnos y ser testigo de que la vida interior se suscita cuando la persona sufre, asume su realidad y vive de fe, de esperanza y de amor. De esa libertad interior y de esa grandeza de espíritu el Espíritu Santo engendra, en el seno de María, al Príncipe de la paz: Jesús de Nazaret, Mesías.

Un nuevo año invita siempre a la reflexión, a hacer memoria agradecida de lo acontecido en el transcurso del año que se fue. Recordar es aprender de todo aquello que nos ha ayudado a madurar, a crecer como personas, a avanzar en el camino de la vida y de la fe. Todo tiempo cronológico encierra en sí una pequeña contradicción. El tiempo no para, pero nos exige pararnos algunas veces para reflexionar. Si no reflexionamos en el tiempo, este no se convierte en una oportunidad para vivir.

Jesús tuvo su tiempo; la Iglesia tiene ahora su tiempo; cada uno de nosotros tiene su tiempo y su historia. Reconocer el sentido del tic-tac de la historia nos enseña a comprometernos con ella y con todos los hombres y mujeres que lo habitan, a escucharlos como nos enseña María.

Cuando alguien se pone a la escucha, nuestro ser se reactiva. Lo escuchado tiene un momento en el tiempo. Dios nos invita a tener los oídos atentos, a escuchar los sucesos que nos han hecho sentir este año. Aquellos que nos han causado felicidad, nos han hecho vibrar de emoción, sentir que merecía la pena vivir, o aquellos que nos han comprometido con la realidad, nos han llevado a la comunión con lo pequeño, con lo indefenso, con lo que nos cuesta. María escuchando a los pastores, se alegra, goza en su presencia y tras guardarlo todo en su corazón, su escucha se vuelve anuncio y testimonio.

Guardar los acontecimientos en el corazón. No como una manera de olvidar, sino como un lugar al que recurrir. Meditar, evaluar, discernir, dejar posar y pasar el tiempo para lo que creo y espero suceda. María, mujer del silencio, de la espera paciente, de la palabra guardada, es un canto al corazón del cristiano, de esta Iglesia que sigue latiendo al ritmo de un tiempo nuevo.

El estilo de Dios sigue sorprendiendo: porque el amor auténtico siempre es discreto, poco ruidoso y primariamente escuchador. Dicen en la tierra de Aragón: *«El amigo es como la sangre; acude a la herida antes de que se la llame»*.

DOMINGO SEGUNDO DE NAVIDAD

1ª lectura (Eclesiástico 24, 1-4.12-16): *En la ciudad escogida me hizo descansar.*

Salmo (147, 12-13.14-15.19-20): *«La Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros».*

2ª lectura (Efesios 1,3-6.15-18): *Nos predestinó a ser hijos adoptivos.*

Evangelio (Juan 1, 1-18): *El Hijo único es quien lo ha dado a conocer.*

Cada año que pasa podemos caer más en la cuenta de que estos días de las navidades son muy diferentes a los que vivimos cuando éramos niños. Entre otras cosas, teníamos más celebraciones familiares en nuestras casas: nos juntábamos con los tíos y los primos y eran los únicos días que trasnochábamos como los mayores.

Recordamos también lo pronto que se pasaban, nuestro tiempo estaba lleno de fiesta sencilla, de canto de villancicos, de juegos en casa, de largas tertulias en las que se recordaba a los que ya no estaban; se sacaban las fotos, se contaban anécdotas y se echaba en falta a los que no habían podido venir a juntarse con nosotros.

No se mandaban felicitaciones por whatsapp, ni correos electrónicos, ni llamadas por el móvil; se hacía todo lo posible por visitarnos, por vernos, por desear “*a la cara*” lo mejor para el año que comenzaba. Nada parecido a lo que estamos viviendo hoy y a lo que estamos transmitiendo a los más pequeños.

Repetíamos cosas que, para ellos, hoy no tienen ningún sentido; recibíamos felicitaciones repetidas de organismos e instituciones con las que hemos dejamos de tener relación o que ya no existen: (portero, basurero, cartero, sereno...). Se llenan nuestros buzones de propaganda que no hemos solicitado ni nos interesa y aparece simbología religiosa en los grandes “*templos*” del consumo.

Por nuestra parte, enviamos mensajes y buenos deseos a la lista de todos los años en la que aparecen personas con las que no tenemos otra relación el resto del año. A muchas personas les aparece una necesidad compulsiva de hacer regalos a los amigos, a los familiares, a los niños, etc.; pocas veces pensamos si esas personas no necesitaran de nosotros algo diferente: que les dediquemos algo de nuestro tiempo, que les hagamos compañía, que nos interese por sus vidas. Y si no ponemos remedio, al año que viene volveremos a hacer lo mismo.

Convendría pararnos, pensar y discernir. Cambiar alguna de las muchas cenas por una tertulia y plantearnos el tema. Reflexionar sobre lo que estamos haciendo en estas fechas navideñas y tomar alguna decisión que implique volver a celebrar lo que verdaderamente es esencial para el cristiano.

Que Dios se hizo “*prójimo*”, se aproximó a las personas, a donde ellas vivían y sufrían y gozaban y esperaban y buscaban y... Se hizo nuestro igual, igual que uno cualquiera de nosotros. Esto es lo que significa que «*la Palabra se hizo carne y acampó entre nosotros*». Y, por eso, celebrar también en este domingo la Navidad es volver a celebrar su presencia junto a nosotros para que seamos luz, para comunicar la salvación y para dignificar a cualquier persona cuya dignidad está siendo pisoteada.

Durante el año pasado, casi todos los días, hemos podido ver en los medios de comunicación el rostro de alguna persona cuya dignidad ha sido pisoteada; nos han llegado campañas para manifestarnos o adherirnos a causas frente a la violencia contra mujeres maltratadas, niños y niñas violados, ancianos abandonados... situaciones, todas ellas, que van en contra de la dignidad de las personas. La Palabra, que se hace persona, se acerca a cada una de ellas para darles su propio nombre de hijas e hijos de Dios. Y, de paso, a que vivamos como hermanos, iguales en dignidad, en derechos y en responsabilidades.

Cuando vivimos sin tropiezos, con la salud apañada y la situación económica no nos agobia, creemos que no necesitamos a nadie y, en ocasiones, tampoco sentimos la necesidad de nadie. Si, además, nuestro estilo de vida está marcado por las relaciones sociales que llevamos la mayoría, los problemas de los otros no nos interesan, hasta nos molestan y no tenemos tiempo para ocuparnos de ellos.

Sin embargo, Jesús viene a sanar nuestras “*heridas*”; nuestra vida tiene verdadero sentido cuando nos convertimos en sanadores de nuestros hermanos y nos alimentamos con el Cuerpo roto y la Sangre derramada del Hijo de Dios que nos visita.

Al alimentarnos de Jesús se produce en cada uno de nosotros ese nuevo nacimiento que le dirá Jesús a Nicodemo: «*hay que nacer de nuevo*»^(Jn 3,1-5) por el que caemos en la cuenta del gran regalo que nos llega todos los años en Navidad para ser capaces de iluminar el mundo de las tinieblas y oscuridades por el que nos movemos.

De esta manera la comunidad de seguidores de Jesús colabora con otros hombres y mujeres de este mundo a salir de esta negra noche a la luz de un nuevo día y, transformada en samaritana, como su Maestro, carga con los “*heridos*” del camino.

LA EPIFANÍA DEL SEÑOR

1ª lectura (Isaías 60, 1-6): *Su gloria aparecerá sobre ti.*

Salmo (71, 2.7-8.10-11.12-13): *«Se postrarán ante ti, Señor, todos los reyes de la tierra».*

2ª lectura (Efesios 3, 2-3a.5-6): *También los gentiles son coherederos.*

Evangelio (Mateo 2, 1-12): *Nació en Belén de Judá.*

Los días de las celebraciones navideñas se van terminando a la vez que arranca un nuevo año. Las ciudades se vaciarán de bombillas de colores y volveremos a la cotidianidad, dejando atrás los buenos ratos en familia, las cenas con amigos y compañeros, las compras y los regalos. Pero de estos días pasados hay algo que como cristianos no olvidamos: Dios se ha hecho uno de nosotros en Jesús de Nazaret, se nos ha manifestado y, como Luz, nos ha iluminado. Es aquello que simbolizan los tres Magos de Oriente, que llegaron a Belén guiados por esa Luz.

Estos Magos de los que habla el evangelista provenían de lejos, no eran judíos, y sin embargo sabían que Jesús había nacido también para ellos. A veces se nos olvida: Jesús nació para todos, como dice Pablo: también para los que no conocemos y de quienes recelamos. Por eso la Iglesia es tan diversa, está en tantos lugares distintos, y quiere decir la Buena Noticia a todos, por muy diferentes a nosotros que sean.

Porque muchísimas personas buscan a Jesús, aunque no lo sepamos. Quien busca la paz, la justicia y el amor está en pos de la estrella de Belén. No confundamos la experiencia de seguir a Jesús con banderas y señas, y menos aún con formas culturales o civilizatorias. Eso nos enseñan las comunidades cristianas de África, de Asia, de América, y sus catequistas (cuyo día hoy celebramos): una búsqueda tan viva del Evangelio, como la suya, es algo que en las comunidades de Occidente hemos olvidado. Dejemos que vengan de Oriente a recordárnoslo.

A Jesús se le puede buscar también en muchos lados, y dar muchos palos de ciego pensado que está allí donde nos imaginamos que debería. Eso les ocurrió a los tres Magos cuando fueron a Herodes. Eso mismo nos ocurre a nosotros, y a nuestra Iglesia, cuando acudimos a los palacios. Seguir la estrella significa sin embargo salir de casa sin rumbo propio, arriesgarse a llegar adonde no esperamos. A Belén: un lugar en los márgenes del mundo, donde nace el Hijo de Dios: al margen de todo poder y reconocimiento.

Los cristianos, como aquellos magos, debemos llevar lo máspreciado que tenemos allí donde Jesús se manifiesta, porque seguimos su rastro. Y puede que lleguemos al piso de una familia a la que han cortado la electricidad por falta de pago, o al albergue de transeúntes, o al campo donde pagan tres euros la hora por recoger frutas. **¿Quién sabe dónde?** Pero allí, como esas tres figuras del belén que en los próximos días recogeremos de nuevo en la caja, estaremos para adorarle.

La fiesta de la Epifanía es la fiesta de los que buscan, de aquellos que en medio de la oscuridad son capaces de descubrir una luz y ponerse en camino. Es la fiesta de los que deciden correr el riesgo andando los caminos menos transitados y no saben muy bien dónde les conducirá, pero el riesgo merece la pena y la alegría. Nuestras búsquedas en muchas ocasiones se ponen en marcha por la fuerza de nuestros deseos, esos pueden ser las estrellas que nos guían. El deseo es una fuerza interior que nos empuja más allá de nosotros mismos, por ello hemos de escucharlo y estar atentos a sus señales.

La Epifanía también es la fiesta de los que vienen de lejos, de los que son diferentes, de los que buscan algo mejor para sus vidas: dignidad, recursos, nuevas oportunidades. Los seres humanos somos migrantes, todos tenemos derecho a movernos dentro de esta casa común que llamamos mundo. Pero respetando cultura, usos y costumbres. La Epifanía nos evoca que la salvación de Dios es para todos, que los valores del Reino que proclamamos: justicia, amor, fraternidad han alcanzado a todos los seres humanos. Los cristianos estamos llamados a ir haciendo posible que esa salvación llegue a todos, sea cual sea su origen, su raza o su religión.

La fiesta de la Epifanía es la fiesta de la manifestación de Dios a todos los seres humanos que lo buscan desde el corazón con buena voluntad, aunque en ocasiones no sean del todo conscientes. La Luz de la Palabra de Dios será la estrella necesaria para guiar sus búsquedas y llevarlos hasta el Dios-con-nosotros. Ante Él sólo podemos agradecer y regalar. Los regalos hablan de quien los da y quien los recibe, hablan de la gratuidad de quien da y del agradecimiento del que recibe.

La “fiesta religiosa de la Epifanía” ha pasado a ser la “fiesta civil de los Magos”. La búsqueda de quien se sabe en camino ha quedado reducida, tras la entrega de unos regalos, al final de la etapa de vacaciones de invierno. El intercambio de regalos como signo de compartir lo que somos y tenemos se ha convertido en un desafortunado consumo de objetos y juguetes, donde, en ocasiones, lo que priva no es la gratuidad y el agradecimiento, sino la ostentación de la cantidad y el coste. Tal vez nos ha pasado una vez más aquello del proverbio chino: “cuando el sabio señala a la luna, el tonto mira el dedo”. Ojalá seamos capaces de darnos cuenta.

EL BAUTISMO DE JESÚS

1ª lectura (Isaías 42, 1-4.6-7): *Mirad a mi siervo, mi elegido.*

Salmo (28, 1a y 2.3ac-4.3b y 9b-10): *«El Señor bendice a su pueblo con la paz».*

2ª lectura (Hechos 10, 34-38): *Dios no hace distinciones.*

Evangelio (Mateo 3, 13-17): *Este es mi Hijo, mi predilecto.*

«Llega Jesús y es bautizado por Juan; el Señor recibe el bautismo de manos de su siervo, a fin de darnos ejemplo de humildad, porque la humildad es la plenitud de la justicia, según él mismo lo enseña, cuando, a estas palabras de Juan: “Yo soy quien debe ser bautizado por tí”, respondió: “Deja eso ahora, para que se cumpla toda justicia”» (Mt 2, 14-15). (San Agustín, Sermones. 52,1).

La escena del bautismo se describe muy parcamente: Jesús es bautizado y sale del agua. El interés radica en señalar otros elementos que revelan lo que está sucediendo: La apertura del cielo indica una “teofanía”, una revelación que constituye una experiencia visual y auditiva. La bajada del Espíritu en forma de paloma evoca cuando Noé suelta esa ave (Gn 8,8), reforzando el tema de una nueva creación, de un nuevo comienzo.

Mientras la voz de Juan es una voz en el desierto; ésta es una voz que procede de los cielos, la morada de Dios. Él es el quien habla para subrayar la identidad de Jesús: *«Este es mi Hijo»*. Las palabras del Padre están en tercera persona. No se dirigen directamente a Jesús, sino a los oyentes, ante los cuales Dios presenta a Jesús como **Mesías-Hijo-Siervo de Yahvé**. Haciéndose bautizar Jesús acepta su misión. Quienes le sigan deberán continuar su cometido de proclamar el Reino de Dios. Un reinado de “comunión y amor”.

¿Por qué se bautiza Jesús? Además, ¿por qué quiere que lo bautice Juan? ¿Conoce realmente Juan a Jesús? Él es el que clama en el desierto, el que prepara el camino a Jesús, el que quiere impedir su bautismo, porque no se considera digno.

Aprender a bajarse para ser ensalzado. Qué gran enseñanza de Jesús y qué poco la seguimos. A pesar de la distancia entre Juan y Jesús, entre ellos surge un lugar de encuentro, de comunión. Cada uno de ellos tiene que cumplir lo dispuesto por Dios; a Juan le toca bautizar a Jesús y a Jesús someterse al bautismo de Juan.

Ambos se quitan las sandalias (en sentido metafórico), ambos realizan *«la justicia»* de Dios. Y el Padre reconoce a uno como profeta y al otro como Hijo: *«Este es mi Hijo, en quien me complazco»*. Saber y sentirse Hijo de Dios, entrar en la dinámica de la vida trinitaria, una vida en “comunidad de amor”.

El evangelio de hoy nos sitúa en un marco lleno de evocaciones para todos los amigos de la Biblia. A todos el río Jordán nos recuerda el paso del desierto a la tierra fértil, a la nueva patria, a lo que será su hogar, pero sobre todo recuerda el paso a la libertad y a la seguridad.

Desde Egipto, situación de esclavitud, han pasado el mar Rojo y pasan a la libertad del esfuerzo, el cansancio, la obligación, la ley. Al pasar el río entrarán en una nueva vida, porque entran en su tierra, aunque no siempre fueron conscientes del regalo que se les hacía y lo desaprovecharon en muchas ocasiones.

Ahora, en ese mismo marco, comienza Jesús una vida nueva para él y para nosotros. Se ha ido al Jordán en donde Juan está bautizando, pero ni él ni sus bautizados entienden el bautismo si no es como penitencia de los pecados. Jesús, en cambio, va a darle al bautismo otra dimensión mucho más profunda.

Como fue para los antiguos hebreos, hoy Jesús le da un carácter de cambio total para la vida humana. Los humanos ya no somos solo producto de una evolución biológica, tampoco somos solo creación de Dios, ni siquiera somos unos elegidos entre otros. Ahora somos, como Jesús, hijos de Dios. Él nos hace posible ese certificado que atestigua esa verdad. **Somos hijos**. Tenemos los mismos derechos que Jesús porque Él nos ha conseguido ese nivel y Dios, el Padre, ha aceptado la decisión.

Por ese motivo el antiguo marco de la entrada en la tierra se ha convertido ahora en el marco de entrada en la familia de quienes se saben hijos. Juan Bautista no se ha enterado, el pobre, al que el más pequeño del Reino de los Cielos le aventaja.

Lo importante ahora es creérselo. No dudar de semejante privilegio, no seguir en el miedo del extraño al que le parece que le van a ir a buscar para echarlo. Como les ocurre a los inmigrantes ilegales, siempre clandestinos para evitar ser descubiertos. Como les ocurre a los refugiados que llegan con el miedo en el cuerpo por temor a no ser aceptados. Como les ocurre a los niños adoptados en orfanatos que, acostumbrados al miedo por los tratos recibidos, no se creen que la dicha de estar en una casa como suya pueda ser verdad.

Los bautizados somos quienes sabemos y creemos y vivimos como hijos de Dios en esta casa suya y en esta comunidad de quienes hemos sido bautizados y agradecemos la suerte de sabernos hijos realmente. Ya no tenemos miedo a Dios. Él nos quiere como hijos. Pero quiere que nos llevemos bien y comuniquemos a los demás esta buena noticia.

DOMINGO II DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 49, 3.5-6): *Te hago luz de las naciones.*

Salmo (39, 2.4ab.7-8a.8n-9.10): *«Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad».*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 1-3): *La gracia y la paz de parte de Dios.*

Evangelio (Juan 1, 29-34): *Este es el Cordero de Dios.*

Cuando vamos a un sitio y de pronto nos damos cuenta que no reconocemos el lugar por el que estamos pasando, necesitamos buscar fuera de nosotros: un plano, una persona, una señal reconocida. Grande es la alegría que sentimos cuando vemos que nuevamente caminamos hacia el objetivo que nos habíamos propuesto. Está claro que saber a dónde queremos llegar no es suficiente; necesitamos saber también el por dónde se va, las dificultades que vamos a encontrar, los cambios que se han introducido en ese camino. Y, sobre todo, dejarnos acompañar por aquellos que conocen bien el camino.

En las olimpiadas, como en todas las llamadas de la época moderna, el afán de competir entre las naciones y la lucha por alcanzar el mayor número de medallas es cada vez más evidente. Aunque luego en los discursos y en las entrevistas se destaque más el hecho de participar como el mayor logro de todos.

No nos cabe la menor duda de que en la historia moderna del ser humano las naciones se catalogan de mayor a menor por su mayor potencial económico, científico, armamentístico y tecnológico. Y a la hora de disminuir los presupuestos de gastos los que salen perjudicados son los de ayuda social para los desfavorecidos y la ayuda al desarrollo de las naciones que muchas veces, nosotros mismos, hemos empobrecido.

Tener más hace posible que seamos recibidos por los que necesitan de nuestro dinero. Hacer las cosas mejor que otras personas posibilita que otros acudan a pedirnos consejo. Recoger más premios por los éxitos obtenidos en cualquier campo o estar a la última en cuanto a tecnologías de vanguardia, nos coloca en unas listas artificiales en las que nadie nos reconoce como personas.

Tan solo las personas que han estado presentes en nuestra vida y en nuestro desarrollo personal saben quiénes somos y lo que somos capaces de poner al servicio de la comunidad de hombres y de mujeres que procuran el bien de todas las personas y el reconocimiento de su dignidad. En el camino del desarrollo personal y estructural de personas y colectivos hay quien va por delante y quien va por detrás, en referencia a otras personas y a otros colectivos. Lo importante es no quedarse parado. Como Juan Bautista respecto de Jesús “*dar testimonio*”, señalando las referencias y marcando las pautas que son seguras y apropiadas para cada persona y en cada momento para su crecimiento personal.

Personas comprometidas, que trabajan en los procesos de rehabilitación, con los sin techo, con los alcohólicos, con enfermos o en las Cáritas parroquiales, experimentan en más de algún momento su limitación: **¡No podemos más! ¡Vaya a un especialista o a un centro especializado donde disponen de más medios!** En términos semejantes pudo expresarse el Bautista respecto a los que deseando cambiar de vida pedían el bautismo en el Jordán.

En el evangelio se citan unas palabras pronunciadas por Juan, que dan la clave y son la síntesis de su misión y de la de Jesús y que han sido plasmadas por muchos artistas. El hombre adusto del desierto aparece como un poste del camino con el dedo levantado señalando a Jesús: **«Este es el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo».** Quiere decir: yo anuncio remedios parciales, pero no puedo curar la raíz. Vosotros venís a mí, pero en realidad es a Él a quien buscáis. Él es Jesús, el Salvador, y viene a liberar al pueblo de sus pecados.

Este “*testimonio*” de Juan hizo que, algunos discípulos de Juan se pasaran inmediatamente al magisterio de Jesús porque la salvación no es obra de magia. Exige un cambio, una radical orientación a Dios y un seguimiento de Jesús para colaborar con él en la obra de la salvación, quitando el pecado del mundo e instaurando en la tierra el Reino de Dios.

Ya apenas se habla de pecado, no se utiliza esta palabra. Algunos lo consideran traumatizante y provocador de complejos de culpabilidad. El comunismo suprimió del diccionario la palabra “dios” y el consumismo quiere e intenta suprimir la palabra “*pecado*” prefiriendo otros sinónimos más suaves. Así por ejemplo, el robo recibe la denominación genérica de “*corrupción*”; al asesinato del no-nacido se le llama “*interrupción del embarazo*”; el adulterio o concubinato “*liberación sexual*”. Ese es el mayor pecado de mundo, la obcecación y fanatismo que produce ceguera y es causa de las mayores atrocidades.

Afirmó el sociólogo A. de Miguel: **«No hay conciencia de pecado porque no hay orden de valores».** El único valor aceptado es el YO, puesto en la cumbre de valores al que se subordina todo. Lo que yo apruebo, creo, hago, eso es la verdad y lo bueno. Lo que me dicen, mandan, enseñan, si no lo hace la mayoría, no se acepta, ni es verdad, ni bueno, ni nada, aunque lo diga Dios.

DOMINGO III DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 9, 1-4): *El pueblo caminaba en tinieblas.*

Salmo (26. 1.4.13-14): *«El Señor es mi luz y mi salvación».*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 10-13.17): *Poneos de acuerdo y no andéis divididos.*

Evangelio (Mateo 4, 12-23): *Seguidme y os haré pescadores de hombres.*

A Dios lo llamamos Padre nuestro, es decir, reconocemos que somos sus criaturas, y que es de y para todos. Este es el deseo de Dios: la vida, la luz, el gozo de sus hijos, y de su pueblo. Nada de particularismos: el Amor se extiende, llega a todos para darnos Vida plena. Qué bien lo dice Isaías: de la humillación, de las tinieblas y las sombras, del dominio del opresor..., Dios nos guía por la luz, con la alegría de quienes se gozan al segar, y de poder caminar erguidos. Si nos empeñamos en vivir hundidos, Dios nos llama al cambio personal y social. El deseo de Dios que se expresa y se hace comprensible para que lo hagamos nuestro (en lugar de imágenes, nosotros creamos ideas abstractas que nadie entiende).

La certeza que mueve a Isaías es la que hemos de vivir: Dios Padre guía la vida y la historia, ha puesto su morada en la vida, para hacerla crecer y transformarla. Este anuncio se ha hecho realidad en Jesús porque Él viene a traer esa cercanía del Padre. Él es la Luz que se manifiesta en medio de los hombres. Así, para descubrirlo, todo lo humano ha de tener resonancia en nuestro corazón y en el de la Iglesia. Aquello de los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de todos... han de ser los de los seguidores de Jesús, como nos dijo el Concilio.

Pero es casi imposible vivir de acuerdo unos con otros. Junto a nuestros mejores deseos de relación, anidan también la rivalidad, el deseo de imponer criterios que creemos propios. Y tendemos a olvidar lo que une –el deseo del bien querido por Dios– y a amplificar las discordias. Parece que nos seguimos más a nosotros mismos que a Jesús que es Quien de verdad une. Bien nos avisa Pablo: poneos de acuerdo y no andéis divididos, sino unidos con un mismo pensar y sentir. Estamos llamados a vivir creando unidad, reconciliación y paz.

Jesús nos llama también a cada uno de nosotros. Lo primero es la llamada a la conversión, a estar dispuestos para ser de los Suyos, para vivir en comunión con Dios y con los hombres. Una llamada a cada uno, *«venid y seguidme»*; no hay seguridades, tiene que haber confianza: *«venid y veréis»*.

La llamada es *“para algo”*, para una tarea concreta: curar enfermedades y expulsar demonios: para llevar la vida de Dios a los hombres, haciendo crecer el bien y la unidad. Y una llamada inmediata, a la que se responde con un *“ya”*, sin excusas, sin mirar al arado, para ponerse en camino y dejar hasta lo más importante. Llamados a construir una familia más grande, donde todos tengan cobijo. Sin nada más, solo la confianza en Aquel que nos llama y todo lo puede. Santa Teresa decía que *«Dios todo lo puede»*; y Casaldáliga escribe *«no tener nada, no llevar nada... solo el Evangelio, como faca afilada»*.

Juan ha concluido su misión de introductor. Jesús está ya presente y toma el relevo en Galilea. En cumplimiento de lo anunciado por Isaías aparece en la región de Zabulón, junto al mar, y toda la región queda inundada de luz. Anuncia la llegada del Reino y la apremiante necesidad de conversión. Esboza un sumario de lo que es la conversión y entran en escena los primeros discípulos.

Llama Jesús a unos hombres de los que el evangelista no dice simplemente que *“se le unieron”*, sino que *«le siguieron»*. No son por lo tanto socios de un club o empresa común, sino *“seguidores”* dispuestos a arriesgarlo todo con él. En el seguimiento hay siempre alguien que va en cabeza mientras los seguidores van detrás siguiendo sus pasos y fiados de él: *«Hay que dejarlo todo y marchar tras Él»*.

En este episodio de la *“llamada”* hay quizá algo de idealización. **¿Es posible seguir, tras una simple llamada, a un hombre al que ven por primera vez?** Tal vez se trata de un sorprendente realismo, de un entusiasmo sin titubeos ni dudas ante el anuncio del esperado Reino de Dios, o habían precedido ya encuentros particulares. El hecho es que unos pescadores de oficio abandonan su vida para convertirse en *«pescadores de hombres»*, según la motivación de la llamada.

El anuncio del *«Evangelio»* comienza siempre con una apremiante llamada a la *“conversión”*. El proceso de orientación de la vida a Dios no es un logro que se consigue de una vez para siempre. La *“conversión”* es obra de cada día. Cada día hay que mantener a Dios en el centro de la vida en lucha contra las fuerzas centrífugas que tienden a desplazarle para levantar allí un trono de adoración del propio *“yo”* con sus egoísmos. La *“conversión”* es un proceso que pone a Dios en el centro y organiza todo lo demás en torno a Él.

PRESENTACIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Malaquías 3, 1-4): *Mirad que está llegando.*

Salmo (23, 7.8.9.10): *«El Señor, Dios de los ejércitos, él es el Rey de la gloria»*

2ª lectura (Hebreos 2, 14-18): *Tenía que parecerse en todo a nosotros.*

Evangelio (Lucas 2, 22-32): *Ahora, Señor, puedes dejar marchar a tu siervo.*

La ley mosaica prescribía que, cuarenta días después del nacimiento del primer hijo, los padres lo presentasen en el Templo de Jerusalén para ofrecerlo al Señor, y también para el ritual de purificación de la madre. Así lo hicieron los esposos José y María con Jesús, su primogénito.

Pero en este caso fue Dios quien presentó a su Hijo a los hombres, por medio del anciano Simeón y la profetisa Ana. Estos, lo presentaron como: *«Luz para alumbrar a las naciones y gloria de su pueblo Israel»*, y también: *«Ha sido puesto para que muchos en Israel caigan y se levanten, y será como un signo de contradicción»*.

Recordando este hecho que nos narra el evangelio de Lucas, muy pronto en Oriente se celebró una fiesta llamada “*Hipapanté*” o fiesta del “*encuentro*”, posteriormente se acogió en Occidente, y recordando las palabras de Simeón *«Luz para alumbrar a las naciones»* se añadió a la fiesta el rito de la bendición de las candelas, tomando el nombre popular de la “*Candelaria*”.

En la primera lectura, el profeta Malaquías nos ha hablado de este encuentro cuando dice: *«Voy a enviar a mi mensajero para que prepare el camino ante mí. De repente llegará a su santuario el Señor a quien vosotros andáis buscando, [...] mirad que está llegando»*. Simeón reconoció al Mesías y así lo proclamó. Hemos de descubrir que esta liturgia de la Palabra es toda ella un canto de luz, de esperanza y de salvación que los cristianos escuchamos y celebramos en el templo que, continúa siendo el lugar de nuestro encuentro con Dios.

A imitación de Cristo, y según sus palabras: *«Alumbre así vuestra luz a los hombres para que vean vuestras buenas obras y den gloria a vuestro Padre que está en el cielo»* ^(Mt 5,16), los cristianos estamos llamados a ser la luz del mundo.

La luz del cirio que encendieron el día de nuestro bautismo es el símbolo de la luz de la fe que hemos de conservar toda la vida hasta la hora de nuestro paso a la “otra vida” cuando desaparecerá la fe para ver la realidad de la luz eterna del cielo. La luz de la Candelaria es la luz de la fe que nos guía por el camino de la vida sin desentendernos de los demás que también caminan iluminados por Cristo. Todos hacemos el camino a la luz de la fe que ha de estar siempre encendida, no solo cuando estamos en la iglesia sino a lo largo de la vida de cada día.

La luz de la fe es también la que da calidez de amor para que nos amemos los unos a los otros, incluso a los enemigos, como nos ha mandado Jesús. Esa luz del amor la hemos de llevar siempre con nosotros para iluminar y amar a los de casa y a todas las personas con las que convivimos y nos encontramos cada día. Es una luz que sabe perdonar a todo el mundo porque da calidez y es una luz de amor.

Aunque se pierden muchas tradiciones, tanto populares como religiosas, la fiesta de la Candelaria, se continúa celebrando hoy, y con el encendido de las candelas se quiere expresar, con un signo visible, la luz de la fe en Jesús que ilumina a todos los pueblos. Es la fiesta patronal de los que trabajan en el ramo de la electricidad y también del movimiento “*Vida Ascendente*” de la gente mayor.

La Eucaristía que celebramos en esta fiesta de la Presentación del Señor ha de ser un nuevo encuentro con el Señor Jesús que nos espera y nos acoge, a cada uno tal como somos. Es el encuentro con la luz y el amor de Dios que nos ilumina y nos salva.

Pocas palabras como las de Simeón, pueden expresar la plenitud de una vida colmada en la espera del Mesías y coronada al verle: *«Ahora, Señor, puedes dejar a tu siervo irse en paz porque mis ojos, al fin, han visto tu Salvación, la luz de las naciones y la gloria de tu pueblo»*. Son palabras que el Espíritu puso en la boca y el corazón de aquel buen hombre y que Dios pone hoy en nosotros, y que bien podemos aprender de memoria y recitarlas cuando nos retiramos a descansar al final del día.

DOMINGO IV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sofonías 2, 3; 3, 12-13): *Buscad al Señor, los humildes.*

Salmo (145, 7.8-9a.9bc-10): *«Dichosos los pobres en el espíritu, de ellos es el Reino de los Cielos».*

2ª lectura (1ª Corintios 1, 26-31): *El que se gloríe que se gloríe en el Señor.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Estad alegres y contentos, vuestra recompensa será grande.*

Conocemos este evangelio, es un texto muy repetido, no en vano es considerado el texto programático para la vida cristiana. En primer lugar fijémonos que los destinatarios son tanto la muchedumbre que seguía a Jesús como sus propios discípulos. Los cercanos y quizá lo más lejanos. Así que esta Palabra también va dirigida para cada uno de nosotros en particular, sin importar dónde nos encontremos ahora mismo en nuestra relación con Jesús. Siempre su Palabra es personal. No vale pensar que no tiene ningún mensaje para cada uno de nosotros.

Quizá la virtud de la templanza no sea muy difícil. Mostrar serenidad o mansedumbre ante las pequeñas dificultades de la vida. O quizá sí. Quizá podamos intentar ser misericordiosos, comprensivos, perdonar ante situaciones que ocurren en nuestra vida. Aunque en muchas ocasiones nada de esto es fácil. Pero esto de alegrarnos cuando nos insulten o persigan o calumnien ya es difícil, muy difícil. Es el mundo al revés.

Muchos de nuestros contemporáneos pensarían que nos falta el juicio si hiciéramos vida estas palabras de Jesús en nuestras vidas: alegrarnos cuando nos maltratan. Además hay que añadir: trabajar por la paz y la justicia, buscar un corazón limpio, etc. Si nos tomamos en serio esta invitación de Jesús tenemos que decir que efectivamente no es nada fácil.

Dice san Pablo en la segunda lectura que Dios ha escogido a lo necio, a lo débil de este mundo, a lo que no cuenta para descolocar a los que se creen importantes. Es verdad, nadie en este mundo nos va a aplaudir por ser humildes, misericordiosos, justos... pero **¿tenemos que vivir y actuar para contentar al mundo?** Este camino de las Bienaventuranzas no es un camino obligatorio.

Nunca es obligatorio seguir a Jesús, es más bien una propuesta de sentido para nuestra vida. Así que el que acepte vivir según el espíritu de las Bienaventuranzas solo lo puede hacer por amor a Dios y confiado en la Palabra del Señor.

Si repasamos la vida de Jesús nos daremos cuenta de que Él ha vivido con su propia vida el espíritu de las Bienaventuranzas. Detrás de Él ha habido y sigue habiendo muchas personas que se han atrevido a seguir esta senda. **¿Quién de nosotros no conoce a alguna persona en la familia, entre los amigos, en la parroquia que sea serena, humilde, misericordiosa, pacífica?** Nadie dijo que fuera fácil, pero el Señor nos invita a que lo intentemos. **¿Estaremos a la altura?**

Las “bienaventuranzas” son paradojas, algo que va contra el pensar común y contra las experiencias humanas más universales. Creo que las “bienaventuranzas” son inaceptables separadas de la figura de Jesús que las pronunció. El sermón del monte es un reflejo de la vida de Jesús y una formulación de sus íntimas convicciones. En ellas se hace transparente su especial relación con el Padre celestial y su conciencia de ser Hijo querido.

La esperanza ofrecida por Jesús se orienta hacia su Padre. Nos dice: *“Tened bien claro que ser pobre o estar perseguido no significa abandono de Dios. Al contrario, Dios está con vosotros y vuestro es su reino. Cada uno tiene que llevar su cruz en la vida, pero la cruz no es abandono de Dios”.*

Las “bienaventuranzas” no se formulan a manera de preceptos, no son un sistema de imposiciones a la libertad, sino invitaciones desde la perspectiva del amor. Jesús enseña cómo puede el amor de Dios penetrar en una vida humana y hacer en ella posible lo imposible. Puede hacer que el hombre no acepte definirse por la capacidad de poseer, figurar, dominar porque se ha encontrado con Dios y en ese encuentro todo cambia, todo se hace “bienaventuranza”.

Dios tiene otros criterios y espera mucho del hombre. El ser humano, capaz de bajas vilezas, es también capaz de elevados heroísmos. Y si el ideal propuesto en el sermón del monte parece superar las humanas posibilidades, hay que recordar el consejo dado a los primeros cristianos en un antiguo documento: *«Si lo que aquí se pide te parece demasiado, cumple lo que puedas y pide a Dios gracia para lo que te parece que no puedas».*

DOMINGO V DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 58, 7-10): *Tu oscuridad se volverá mediodía.*

Salmo (111, 4-5, 6-7, 8a y 9): *«El justo brillará en las tinieblas como una luz».*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 1-5): *Anunciamos a Cristo crucificado.*

Evangelio (Mateo 5, 13-16): *Vosotros sois la sal de la tierra.*

Llama la atención escuchar a Jesús que nos define a sus discípulos como «*sal de la tierra*» y «*luz del mundo*». Hemos perdido relevancia social, a veces tenemos la sensación de que detrás de nosotros no hay relevo en la Iglesia Y hoy escuchamos: «*Vosotros sois la sal de la tierra y la luz del mundo*».

Desde la fe en Jesús es una ventaja la situación secularizada que nos está tocando vivir. De esa forma somos colocados donde Jesús quiere que estemos situados sus discípulos: en el corazón de mundo, en medio de las gentes. «*En las periferias existenciales de los seres humanos*», según el papa Francisco.

Con frecuencia hemos sido educados en ideales grandiosos. Y así confundimos nuestro ser discípulos y la misión que nos corresponde con comprometernos en tareas de atención a los necesitados, a los enfermos, a la catequesis parroquial, a una organización humanista, a un movimiento eclesial...

Sí, todo eso está muy bien, es verdad, pero cuando descubrimos que nuestra misión prioritaria está en la vida ordinaria y anónima (familia, trabajo y relaciones), entonces la necesidad de hacer algo especial enmascara nuestra vanidad y quizá algo peor: nuestra fe superficial y nuestro amor rácano. “*Damos sabor*”, si nuestra calidad de vida lo tiene. “*Somos luz*”, si nuestra existencia es luminosa.

En continuidad con las Bienaventuranzas del último domingo Jesús nos dice, al final del evangelio de hoy, que nuestra luminosidad tiene como finalidad que nuestras buenas obras den gloria a Dios Padre. **¿Qué obras dan gloria a Dios Padre?** Sin duda: las obras que brotan de vivir según las Bienaventuranzas que la Iglesia nos ofrecía el domingo pasado.

Si alguien nos ve felices cuando las cosas no nos van bien, que somos libres sin necesidad de afirmarnos a nosotros mismos, que tenemos paz de fondo cuando los problemas se nos amontonan, que nos olvidamos fácilmente de nosotros mismos en favor de los demás... Entonces es posible que alguien se entere de que nuestras obras remiten a Dios, aunque es posible que muchos no se enteren. Pero eso no nos importa, porque no vivimos para que nos importe.

Jesús se fía y nos confía su propia misión. El secreto está en la mirada con que miramos esa vida ordinaria. Renovada esa mirada cada mañana, nos permite mirar a Dios en ese breve momento de oración. Nos permite mirar a los nuestros, familiares, conocidos, compañeros con los que nos vamos a encontrar en el trabajo. **¿Quién nos impide darles rostro y dignidad de personas? ¿Cómo te mira a ti, cómo los mira a todos ellos el Padre del cielo?** Renovar nuestra mirada es una dosis de esperanza cada día. Justo la que necesitamos, ni más ni menos.

¿Qué puesto nos toca ocupar o qué función desempeñar en ese Reino de Dios anunciado por Jesús? Muchos deseamos vivir el evangelio, buscar la perfección y deseamos y buscamos algo como receta espiritual para vivir la vida conforme a ese ideal.

Con las metáforas de la “*luz*” y de la “*sal*” nos pone Jesús bien claro cómo deben comportarse en el mundo los que quieran asimilar los comportamientos cristianos: la “*sal*” da sabor y preserva de la corrupción. La “*luz*” ilumina y permite ver a dónde y por dónde se va.

Esa misma función debemos tener los discípulos, primero para nosotros mismos y después para los demás. Si un día perdemos el sabor o nos ocultamos hasta pasar desapercibidos y, nos confundimos en todo con los demás, ya no servimos ni valemos para nada.

En el Vaticano II, la Iglesia se autodefine como “*luz de las naciones*”. Para cumplir esa función de iluminar tiene voluntad de instalarse en medio de la sociedad de los hombres haciendo suyas sus preocupaciones, problemas, miedos y esperanzas. Lo mismo que antes hizo Jesús.

Jesús, viviendo entre los suyos fue pan para los hambrientos, luz para los ciegos y consuelo para los tristes. La tarea de la Iglesia y de cada uno de sus miembros consiste en analizar su entorno dentro de la sociedad, que nos ha tocado vivir, para ver cómo podemos ejercer en ella la función de ser “*sal y luz*”.

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 15, 16-21): *Es prudencia cumplir su voluntad.*

Salmo (118, 1-2.4-5.17-18.33-34): *«Dichosos los que caminan en la voluntad del Señor».*

2ª lectura (1ª Corintios 2, 6-10): *Dios nos lo ha revelado por el Espíritu.*

Evangelio (Mateo 5, 17-37): *No juréis en absoluto.*

La sabiduría de Dios se expresa a través de la ley que debe cumplirse, pero nunca siguiendo una interpretación que puede resultar ridícula, sino según el espíritu que la inspira. El ritualismo que pone la intensidad en la ejecución exterior de los actos es infantilismo espiritual. La madurez moral hace intervenir la razón.

Jesús fue un fiel observante de la ley, pero se sintió libre frente a sus palabras cuando se trataba de curar o hacer el bien, por ejemplo, “*curar un enfermo en sábado*”. El hombre es el principal valor y por eso la ley del reposo del sábado debe subordinarse a las exigencias del servicio al principal valor: *«el sábado es para el hombre»*.

Jesús perfecciona las exigencias de la ley antigua, pero no en el mismo nivel que la letra. Las acciones de la ley en el Antiguo Testamento recaen sobre los hechos consumados, sobre hechos reales y comprobados; asesinato, adulterio, perjurio... Jesús enseña que la sede del pecado está en el corazón, en la decisión interior y libre del hombre aunque la acción no llegue a realizarse. Por eso merece sanción la palabra ofensiva, la mirada codiciosa, el juramento en vano.

Esta es la justicia que supera a la de los escribas y fariseos. La ley cristiana no se circunscribe a la mera ejecución de lo mandado porque sería como un cuerpo sin alma. Jesús recuerda primero la interpretación tradicional para añadir luego su interpretación propia en tres puntos cruciales: las relaciones entre los hombres como hermanos, en las relaciones hombre-mujer y en la palabra empeñada.

Al margen incluso de la experiencia personal de relación con Jesús de Nazaret, su figura resulta atrayente, su actitud fascinante y sus palabras provocativas. Muchos no creyentes valoran el Evangelio por la forma de vivir que Jesús presenta: valiente y radicalmente sensible para con el corazón humano; la cual no se reduce a una moral o conjunto de normas de vida, sino a un cuestionamiento de esta en su fondo.

Jesús, como leemos hoy en el evangelio, no viene a proponer una nueva moral, ni a erigirse como representante y modelo de conducta al estilo del fariseísmo. En nuestro presente, sin embargo, cada gobernante se cree con el derecho de dar su propia ley, y no solo en temas políticos sino también afectando a las formas de vivir de las personas: ya sean de derechas o izquierdas, más conservadores o más progresistas, todos tienen hambre por legislar y ordenar, pero pocos cuestionan a fondo el para qué y, menos aún, miran a quién.

Parece como si poner leyes para todo resolviera todos los problemas, mientras que hay otras formas de hambre, y de hambre no metafórica sino auténtica, que los legisladores no tienen tan en cuenta. Únicamente el que se ha liberado de la necesidad de actuar en exclusiva según las normas, puede mirar a los demás no solo como sujetos de derechos y deberes sino como objetos de amor a quienes vincularse. Eso es lo que ensaña Jesús con sus ejemplos: una sabiduría del corazón que contrasta con la mera racionalidad de la obligación.

Vincularse a las personas no cambia directamente las estructuras de injusticia (para eso están las leyes) sino las relaciones que las generan, de forma que dar pan (también conforme a una ley de justicia social, un principio ético, un acuerdo internacional, o una norma religiosa) sirve de poco si uno no reconoce al hambriento en el vínculo de igualdad, dignidad y confianza que provoca el Amor hacia él o ella. Este, personificado en Jesús, da plenitud de sentido a nuestras mejores acciones e intenciones: el saber hacer de las almas confiadas en el Amor que todo lo puede.

«Da de TU pan al hambriento». Así es cómo se defiende el reparto justo de riquezas y la erradicación del hambre, dentro y fuera de nuestras fronteras, esto es según el mensaje de Jesús ir más allá y más al fondo: allí donde uno libremente se vincula a los que le necesitan, y los considera hermanos con hambre antes que destinatarios de su pan. “*Dar pan al hambriento*” no es ya un principio ético sino una elección libre, sabia y de profunda espiritualidad.

DOMINGO VII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Levítico 19, 1-2.17-18): *Seréis santos, porque yo, el Señor, soy santo.*

Salmo (102, 1-2.3-4.8 y 10.12-13): *«El Señor es compasivo y misericordioso».*

2ª lectura (1ª Corintios 3, 16-23): *Vosotros sois templos vivos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5, 17-37): *Habéis oído que se dijo. Yo, en cambio os digo.*

Hay un mundo antiguo, superado, pero siempre acechante, que representa a la moral mínima, la que se conforma con no hacer daño y trata de evitar que la juventud tome caminos tortuosos de los que es difícil volver. Hoy está muy extendida en nuestra cultura plural, en las sociedades occidentales desorientadas y en los padres que han hecho una revisión general de la moral en la que fueron educados y que no han reemplazado por otra sino que la han descartado sin más.

Como los padres que solo educan a sus hijos para que no se droguen y no vayan a la cárcel, también las sociedades plurales han renunciado a una moral de máximos, es decir, de metas más altas. Creen que hacer una propuesta moral de máximos es una pretensión autoritaria que genera frustración por lo inalcanzables que resultan sus objetivos.

¿Es una imposición autoritaria que unos padres quieran educar a sus hijos para que sean grandes ciudadanos? Los padres ya saben que esa propuesta no va a tener unos efectos mágicos y automáticos. Sus hijos pueden encontrar muchas dificultades y no superar determinados pasos del proceso, lo que no significa frustración ni rechazo, pero sí estímulo para crecerse ante los obstáculos y reconocimiento de la realidad.

La necesidad humana de vivir y convivir mejor necesita un compromiso de adhesión a la vida como tarea de todos y para todos. Sabemos que muchos no estarán de acuerdo, otros opinarán que es mejor conformarse con niveles mínimos fácilmente alcanzables, otros, como respuesta a la pluralidad de nuestras sociedades, reclamarán la libertad de cada uno para adherirse al proyecto moral que quiera.

Nosotros asumimos la propuesta de Jesús que nos invita a construir personas más implicadas en la construcción social de un mundo más humano, más libre pero más comprometido en las necesidades de los demás, más inconformista con un presente insatisfactorio.

Para eso nos da una base acorde con el objetivo: Entender el mundo como una gran familia y actuar como el Padre común, que se interesa por todos, está pendiente de todos, comprende y acepta a todos tal y como son, pero a todos convoca para la gran tarea familiar de preparar un futuro que responde a la necesidades y anhelos de todos y cada uno.

En esa perspectiva, la perfección no está en la suma de cualidades que uno atesora sino en los sentimientos familiares que uno promueve en su interior para actuar desde ellos buscando el bien de los demás. No es una perfección moralizante de virtudes que uno posee como un trofeo conquistado, sino el cúmulo de energías que alimenta para ponerse al servicio de los demás. Como hacen los padres y los buenos hermanos. Como hace el buen Padre celestial que a todos adora.

«Meditar cada día un pasaje de la vida de Jesús... abstenerse de toda violencia de los puños, lengua y corazón, porque el que no es violento así tampoco tendrá dificultad en renunciar a la violencia de las pistolas. Hay vidas entregadas a una causa movidas por el odio: no nos sirven. Los modelos son las vidas entregadas a una causa noble movidas por el amor». (Martín Lutero King).

La conducta moral debe encarnarse en circunstancias de espacio y tiempo, bajo formas concretas de vivir. Renunciar a la violencia y amar a los enemigos, nos dice claramente cuál es la voluntad de Dios y a qué cimas de perfección invita.

«Oísteis que se dijo... pero yo os digo...». No es una legislación nueva, pero añade tal perfeccionamiento a la ley antigua que, de hecho, parece nueva. La gran falsificación consiste en despojar la letra de la ley del espíritu que la inspiró. El resultado es una interpretación exterior. A la “ley del talión” se opone la “no-violencia”. La ley del talión suponía ya un cierto avance respecto a épocas anteriores porque excluía la venganza desmedida y arbitraria para reducirla a igualdad, a pagar con la misma moneda.

Jesús la perfecciona enseñando la renuncia a toda violencia, no a la acción de la justicia, y a vencer el mal con el bien. Todo discípulo de Jesús debe inspirar su proceder en la conducta del Padre celestial que es bueno con todos. El ideal de convivencia humana no se basa en la pura filantropía humana ni en la afinidad temperamental, sino en la imitación de Dios. Jesús sabe bien lo que pide. El mal no se vence con el mal sino con el bien. No es cristiano matar, ni dar vivas al que mata. Tampoco lo es cruzarse de brazos ante el crimen porque equivaldría a dar disco verde a la maldad. **«El que tenga oídos para oír, que oiga».** El que se crea valiente que lo demuestre.

MIÉRCOLES DE CENIZA

1ª lectura (Joel 2, 12-18): *Convertíos a mí de todo corazón.*

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13. 14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado».*

2ª lectura (2ª Corintios 5, 20 - 6, 2): *Ahora es tiempo de salvación.*

Evangelio (Mateo 6, 1-6.16-18): *Tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará.*

Con la celebración de este miércoles de ceniza comenzamos, un año más, el tiempo de Cuaresma y así somos continuadores de una tradición que comienza a finales del siglo III en Egipto, donde se decretaba un ayuno de cuarenta días para celebrar el ayuno del Señor en el desierto, pero pronto, este ayuno, adoptó la forma de preparación para la celebración de la muerte y Resurrección del Señor.

Posteriormente cuando el catecumenado tiene una organización estable, la Cuaresma es el tiempo de la última preparación de los catecúmenos para el bautismo. Ya en el siglo V, la Cuaresma adquiere los rasgos que se mantienen hasta hoy: Un tiempo de ayuno, de caridad y de oración para todo el pueblo cristiano, tiempo de preparación al bautismo para los catecúmenos y preparación a la reconciliación para los penitentes.

Este camino hacia la Pascua que es la Cuaresma, camino marcado por actitudes sinceras de conversión comienza hoy con la imposición de la ceniza. Este gesto es una señal de penitencia y de duelo ya presente en el Antiguo Testamento y un gesto que los cristianos de los primeros siglos hacían frecuentemente en privado. Pero este gesto es simplemente un signo, una señal visible de una actitud interior. Nos decía el profeta Joel en la primera lectura: *«Rasgad los corazones, no las vestiduras»* Por ello no podemos hacer que nuestra práctica cuaresmal se limite a grandes gestos externos, *«para que nos vean»*, sino que tiene que ser una conversión profunda del corazón.

El Evangelio nos propone una conversión en tres líneas: La **limosna**, la **oración** y el **ayuno** que, ya desde el siglo V, son los rasgos fundamentales de la Cuaresma. La limosna que no tiene que ser como la limosna interesada de los fariseos, no puede ser un tranquilizarnos la conciencia con dos euros, la limosna cuaresmal tiene que ser un ejercicio vivo de la caridad, un acoger al hermano más necesitado, ejercer una auténtica acogida y solidaridad.

La oración que tiene que ser una oración sincera, confiada, perseverante. Santa Teresa nos decía que la oración es: *«un trato de amistad con aquel que sabemos que nos ama»*. Y finalmente el ayuno, o sea, una actitud de penitencia, mejor dicho, de conversión. El Evangelio nos dice claramente que no se trata de grandes cosas, sino de un cambio de actitudes, de un cambio de vida, que nuestras penitencias no sean para que las vea la gente, sino para cambiar radicalmente nuestra vida en la intimidad del corazón.

Por ello, nuestro vivir la Cuaresma, nuestro disponernos a la celebración gozosa de la Pascua tiene que comenzar poniéndonos ante el Señor con las palabras del salmista: *«Oh Dios, crea en mí un corazón puro, renuévame por dentro con espíritu firme; no me arrojes lejos de tu rostro, no me quites tu santo espíritu»*.

La tradicional ceremonia de la imposición de la ceniza, tiene que hacer que el creyente tome conciencia de sí mismo, por si el orgullo, la ambición, los logros científicos, o la plenitud de la vida de consumo le invitan a olvidarlo, la ceniza nos hace esta reflexión: *“esto eres y en esto terminarás”*. Entre ese comienzo y ese fin se realizan todas las variantes de la existencia humana.

El rito de la imposición de la ceniza debe ser saludado con alegría porque nos brinda la oportunidad de reflexión: *«Convertíos y creer en el Evangelio»*, para hacer nuestra vida más bella, llenarla de sentido y darle mayor peso específico cristiano. La reflexión cristiana de este tiempo pretende sensibilizar sobre las prioridades de la vida de cada uno tanto en sí mismo como en las relaciones con la comunidad. Y es alegría porque se hace desde la perspectiva de la Pascua encuentro con la vida. El que se encuentra con la vida tiene sobrados motivos de alegría.

La ceniza se impone pronunciando al mismo tiempo una de estas dos fórmulas: *«Recuerda que eres polvo y al polvo volverás»*. O también esta otra: *«Conviértete y cree en el Evangelio»*. Esta segunda es más significativa. Porque lo más importante no es pensar que nuestro cuerpo terminará en la tumba o en la incineración, sino vivir nuestra relación con Jesús de tal manera que la tumba se convierte en puerta de una nueva vida. La ceniza no nos confronta tanto con la muerte como con la vida.

DOMINGO PRIMERO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 2, 7-9; 3, 1-7): *Sopló un aliento de vida.*

Salmo (50, 3-4.5-6a.12-13. 14 y 17): *«Misericordia, Señor: hemos pecado».*

2ª lectura (Romanos 5, 12-19): *Todos serán constituidos justos.*

Evangelio (Mateo 4, 1-11): *No solo de pan vive el hombre.*

La palabra “*Historia*” es muy solemne, como la palabra “*Geografía*”, “*Biología*” o “*Física*”. Es una palabra que expresa una materia de gran calado, que narra grandes acontecimientos, con personajes famosos que han destacado por sus gestas a lo largo y ancho de las culturas antiguas.

La «**HISTORIA**» así entendida, con mayúsculas, nos es ajena; parece que no tenemos nada que ver en ella porque nosotros no saldremos nunca en sus narraciones ni nadie tendrá en cuenta nuestros nombres y nuestras vidas. Parece que nuestra vida, nuestra “*historia*” sencilla y anónima se escribe con minúscula.

Sin embargo, todos tenemos nuestros orígenes, nuestras pequeñas contribuciones al bien común, nuestros recuerdos personales y únicos. Amamos a nuestros mayores y a las personas que son importantes para nosotros. Ponemos nuestro granito de arena en la construcción de este mundo, que es el nuestro: luchamos, sufrimos, nos alegramos, apoyamos, discutimos, alabamos. “*Somos protagonistas*”.

Para los creyentes, Dios nos ha convocado a la vida y ha hecho de nosotros “*protagonistas*” libres de nuestra historia. La vida humana no es casualidad, ni estamos en la vida por equivocación. Todos y cada uno, con sus límites y sus talentos, formamos parte de un gran proyecto. Nadie es imprescindible, pero a la vez nadie sobra.

Los cristianos entendemos la vida de la humanidad como una gran “*historia de salvación*”, con sus luces y sombras, con sus avances y retrocesos. No somos divinos; pero tampoco somos monstruos. Una historia que no es de fracaso/condenación, sino de cumplimiento/salvación. Dios es compañero de camino: nos apunta al oído, nos corrige cuando fallamos, nos levanta cuando caemos, sufre cuando nos desviamos.

Jesús también vivió su propia historia, que en su caso era la de hacer presente el Reino de Dios. Al comienzo de su misión la gran pregunta es: **¿cómo llevar adelante su condición de ser Mesías de Dios?** Aparecen las tentaciones de «*saciar las necesidades*», de «*asaltar el poder y dominar*» o de «*engañar y manipular las conciencias*». Ninguna de las tres es de Dios. El mesianismo de Jesús pasará por revelar la verdadera condición del ser humano, por el servicio como modo de autoridad, y como verdad que libera.

En el relato del bautismo contemplábamos a Jesús confundido entre los pecadores que esperaban turno para ser bautizados por Juan. La admiración sube de tono cuando vemos a Jesús confrontado en el desierto con los poderes del mal. Pero bautismo y tentación son dos piezas o momentos esenciales en el mecanismo de la vida de Jesús y del cristiano.

El bautismo es compromiso, palabra empeñada. La tentación es test o control de la fidelidad a esa palabra. En el caso de Jesús la tentación pretende sacarle del camino elegido por el Padre para seguir sus propios caminos. La historia de la vida y tentaciones de Jesús es nuestra propia historia. El bautismo nos asimila a él; la tentación somete también a prueba nuestra fidelidad.

La triple tentación del desierto se ejerce a través del consumo, que al mismo tiempo que provoca sed insaciable, tiente con la desconfianza en Dios: «*Si eres hijo de Dios no deberías pasar hambre, ni vivir desapercibido como si no fueras nada ni hijo de nadie. Y si pasas hambre o no significas nada es porque o no eres hijo de Dios o porque Dios no se preocupa por sus hijos*». La tentación de Jesús tiene, por tanto, tres cabezas que son tres permanentes tentaciones a las que Jesús dio respuesta en nombre de todos nosotros.

El hombre necesita el “*pan para vivir*”, pero si desea vivir como hombre necesita también el alimento de la Palabra de Dios. Cada uno tiene derecho a cuidar su imagen, pero sin tentar a Dios. Es lícito admirar los valores humanos y tener preferencias por unos sobre otros, pero sin caer de rodillas ante criatura alguna porque el culto de adoración sólo es debido a Dios.

Jesús asume la realidad que para él se concreta en la voluntad del Padre. Su poder no es para él sino para ponerlo al servicio y disposición de los necesitados. Y en cuanto a caer de rodillas, no existe más que un Dios a quien se debe adorar. Todo lo demás son ídolos que esclavizan.

Como dijo el presbítero anglicano convertido al catolicismo en 1845, más tarde elevado a la dignidad de cardenal por el papa León XIII y canonizado el 13 octubre 2019 por el papa Francisco: «*Si el mundo con Dios es un misterio, el mundo sin Dios es un absurdo*».

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): *Sal de la casa de tus padres hacia la tierra que te mostraré.*

Salmo (32, 4-5.18-19. 20 y 22): *«Que tu misericordia, Señor venga sobre nosotros».*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): *Toma parte en los trabajos del Evangelio.*

Evangelio (Mateo 17, 1-9): *Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto.*

De camino a Jerusalén hace Jesús una pausa y deja entrever a sus discípulos en qué desemboca su camino: “*muerte y resurrección*”. Para ello, se hace acompañar de personajes representativos: Moisés es, en tierra extranjera, el líder de la epopeya del Éxodo, liberador providencial de poderes exteriores que esclavizan al pueblo. Elías es, dentro de la tierra prometida, el libertador de esclavitudes interiores, campeón en la lucha contra todo lo que esclaviza al hombre desde dentro de sí mismo y restaurador de la moral necesaria para hacer posible el cumplimiento de la Ley. Jesús es el liberador universal, el redentor que inspiró a Moisés y a Elías lo que tenían que hacer y ahora habla con ellos de la anunciada meta a la que se dirige: *«su pasión y resurrección»*.

El episodio recuerda que también nosotros estamos de camino, que el camino va certero a una meta y que esa meta es un encuentro con Alguien que es la Vida. Es necesario saberlo. El que no sabe a dónde va tampoco puede elegir libremente su camino, los deportistas lo saben muy bien, por eso se fijan marcas y se someten a los adecuados entrenamientos.

A veces acontece viajar en la oscuridad de la noche o en la espesura de la niebla. Sabemos que la carretera nos conduce al destino, pero no vemos más que lo imprescindible para avanzar penosamente y con cautela. El paisaje está allí aunque invisible. La prudencia y los mapas, seguidos con fidelidad, permiten avanzar sin riesgo y con la certeza de llegar a destino. En la fe hay certeza pero no siempre claridad, luego aparece el sol y todo el paisaje se llena de luz y se hace claridad.

El episodio de la transfiguración es como un chorro de luz sobre las oscuridades de la fe para iluminar el misterio de la vida cristiana en su continuo caminar. El Tabor está en la geografía de Palestina pero lo que en él se enseña sucede en el corazón de los hombres.

Sería maravilloso poder trasladar el cielo a la tierra aunque no fuera más que por unos días o por unos instantes para saber cómo es. En esto soñaban Pedro y sus compañeros cuando proponían construir unas tiendas en la cima del Tabor. Pero no sabía Pedro lo que decía porque estaba “*soñando*”.

Mientras hacemos el camino de la vida, las personas nos vamos sorprendiendo unas a otras. A veces es una sorpresa desagradable: una traición, un egoísmo, una palabra hiriente, un desprecio, una crítica destructiva. Otras veces, en cambio, es una sorpresa agradable: una cualidad desconocida, una bondad insospechada, una fidelidad desconcertante, una amnesia que olvida el mal recibido, una mirada que acoge y perdona, etc.

En el grupo de Jesús no ganaban para sorpresas. Jesús les sorprendía cada día con su modo de ver la vida, su modo de estar con la gente, su preferencia por los más caídos, sus palabras sobre Dios; les descolocaban y hacían añicos sus visiones y expectativas. Veían en Él tal determinación por la causa del Reino que, un día, sintieron temor pues, en el futuro que se dibujaba en el horizonte había sombra, noche y conflicto.

Por ello, seguramente en cada uno de ellos y también en sus conversaciones aparecía una pregunta: **¿quién es este hombre que cada día nos sorprende con su palabra y su vida? ¿Quién es Jesús en lo más profundo de sí mismo?** No hacía mucho tiempo, en un momento de crisis, el mismo Jesús les había preguntado: *«y vosotros, ¿quién decís que soy yo?»* (Mt 16,15).

Cuando la vida nos sonrío no solemos hacernos grandes preguntas. Vivimos y disfrutamos. En cambio, cuando las dificultades asoman por la puerta comenzamos a hacernos preguntas: lo hacemos sobre el esposo o la esposa, sobre los hijos, sobre nosotros mismos, sobre las relaciones sociales, sobre el sentido de la vida, sobre la religión que practicamos, etc.

Hoy, en esta época, caracterizada por tantos cambios tecnológicos, sociales, culturales y religiosos, a los cristianos nos toca, como aquellos primeros discípulos que veían y sentían la dificultad, preguntarnos por el sentido y valía de la fe que profesamos. Nos toca, a la vista de una realidad que pone en crisis las visiones, creencias y valores anteriores, preguntarnos qué merece la pena creer y, sobre todo, preguntarnos a quién merece la pena escuchar y seguir.

Decía una voz desde la nube. *«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle»*. Mateo parece estar pensando en nosotros, los seguidores de Jesús de todos los tiempos, para recordarnos lo que nunca hemos de olvidar: lo más importante es escuchar a Jesús: escuchar sus palabras, contemplar su modo de vivir, su modo de hacer. **Guardarlo muy dentro: en la mente y en el corazón... y seguirlo.**

DOMINGO TERCERO DE CUARESMA

1ª lectura (Éxodo 17, 3-7): *Saldrá agua para que beba el pueblo.*

Salmo (94, 1-2, 6-7, 8-9): *«Ojalá escuchéis hoy la voz del Señor».*

2ª lectura (Romanos 5, 1-2, 5-8): *Cristo, murió por nosotros.*

Evangelio (Juan 4, 5-42): *Señor, dame esa agua: así no tendré más sed.*

A partir de este domingo vamos a reflexionar una serie de encuentros con Jesús en los que Él se nos revela como origen de la vida, hoy bajo el simbolismo del agua en el pasaje de la mujer samaritana. El agua es indispensable para la vida. Jesús es la fuente de agua que da vida eterna. Para encontrar esa agua nos orienta hacia una fuente en el fondo de nuestro corazón donde Dios quiere vivir y donde se le debe dar culto en espíritu y en verdad.

Los peregrinos en Tierra Santa suelen visitar el histórico pozo de Jacob donde Jesús se detiene cansado y entabla un diálogo con una mujer en busca de agua en un caluroso mediodía de estío. Los turistas escuchan la explicación, oyen la lectura de este pasaje y beben por devoción agua del pozo del que pidió beber también Jesús, cansado del camino y con sed.

Cuando intento hacer una traducción del contenido de este pasaje a la vida real de cada día tengo miedo de no entender, yo tampoco, el lenguaje de Jesús. Jesús y la samaritana usan las mismas palabras, pero dicen cosas distintas y es como si hablaran dos idiomas diferentes sin lograr entenderse. Jesús habla del *«agua viva»* que él da, y la mujer se extraña porque no ve esa agua, él no tiene cubo y el pozo es demasiado hondo. Jesús habla de la sed de vida y la mujer no entiende la sed más que como necesidad biológica para beber y no morir, como temía el pueblo en el desierto ^(1ª lectura).

Jesús habla como Mesías, pero la mujer ironiza preguntando si él es más grande que Jacob. En su superficialidad religiosa problematiza ella sobre el culto en un monte u otro, pero Jesús habla del nuevo culto verdadero en espíritu, en lo más hondo del corazón. Y para colmo, llegan los discípulos y le instan a que coma sin acertar a comprender cómo es posible alimentarse con el cumplimiento de la voluntad del Padre.

Así nos pasa a nosotros: cuando Jesús nos habla de amor se lo traducimos por nuestros egoísmos; si habla de una religión verdadera que levanta un altar a Dios en el corazón, nos contentamos con poner su nombre de vez en cuando en los labios o practicamos una religiosidad sin compromisos; si nos habla de la voluntad del Padre lo entendemos según nuestros mezquinos provechos; si habla de siembra desinteresada nosotros pensamos en nuestra cosecha a corto plazo y a ojos vista. Gastamos nuestro tiempo en discusiones sobre si el “jarro” para sacar el agua debe ser de plástico o de porcelana.

Estamos en Cuaresma, uno de los llamados “*tiempos fuertes*” en donde los cristianos vivimos una peregrinación espiritual, un camino de fe y una actualización de nuestro encuentro con Jesucristo. Es una revisión y una “*puesta a punto*” de nuestra fidelidad a Dios y nuestro compromiso con el Señor. Él es lo principal y lo primero en la vida del creyente. Él es el manantial que nos da vida y el norte que orienta nuestra existencia. Él es nuestra esperanza y nuestra salvación.

Dios nos regala la vida y nos invita a recorrer un camino de felicidad y plenitud no exento de dificultades. *«Si conocieras el don de Dios»*, si descubrieras su predilección por ti, por tu vida, por tus cosas, por tus alegrías y tus dificultades... Es lo que Jesús le dice a la samaritana, y es lo que nos dice a cada uno de nosotros. Dios está con sus hijos, con nosotros, cercano, próximo y atento. Él sale a nuestro encuentro y nunca nos da la espalda. Él quiere para nosotros la felicidad que da sabernos hijos suyos y vivir como Él nos invita.

Los cristianos queremos vivir la existencia como un camino que transita por la voluntad de Dios, dejarnos guiar por la vida de Jesús y sentir que el Espíritu nos da fuerza en este itinerario. La voluntad de Dios no es un camino prefijado, ni un destino irreversible, ni siquiera son unas normas morales. La voluntad de Dios es nuestro encuentro con Él y nuestra vida desde Él. Vivir y actuar en Dios. Sentir y experimentar en su amor. Soñar y planificar en Él. Hacer todo en su nombre, vivir en sintonía de amor con Él. Todo en nuestra vida está empapado por Dios. Es nuestra mejor experiencia.

La salvación que Dios nos da es un horizonte nuevo de vida. La fe es la experiencia de nuestro encuentro con Él. Se trata de un acontecimiento que nos vincula radicalmente con el Señor y nos otorga una nueva configuración vital. Hacer nuestros los planes de Dios, dejar que su voluntad guíe nuestros pasos y sentir el regalo de su amor. Nada puede sustituir el encuentro personal con el Señor. Esa relación y esa experiencia nos llevan a vivir los valores de la fe y el mensaje del Evangelio: atentos al prójimo, solidarios con el necesitado, viviendo el perdón y siendo testigos de una vida nueva.

Quien experimenta a Dios queda transformado y todo en su vida habla del Señor. Somos testigos de Dios, somos apóstoles de su mensaje y queremos vivir el Evangelio. Es un regalo y garantía de felicidad. Que todos vean en nosotros que vivir la fe y seguir el Evangelio merece la pena.

DOMINGO CUARTO DE CUARESMA

1ª lectura (1º Samuel 16, 1b.6-7.10-13a): *El Señor mira el corazón.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5.6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta».*

2ª lectura (Efesios 5, 8-14): *Cristo será tu luz.*

Evangelio (Juan 9, 1-41): *Sin embargo, me ha abierto los ojos.*

Si la semana pasada el simbolismo era el agua, esta semana el simbolismo es la luz. El pasaje del ciego al que Jesús hizo ver nos prepara ya de inmediato para la fiesta de la luz en la solemne Vigilia pascual. La luz de la fe ilumina toda nuestra vida, da mayor alcance a la luz de la razón y nos sitúa en nuevas perspectivas. Quien peca contra la luz corre el riesgo de permanecer ciego para siempre.

En tiempos de Jesús se creía que la enfermedad era consecuencia del pecado. Al ciego de nacimiento del que escuchamos su curación en el Evangelio, no le preguntan cómo vive, ni cómo ayudarlo, sino quién ha pecado, él o sus padres. Y llega Jesús y les dice que nada de eso, que en ese hombre ciego se va a manifestar las obras de Dios. Dios no se regocija en el dolor, sino que es la luz para que todos –que solemos andar como ciegos– andemos con sentido hacia la plenitud.

El sábado es el otro tema “sagrado” de los judíos. Nadie podía curar a los demás (fuera de Dios, pero claro, no veían en Jesús al Hijo de Dios) y mucho menos en ese día. **¡Lo importante era cumplir la ley!** Y llega Jesús y actúa poniendo al hombre enfermo en el centro, y dejando de lado las leyes injustas y los prejuicios. Y cura a aquel hombre porque es quien más lo necesita, porque es lo más sagrado para Dios.

Pablo nos llama hoy a vivir dejando de lado las cegueras que no nos dejan ver lo importante. Si éramos tinieblas, si vivíamos como ciegos, ahora somos luz, porque la hemos recibido de Dios en Jesús. Y por eso estamos llamados, con una llamada incesante, a caminar como hijos de la luz. Ojo, dice **«caminad»**, es decir, con tesón y con esfuerzo, porque la vida se va haciendo a cada paso, no dejando que todo pase a nuestro lado, sino haciendo que todo nos ayude para mejor vivir.

En camino, de modo activo y comprometido. Viviendo como hijos de la Luz. No tomado parte de las obras estériles. Despiertos para que en nuestro modo de ser y de actuar “*se note*” que vivimos acogiendo lo que Jesús nos trae. Actuar y ser queriendo ser fieles a Jesús, y no solo a las normas sociales. Porque Dios no valora los “méritos” que creemos tener, ni la apariencia.

Lo que mira Dios es el corazón, como nos dice el libro de Samuel. Dios actúa para darle una tarea. Y van pasando los hijos de Jesús, hasta el más pequeño. El que no contaba, el hijo más pequeño es el elegido para rey. Lo que no cuenta para los demás es lo preferido por Dios. Las apariencias y los méritos, que tan importantes nos suelen parecer, no sirven para Dios. Actuar porque lo digan los demás, o la sociedad, no es el mejor criterio para nuestro comportamiento. Tener miedo, andar como ciegos, para no descubrir a Jesús no nos ayuda en nada.

Este ciego del evangelio es figura y símbolo de todos los que sufren sin que se vea por qué. La pregunta de los discípulos: **«¿Quién pecó para que este hombre naciera ciego?»**, no es ajena a nuestras dudas y tiene traducciones en casos similares en preguntas como esta: **¿Por qué Dios permite..., por qué sufren los inocentes..., por qué sucede esto o aquello...?** La respuesta puede estar al alcance de la vista o puede quedar oculta para que se manifiesten las obras de Dios. No hay accidente, ni catástrofe natural, ni cáncer, ni caso de sida... en que no pueda manifestarse la gloria de Dios.

Cuando veo a un ciego que vende cupones en la esquina o que se orienta palpando con el bastón para cruzar la calle, pienso en la vista como don de Dios y en la verdadera naturaleza del ver y conocer. Mis ojos reciben información, la transmiten al cerebro y desde allí puedo yo ver y organizar los objetos. Pero mis ojos perciben sólo los colores, las formas y eso no basta para conocer bien.

¿Cómo se podría con una mirada llegar al fondo de la persona y ver allí por qué ríe o llora, roba o miente, tortura o mata? Lo más esencial queda oculto a los ojos. Sin reflexión racional vivimos como alocados, superficialmente, sin poder tener certeza de haber tocado el fondo de la realidad. El que nació ciego ¡no entiende! no acierta a poner cada cosa en su lugar. La razón viene en ayuda de la limitación de los sentidos y la fe viene en ayuda de la reflexión racional. La curación del ciego sólo termina cuando reconoce al Mesías y cae de rodillas ante él, mientras los otros permanecen en tinieblas porque se obstinan en rechazar las obras de la luz y permanecen en su pecado.

El hombre ciego necesita un poco de tiempo para darse cuenta de que es alguien distinto, un hombre nuevo, que puede distinguir y verse después a sí mismo, a los demás, a la vida. Y puede reconocer a Jesús, de quien se hace su seguidor: **«¡Creo, Señor!»**. Creo en ti que me has curado, y quiero vivir de acuerdo con este Dios que me ha dado su amor. Y se postró ante Jesús, porque esa es la actitud de quienes se sienten tocados por Dios.

DOMINGO QUINTO DE CUARESMA

1ª lectura (Ezequiel 37, 12-14): *Os colocaré en vuestra tierra.*

Salmo (129, 1-2.3-4ab.4c-6.7-8): *«Del Señor viene la misericordia, la redención copiosa».*

2ª lectura (Romanos 8, 8-11): *El Espíritu de Dios habita en vosotros.*

Evangelio (Juan 11, 1-45): *Si crees, verás la gloria de Dios.*

Nacer para morir. O nacer para vivir esta vida como un don de Dios y morir para resucitar un día con Él. Los cristianos no creemos en la muerte creemos en la Resurrección. Y esta es la afirmación más importante de Jesús en este evangelio: **«Yo soy la resurrección. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá».**

La enfermedad llamó a la puerta de los hermanos de Betania, a los que Jesús tanto quería. Este evangelio repite hasta en tres ocasiones el amor que Jesús sentía hacia Lázaro, Marta y María. Este es un evangelio que nos hace un retrato profundamente humano y divino de Jesús. Divino porque solo Él es el Cristo, el Hijo de Dios, la resurrección y la vida. Y humano porque Jesús ama profundamente a sus amigos. Y no puede contener las lágrimas ante el dolor de María. Imagen entrañable donde las haya.

Es verdad que tanto Marta como María, cuando se encuentran con Jesús, le dirigen casi idénticas palabras que parecen un reproche. **¿Por qué Jesús no partió inmediatamente hacia Betania cuando le llegó el aviso de que su querido amigo Lázaro estaba enfermo?** No lo podemos saber, no podemos entrar en la mente de Dios, sus tiempos y sus razones son suyos.

Pero sí podemos comprender la experiencia humana de un corazón roto ante el dolor por la pérdida de un ser tan querido. Ahí, en ese punto están Marta y María. Ese momento en el que uno tiene su razón y su corazón ofuscados y en el que las palabras que se pronuncian se deben entender desde esa experiencia humana límite.

Jesús pedirá que le conduzcan al sepulcro. Allí se reunirán todos: Marta, María y los judíos que las acompañaban. Antes de llamar a Lázaro de la muerte a la vida Jesús entra en oración y se dirige a Dios Padre. Todo lo que hace Jesús, también este signo extraordinario, procede de Dios. Y todo está ordenado a la gloria de Dios. Y sí, viendo este signo de poder dice el evangelio que muchos judíos creyeron en Él.

Nosotros no necesitamos ver cómo Jesús rescató a Lázaro del sepulcro para creer en Él. Creemos que Jesús es la resurrección. Y que el que cree en Él no morirá jamás. Sí, es verdad, no podemos responder mil interrogantes que nos surgen. Pero Dios es más fuerte que nuestras dudas. La fe en la Resurrección es el camino que nos conduce a la Vida verdadera, esa que no conocerá ya fin.

La resurrección de Lázaro es el milagro más espectacular de Jesús con reacciones distintas: llevó a algunos a la fe, mientras que sus adversarios decidieron condenarle a muerte. Después de este milagro unos buscaban a Jesús para matarle y otros creyeron en él. El bien confirma a unos y puede poner nerviosos y hasta irritar a otros.

Este pasaje nos confronta con una realidad de experiencia en cada día camino del cementerio. **¿Por qué morimos si todos queremos vivir? ¿Nacemos para morir o morimos para entrar en la vida?** Este signo de Jesús es altamente consolador y estimulante para todos los que amamos la vida.

«Desatadlo y dejadle andar», ordenó Jesús. Sólo él pudo soltar a Lázaro de las ataduras de la muerte. Todos quedaron admirados, pero más importante que la admiración es la enseñanza sobre la fe en la vida eterna, que Jesús imparte en su diálogo con Marta. La fe de Marta había capitulado ante el hecho: **«Si hubieras estado aquí...»**. Marta expresa una fe en el poder de Jesús capaz de evitar la muerte, pero no en el poder de devolver la vida.

Antes de morir sí, después de muerto no. Ahora es ya demasiado tarde. Jesús responde: no es tarde; sólo hace falta creer. **«Yo soy la resurrección y la vida...»**. Esta afirmación obliga a revisar los conceptos humanos de vida y de muerte. **«El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá»: ¿Qué es una vida que no acaba con la muerte? «El que cree en mí no morirá para siempre»: ¿Qué es una muerte que no puede acabar con la vida?** No existe respuesta fuera de la fe.

Pero si Jesús es la **«resurrección y la vida»**, tiene poder sobre la muerte para impedir que se apodere definitivamente de la vida o para rescatar la vida después de haber sido secuestrada por la muerte: **«¿Crees esto?»**. No se trata de entender sino de creer; no es ciencia sino fe. La respuesta de la fe va más allá de las posibilidades de la ciencia.

Morir es una ley universal. Pero la muerte no es un mal. El mal consiste en negar la resurrección. **«Si el Espíritu del que resucitó a Jesús de entre los muertos habita en vosotros, el que resucitó de entre los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales»** Nos dice san Pablo. La fe en la resurrección de los muertos no cuestiona el “cómo” puede lograrse. Desde el punto de vista de la fe, el valor de una vida no depende del “calendario” sino del “para que se vive” y “de donde” proviene la fuerza para seguir viviendo.

DOMINGO DE RAMOS

Evangelio (Mateo 21, 1-11): *¡Hosanna al Hijo de David!*

1ª lectura (Isaías 50, 4-7): *El Señor me abrió el oído.*

Salmo (21, 8-9.17-18a.19-20.23-24): *«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»*

2ª lectura (Filipenses 2, 6-11): *Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.*

Pasión (Mateo 26, 14-27, 66): *Velad y orad para no caer en la tentación.*

Jesús entra en Jerusalén, la Ciudad Santa, la multitud le sigue; aquellas multitudes se han ilusionado con aquel galileo que les habla de un Reino de amor, de paz, de justicia, de libertad, algo que suena a música celestial en los oídos de un pueblo oprimido por la tiranía de Roma y por la hipocresía de sus propios dirigentes.

Esto hace que aquellas gentes le aclamen y quieran transformar su entrada en la entrada triunfal de los generales romanos en las ciudades sometidas. Ellos entienden que aquel galileo entra en la ciudad santa para establecer definitivamente ese Reino y le aclaman como Rey: **¡Hosanna al Hijo de David!**, le reciben con palmas y ramos de olivo con los que alfombran las calles a su paso.

Y es cierto; Jesús entra en Jerusalén para establecer en el mundo el Reino de Dios, pero este Reino no es el reino que esperaba aquella multitud que le aclaman como rey; ellos esperan a un rey que devuelva a Israel la grandeza del reino de David. **¡No es eso!** el Rey que entra no lo hace sobre el caballo del guerrero sino a lomos de una borriquilla, cumpliendo la profecía de Zacarías: *«He aquí que viene a ti tu rey: justo él y victorioso, humilde y montado en un asno, en un pollino, cría de asna. Él suprimirá los cuernos de Efraím y los caballos de Jerusalén; será suprimido el arco de combate, y él proclamará la paz a las naciones. Su dominio irá de mar a mar y desde el Río hasta los confines de la tierra».*

Jesús llega para establecer un Reino de amor, de justicia, de paz y libertad que abarque hasta los confines de la tierra. Pero esto no es lo que esperan aquellas gentes, y la desilusión de unas masas manipuladas hará que los ramos de olivo se transformen en los olivos de la agonía, y que las aclamaciones surgidas, en parte, por el odio a los romanos se conviertan en gritos pidiendo al procurador de Roma la muerte de aquel que aclaman como Rey.

Vamos a fijarnos en lo que supone para Jesús de Nazaret la entrada en Jerusalén que hoy estamos celebrando. Aparte de entrar en Jerusalén, Jesús entra en el mundo religioso de su época, en el mundo del poder político que imperaba entonces, en el mundo de la gente que andaba por la calle y en el mundo del pueblo sometido y oprimido. Esos mundos continúan existiendo también hoy:

El mundo de lo político.

Hasta el encuentro de Jesús con Pilato, el pretor no aparece en los relatos evangélicos. Lo que Roma decía se imponía a todas las personas: solo Roma podía quitar la vida de las personas. Lo mismo sucede actualmente con la parte del mundo que tiene sometida a la otra parte y les es negado ese derecho con las leyes que están al servicio de los poderosos.

El mundo de lo religioso.

Nadie fuera de los dueños del Templo podía imponer ningún tipo de costumbre, ni siquiera las que fueran en favor de los pequeños, de las mujeres y de los pecadores. Tampoco nos llevamos mucho. Continuamos imponiendo normas en el mundo de los templos y de los grupos religiosos; nos resulta muy difícil introducir cambios en las celebraciones y en las relaciones con una jerarquía distante por su lenguaje y por su manera de tratar a los pequeños, a las mujeres y a los pecadores.

El mundo del pueblo.

Aquí se hace lo que digan los que mandan que para eso los hemos elegido y, en muchas ocasiones, hacemos lo de siempre con unos adornos que no cambian nada, con incienso que no hace que las cosas de la vida “huelan” mejor para todos. Jesús ya había tenido otros desengaños con el pueblo: muchos en la multiplicación de los panes, multitudes al comienzo de la vida pública, incluso cuando entra en Jerusalén. Son momentos de éxito, de hacer callar a los que mandan, pero cuando la cosa se pone difícil, ya te digo, lo dejan solo.

El mundo de los pobres

Al final quedan algunas de las personas pobres que habían experimentado el amor liberador de Jesús: María, y otras mujeres a las que Jesús había reconocido como personas dignas y con su lugar en la sociedad humanizada y construida por todos. También los “obligados” por su trabajo o por sus divergencias con el poder y algunas otras personas que había comenzado una relación novedosa con Jesús.

Este mundo es el que más molestaba en tiempo de Jesús y el que más sigue molestando hoy. Son las personas que, al salir de su país, por obligación (inmigrantes, refugiados, minorías, etc.) o por opción (personas que viven con lo necesario, cercanas a los colectivos que peor lo tienen para llevar una vida digna, que abandonan su bienestar y colaboran en países empobrecidos), desenmascaran a los que nos guardamos tiempo y dinero y no lo ponemos al servicio de todos.

JUEVES SANTO

1ª lectura (Éxodo 12,1-8.11-14.): *Este día será para vosotros memorable.*

Salmo (115,12-13.15-16bc.17-18): *«El cáliz de la bendición es comunión con la sangre de Cristo»*

2ª lectura (1ª Corintios 11,23-26): *Haced esto en memoria mía.*

Evangelio (Juan 13,1-15): *Os he dado ejemplo para que vosotros también lo hagáis.*

El ser humano tiene dos ojos, dos oídos, dos piernas y dos manos. De igual forma, hay palabras que van en pareja, que no se pueden pronunciar sin tener presente la otra: plantar y arrancar; construcción y destrucción; salvación y condenación; amor y odio. Son sentimientos que van de la mano; experiencias que van una detrás de la otra, como las caras de una moneda. En el camino de la vida, unas veces nos puede más lo negativo, el cansancio, la tristeza; otras veces nos puede más la ilusión, la luz, la generosidad. Sin embargo, no podemos ceder a la apatía, al cansancio o a la superficialidad. Necesitamos un verdadero motor en nuestra vida que nos empuje aunque a veces estemos cansados, un motor que nos dé plena garantía de que no va a fallar cuando más lo necesitemos.

Este motor de la vida, para unos es el trabajo abnegado, generoso y constante; para otros es la responsabilidad, madura, eficiente y creativa; para otros, por fin, es el interés más o menos confesables. Ahora bien, **¿un creyente puede conformarse con estas respuestas?** El interés como único motor nos lleva a ser injustos y selectivos; la responsabilidad sin corazón nos lleva a ser duros, intransigentes e inflexibles; el trabajo tiene los puntos débiles de verlo como un castigo, del paro, incluso del fracaso si se hace mal. La Palabra de Dios nos da una clave que puede cambiar la vida de las personas y que puede mover hacia delante el mundo *«es el amor»*. No el amor adolescente, ni el platónico; tampoco el edulcorado y meloso. Es el amor que lleva incluso a dar la propia vida por los que no te quieren, como el de Jesús.

Amor es la clave para interpretar toda la vida de Jesús, El Amor que le lleva hasta el suplicio de la cruz. No es un fatalismo, ni una maldición, sino la consecuencia de su mensaje y de su actuación; todo ello vivido desde el proyecto de Dios, que es de salvación. Todo se ilumina de una forma nueva: el lavatorio de los pies, la Eucaristía, el mandato a los discípulos. El amor no es un sentimiento propio de personas débiles, sino el único motor capaz de que todo en nosotros y a nuestro alrededor cambie. El Jueves Santo, nos recuerda la Iglesia, es el día del *«amor fraterno»*; no porque sea un eslogan afortunado, sino porque es la clave para entrar en la Pascua de Jesús.

Amor que lo llena todo

Este es el día de las obras, de las razones para el Amor y la entrega. Si buscamos razones o ejemplos para nuestro seguimiento de Jesús, aquí las tenemos. Hoy la entrega y el servicio hasta el final lo llena todo. No se puede decir más con menos palabras. Hoy es el Día del **AMOR** con mayúsculas. Porque lo invade todo, porque todo es dinamismo y empuje. Es el Amor hasta el extremo. Sobran palabras cuando estas se avalan con la vida. Jesús muestra, con obras, cómo es el Amor.

Cena de amor y de servicio

Lo vemos cenar con sus amigos poco antes de entregar la vida. Pero aún tiene tiempo de la gran lección. Se levanta de la mesa (hundidos en la comodidad no se sirve), se quita el manto (no se pone más mantos, ni seguridades, ni laureles –hasta de su categoría de Dios se despoja–), se ciñe la toalla y lava los pies (servicio, entrega, disponibilidad, abajamiento, para ver bien de cerca a los que sufren) y se los seca.

Y además se hace Palabra: *«yo soy el Maestro y Señor. Os he dado ejemplo. Haced vosotros lo mismo»*. Para seguirme, ya sabéis lo qué hay que hacer. Y se hace servicio, y razones. El Amor de Jesús es servicio. Su Amor es presencia viva que transforma (esto es la Eucaristía). Es decir, Amor que hace Hermandad, Familia, Pueblo, que se expande y crece buscando el bien de la humanidad.

Cena que convoca

El Amor de Dios convoca a todos y a cada uno de nosotros a la entrega, a dar razones con obras, hasta que todos vivamos como hermanos queridos, con la dignidad y la grandeza de ser hijos de Dios. Las razones no son palabras, son entrega *«¿Cómo pagaré al Señor el bien que me ha hecho?»*, decimos con el Salmo. Y fijaos, una vez más la respuesta al Amor que se nos ofrece: invocando Su Nombre (claro, que no de palabra); ofreciendo un sacrificio (entrega); alzando la copa de la Salvación: Porque antes de nuestra respuesta, o aunque no la podamos ni queramos dar, ya está y para siempre el Bien/Amor del Padre que ha roto mis cadenas, me da la libertad, me haces justicia de esos dioscecillos de pacotilla que no salvan.

Con su entrega nos dio Vida

Hemos recibido una Tradición llamada a ser Vida para los hombres. Jesús nos deja su Cuerpo y Sangre, y esto no es recuerdo sino actualización, Presencia Real, Salvación, Compromiso liberador. Creer y practicar esto es ser cristiano, seguidor del Maestro y Señor en la entrega a los hermanos **¡para que tengan Vida!**, para lavar, curar, consolar, acoger, salvar para que tengan algo tan grande como la Vida de Dios Padre.

VIERNES SANTO

1ª lectura (Isaías 52, 13 – 53, 12): *Él tomó el pecado de muchos.*

Salmo (30, 2 y 6.12-13, 15-16, 17 y 25): *«Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu»*

2ª lectura (Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9): *Mantengamos firme la fe.*

Pasión (Juan 18, 1 - 19, 42): *Mi reino no es de este mundo.*

Para que no cupiera duda alguna sobre su amor, cuando llegó la hora, Jesús entregó su vida. Era todo lo que tenía, todo lo que le quedaba. Desde el principio, toda su vida fue una entrega. Se despojó de su grandeza para ser uno de tantos, fue vecino y fue pueblo en Nazaret, se hizo peregrino y compañero de toda la humanidad por los caminos de Galilea, puso en juego lo mejor de sí para sanar a enfermos y desgraciados, acogió a pecadores e indeseables y anunció así, a todos, la Buena Noticia de Dios. Ahora solo le quedaba dar un último paso, realizar un último y definitivo gesto que no dejara duda alguna sobre su amor: entregar la vida. *«Nadie me quita la vida, sino que la doy por mi propia voluntad».*

Se nos dio por entero

Y de este modo cumplió la voluntad de Dios: no perder nada de lo que el Padre le confió y, así, mostrarnos su verdadero rostro, revelarnos su incondicional amor, ayudarnos a creer en su misericordia. La trayectoria de Jesús siempre estuvo amenazada por la dificultad y el rechazo: *«vino a su propia casa, pero los suyos no lo recibieron».* Hoy, el pueblo, ¡tan manipulable!, pedirá su muerte: *«fuera, fuera, crucifícalo».* Desde su nacimiento, a las afueras de la ciudad, hasta su muerte, en Jerusalén, también a las afueras, Jesús se mantuvo fiel a Dios, un padre misericordioso que no ceja en su amor hacia al hombre, a pesar de todos los rechazos.

Jesús afrontó los últimos momentos de su vida con la misma determinación con la que había vivido. *«Pasó por nuestra tierra haciendo el bien»*, sanando las heridas, poniendo de pie a los caídos, reintegrando a los excluidos. Y hoy, en la hora más crítica y decisiva, Jesús perdona al compañero que le traiciona, comprende el desvalimiento del amigo que le niega, regala el amor y el amparo de su madre al discípulo que tanto quería... Todo el amor de Dios nos lo ha regalado dándose a sí mismo desde el principio. Un momento antes de morir Jesús dirá: *«Está cumplido».*

Hemos leído tantas veces los textos de la pasión que, seguramente, por inercia, fruto de la repetición y por la comodidad que genera la costumbre, los escuchemos con rutina, cumpliendo un deber ritual, sin permitir que la historia que se narra provoque en nosotros preguntas, nos toque por dentro y nos arranque sentimientos de sorpresa, de admiración y de asombro.

Hagámonos preguntas

¿Cómo es posible que quien pasó haciendo el bien termine siendo maltratado de esta manera? ¿Por qué razones, el que nos anunció la buena noticia de un Dios que es Padre misericordioso, un Dios que sale cada tarde para esperarnos, que nos busca cuando nos perdemos en los laberintos de la vida y que nos carga sobre sus hombros, sea torturado y asesinado? ¿Por qué motivos, al que encendió la luz en la oscuridad de los ciegos y ayudó a ponerse en pie a los caídos en las cunetas, su pueblo le trate como a un malhechor?

Busquemos respuestas

Entenderemos mejor lo sucedido a Jesús si repasando la historia de la humanidad, prestamos atención a cuanto sucede hoy mismo: Hombres y mujeres que son excluidos por ser distintos, que son perseguidos por pensar diferente, que son torturados y asesinados por decir la verdad y plantarle cara al poder, que son amenazados por situarse al lado de los pobres, defender los derechos de los débiles y los derechos de la tierra, etc.

Las historias de estos hombres y mujeres nos permiten entender a Jesús. Entonces podremos formular la siguiente pregunta: *«Señor, ¿cuándo te vimos criticado, amenazado o perseguido o torturado y asesinado?».* Y podemos imaginar su respuesta: *«Cuando lo hicisteis con cualquier persona que por amor y por defensa de la verdad y de la justicia se puso del lado de sus prójimos».*

Admiración y asombro

Los mejores hijos de la humanidad son los hombres y mujeres que hicieron, y hacen, de su vida una lucha a favor de todas las causas justas. Ellos nos hacen a todos más humanos y más dignos. A sabiendas de que el mal, el odio, la sinrazón humana puede destruirlos, se mantienen firmes y fieles en su propósito.

Jesús fue así. A pesar de los vientos contrarios, las críticas, las incomprensiones, los abandonos, las negaciones y las traiciones, se mantuvo fiel a Dios Padre, que quiere hacer de esta historia nuestra, una historia de hermanos. Ya lo dijo el profeta Isaías: *«asombrará a muchos pueblos, ante él los reyes cerrarán la boca, al ver algo inenarrable y comprender algo inaudito».*

DOMINGO DE RESURRECCIÓN

1ª lectura (Hechos 10, 34a.37-43): *Nosotros somos testigos.*

Salmo (117, 1-2.16ab-17.22-23): *«Este es el día en que actuó el Señor»*

2ª lectura (Colosenses 3, 1-4): *Aspirad a los bienes de arriba.*

Evangelio (Juan 20, 1-9): *Vio y creyó.*

La resurrección es el certificado de vida de Jesús: Mesías, Hijo de Dios, Salvador... Su vida ha tenido sentido. El perdón ofrecido, las comidas celebradas, las curaciones realizadas, su mensaje... eran anticipo del triunfo sobre la muerte. Dios ha vencido sobre el pecado y ha triunfado ante la injusticia del mundo.

Atrás queda la imagen del Maestro muerto en la cruz, atrás su camino hacia el calvario, atrás sus azotes y el irregular proceso de condena, atrás quedan también sus palabras y sus acciones, porque todo adquiere un sentido nuevo. La ausencia del cuerpo de Jesús, en una tumba vacía, es el comienzo de un acontecimiento que transforma la vida de los discípulos de Cristo. Todos van a experimentar, progresivamente, un encuentro personal con Jesús resucitado. Ahora sí que lo ven claro. Jesús de Nazaret, al que habían seguido, es el Hijo de Dios. Su vida y su muerte han merecido la pena. Dios estaba con Él.

También nosotros, como los discípulos, nos hemos encontrado con Él y hemos experimentado su amor y su cercanía. Lo hemos acompañado estos días de dolor y agonía, en su camino de cruz, en Getsemaní, en su Última Cena. Nos ha dolido su condena injusta y, al mismo tiempo, sabemos cuántas situaciones de injusticia hay en nuestro mundo. Hemos rezado con Él en el monte de los Olivos y hemos tenido en cuenta a las personas y las familias que hoy se encuentran en momentos de encrucijada y de crisis; qué duro resulta decir muchas veces: **¡hágase tu voluntad!** También, en la celebración de la cena de Jesús, nos hemos sentido lavados por Él y llamados a vivir el amor en nuestro mundo. Pero hoy recibimos la mejor y mayor noticia: Jesús está vivo, resucitado, con nosotros, para siempre.

Dios siempre cumple su Palabra...

Dios siempre cumple sus promesas. Su alianza con la humanidad y con cada persona es eterna. Ni nos deja solos ni nos dejará. Así lo hemos escuchado en las lecturas que hemos proclamado y así lo sentimos en nuestra vida. Por este motivo le damos gracias y le pedimos que siempre nos sintamos sostenidos por Él. También en los momentos de dificultad y de crisis, en los que le pedimos que *«aparte de nosotros este cáliz»*, pero en los que afirmamos nuestra mayor confianza en Él, como Jesús.

Ha resucitado

Podemos afirmar que este acontecimiento de la Resurrección constituye el centro de la historia, es la intervención definitiva de Dios en la historia humana y así se abre una nueva historia que va a abrir la esperanza definitiva de los hombres, una esperanza que tendrá su cumplimiento en la venida definitiva del Señor, en la parusía de Nuestro Señor Jesucristo.

Afirmar que Cristo ha resucitado supone para el creyente creer y aceptar el misterio pascual: pasar de la muerte a la vida y esto es lo que hicimos en el bautismo, morir con Cristo para resucitar con Cristo. Es acontecimiento que transforma, que cambia en el hombre su manera de ver y actuar, a partir de aquí, Cristo resucitado será el punto de referencia para toda la humanidad que, en Cristo, ha vencido a la muerte y se abre a la vida definitiva porque la Resurrección es el triunfo de la vida.

Y pide nuestra colaboración

El encuentro con Cristo resucitado es una experiencia que nos transforma y moviliza para edificar la comunidad cristiana. Así lo vivieron los discípulos de Jesús. Tras el encuentro con Jesús resucitado, *“vuelven”* a la comunidad y *“salen”* a proclamar, con obras y palabras el mensaje de salvación y de vida.

No podemos retener la presencia del Señor vivo con nosotros. Necesitamos contagiarlo con los que sufren, ante las situaciones de oscuridad, con aquellos que buscan un sentido a sus vidas. La propuesta de Jesús es para todos, Él está con nosotros y nuestra vida tiene un nuevo horizonte: vivir como Él vivió. Es la pascua, es la presencia de Dios con nosotros.

La resurrección de Jesús nos ayuda a mirar el presente. Ya no podemos permanecer indiferentes ante quien está oprimido. La Pascua nos hace volver la mirada hacia los que padecen la injusticia. Celebrar la resurrección de Jesús es vivir el compromiso por la vida de hombres y mujeres, es trabajar por el desarrollo de los pueblos, es hacer posible la paz y buscar el bien común. Defender la vida, promover la justicia, buscar la reconciliación. Acoger a los inmigrantes, liberar a los pobres, visitar a los enfermos, generar empleo, vivir con austeridad, implicarse con el prójimo. Estos y muchos otros son los signos de la Pascua hoy. Celebramos que Jesús está vivo. Nosotros lo hemos visto y estamos contentos.

¡Feliz Pascua de resurrección!

DOMINGO II DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 42-47): *A diario acudían al templo.*

Salmo (117, 2-4.13-15.22-24): *«Dad gracias al Señor porque es bueno»*

2ª lectura (1ª Pedro 1, 3-9): *No lo veís, y creéis en él.*

Evangelio (Juan 20, 19-31): *¡Señor mío y Dios mío!*

Tomás no es solo un discípulo de Jesús. Tú eres Tomás, y yo soy Tomás. Si leemos la Escritura como una narración histórica de la que se pueden extraer enseñanzas podríamos pensar que Tomás fue un discípulo de Jesús cerrado a la fe, al que el Señor le tuvo que reprender; un discípulo que no es modélico. Un personaje que no forma parte de los personajes irrenunciables del evangelio. Pero, si es así: **¿por qué le dedica san Juan un buen espacio en su obra, precisamente al final, en las apariciones, cuando parece que ya está el evangelio casi acabado? ¿No es, por su parte, un despropósito o una temeridad?**

Si leemos la Escritura como Palabra viva, en la que el Espíritu Santo nos provoca, ilumina e impulsa a vivir como creyentes, descubrimos que en el camino de la fe, antes o después aparece la figura de Tomás. Es alguien sincero, inconformista, honesto. Tomás es la persona que quiere creer, no le basta con lo que digan otros. Quiere creer pero quiere verlo con sus propios ojos. Hoy diríamos que él mismo quiere tener su “*experiencia*” o “*vivencia personal*”.

En efecto, no basta con la fe aprendida de otros, hay que abrirse y dar un paso, tomar decisiones. El creer es un acto personal, no siempre fácil. La fe no es una aceptación ciega y absoluta desde el primer momento. Hay personas que están predispuestas a escuchar y obedecer propuestas ajenas; pero lo normal es que nos preguntemos, dudemos, incluso que busquemos señales, pruebas o garantías. Tomás es el representante de tantas personas que se cuestionan y preguntan antes de dar el paso a la fe.

No es ninguna barbaridad; es presentarnos como humanos que somos, con nuestras dificultades y dudas razonables. La razón no es enemiga de la fe; las dos son imprescindibles en la vida humana y ambas se necesitan. Una fe irracional nos convertiría en brutos que cierran los ojos y no quieren saber ni entender nada más.

Una razón sin fe nos convertiría en materialistas incapaces de percibir una parte importante de la vida humana, marcada por los sentimientos, la confianza, la apertura a la vida espiritual, la obediencia a la conciencia, la aceptación de un Dios personal en nuestra vida. Esta fe no es obra nuestra, de nuestros deseos inconfesables, sino que es don de Dios que nos concede el Espíritu de Jesús, el Espíritu Santo, que conduce nuestra vidas junto con nosotros, no contra nosotros.

La fe es hoy, en nuestros ambientes, minoritaria; para la mayoría Dios es marginal. Adolece también de cierta feminización cuantitativa y de vejez. Hoy queremos valorar y agradecer nuestra fe. La hemos recibido, no tanto por razonamientos, sino por contagio; y sabemos que en el fondo es un don. Fue Dios quien abrió los ojos de nuestra alma, para que lo pudiéramos “*ver*”. **«Dichosos los que creen sin ver»**. No se llega a la fe por pruebas físicas o tradicionales. **¡No sería fe!** No hay argumentos filosóficos o de laboratorio que consigan alcanzar a Dios.

Pero la fe tampoco es irracional, no es un absurdo creer. La fe tiene también sus razones y sus “*visiones*”. El creyente no ve a Dios, pero ve sus signos y sus huellas. El creyente ve con el corazón: **«Dichosos los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios»**.

Ver con el corazón entra en la órbita de la experiencia, del amor y de la gracia. No es puro sentimiento o un cierto voluntarismo o una simple adhesión a la autoridad. La fe es gracia y es luz. No podemos decir: “*creo porque creo, porque quiero creer*”, no es un “*creo porque sí*”. La fe ha de ser razonable. Algún poeta dijo: **«No sé si existes, pero te amo»**. El amor puede que no razone pero, no actuar razonablemente es contrario a la naturaleza de Dios. Podemos decir: “*creo, porque amo*”; pero es mejor: “*creo porque soy amado*”, porque la iniciativa es de la gracia de Dios.

Tú no ves a Dios, pero sientes vivamente que te envuelve su misericordia, tan cercano, tan íntimo, como aliento de tu aliento: “*Eres amado, luego Cristo vive*”. No ves a Dios, pero ves su mano providente en todas las cosas. No ves a Dios, pero ves su misterio amoroso en la profundidad de las personas y los seres. No ves a Dios, pero ves en el mundo reflejos de su bondad y de su belleza. No ves a Dios, pero te sientes incondicionalmente amado por un Amor inmenso. No ves a Dios, pero sientes una fuerza que te supera para amar, para crear, para sufrir.

Dichosos los discípulos que vieron a Cristo resucitado, pero, nosotros, vemos a Cristo resucitado siempre que hay un amor victorioso, siempre que hay un sufrimiento aceptado, siempre que hay un perdón generoso, siempre que hay un servicio entregado, siempre que hay una oración en el Espíritu. **«Dichosos los que creen sin haber visto»**.

DOMINGO III DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14.22-28): *Tengo siempre presente al Señor.*

Salmo (15, 1-2a y 5.7-8.9-10.11): *«Señor, me enseñarás el sendero de la vida»*

2ª lectura (1ª Pedro 1, 17-21): *Ya sabéis con qué os rescataron.*

Evangelio (Lucas 24, 13-35): *Quédate con nosotros.*

En la comunidad de Lucas había dudas y decepciones. Algunos habían perdido la fe en Jesús. La cruz había roto todas sus expectativas y esperanzas. Algunos, decepcionados, abandonaban el camino de la fe. También hoy, en estos tiempos de profundos cambios, como cristianos podemos sentirnos desorientados.

Es normal que en el corazón de algunos creyentes aparezcan dudas y preguntas: **¿Qué valor puede tener hoy ser cristiano?, ¿merece la pena?, ¿se trata de aceptar una doctrina, de vivir conforme a una ética, de participar en unos ritos?** Algunos se atreven a hacerse esta importante pregunta: **¿Realmente, es posible el encuentro con Jesús resucitado?**

La narración que hace Lucas sobre los discípulos de Emaús pretende ayudar a los discípulos de todos los tiempos a encontrarse con Jesús resucitado. Lucas viene a decir: *«El encuentro con el resucitado es posible; y para “reconocer” a Jesús no basta con “saber cosas” sobre Él. Hemos de permitir que él mismo camine a nuestro lado, hemos de dejarle hablar y hemos de acoger el pan de su vida, en la Eucaristía».*

La Iglesia es *«discípula de Emaús»*, y camina por la historia buscando al Resucitado, deseando encontrarse con Él. Benedicto XVI afirmaba: *«No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva»* (Deus caritas est, 1).

Por su parte, el papa Francisco, nos ha dicho: *«Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor»* (Evangelii gaudium, 3).

Pero **¿cómo encontrarnos con Jesús resucitado? ¿Cómo hacer posible esa experiencia?** Tal vez, las imágenes que nos hemos formado sobre el Resucitado sean frías, lejanas y abstractas y, por eso, cuando leemos el texto o cuando lo escuchamos, no terminamos de creer lo que nos dice. Una mayoría de los cristianos no cree o no sabe en su corazón que el Resucitado camina a su lado. No ha hecho experiencia de ello. Sabe recitar las verdades de la fe, pero no siente en el fondo de su ser la presencia de Jesús. **¿Qué hacer?**

Entremos en el texto de hoy y fijémonos en la afirmación siguiente: *«Jesús mismo se les acercó y se puso a caminar a su lado».* Acojámosla. Ayudémonos a despertar la conciencia que nos asegura que el Resucitado camina a nuestro lado. Cada día podemos cerrar los ojos o abrir los ojos, hacer un poco de silencio y acoger en lo profundo de nuestro ser a quien camina a nuestro lado. Como nos recuerda Francisco: *«nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor».*

Domingo a domingo (a pesar de las actuales circunstancias) seguimos celebrando la Pascua como un don, Jesús, que nos lo ha dado, quiere seguir con nosotros y comunicarse en su palabra y sacramentos incluso en los momentos de mayor apatía y baja espiritualidad. Hay en la vida situaciones de crisis, días sin moral o de moral baja para la lucha, sin perspectivas de futuro ni ganas de nada. Pero esos *“puntos-cero”* de apatía y de duda pueden convertirse en puntos de partida hacia la esperanza y las ganas de vivir.

Es más o menos la situación anímica de los dos discípulos de Emaús. Se trata de la vida de la fe, de nuestra vida. Esos momentos de incertidumbre, momentos en los que parece que todo se acaba, pueden convertirse en comienzo de algo nuevo si nos dejamos encontrar con Jesús que es capaz de poner luz en nuestra inteligencia, calor en nuestro corazón y esperanza ante el futuro.

Del encuentro con Jesús resucitado nacerá la fe verdadera en el Cristo real con sus auténticos ideales. Todo ello a lo largo de un proceso de fe desde el momento inicial con el *“desconocido”* hasta su identificación final. Nos comportaremos como espectadores sin darnos cuenta de que somos los actores en un proceso de fe en el diálogo con Jesús, al igual que los de Emaús. Cuando la luz natural del día ya declina es cuando renace la luz del espíritu. En ese momento todo se ilumina. Y caemos en la cuenta de que Jesús es eternidad, que no pertenece ni al espacio ni al tiempo en que vivimos.

Pertenece a una comunidad cristiana necesitada de oír y meditar la Palabra de Dios para llegar a comprender el misterio: el escándalo de la cruz, que era preciso que Jesús sufriera y el triunfo de la resurrección. El encuentro por la fe, iniciado en la Palabra, culmina en la fracción del pan. Palabra y Eucaristía son dos fuentes importantísimas para la fe en Dios y en su presencia invisible.

DOMINGO IV DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 2, 14a.36-41): *Dios lo ha constituido Señor y Mesías.*

Salmo (22, 1-3a.3b-4.5.6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (1ª Pedro 2, 20b-25): *Sus heridas nos han curado.*

Evangelio (Juan 10, 1-10): *Quien entra por mí se salvará.*

Hay puertas grandes y pequeñas, estrechas y anchas, cuidadas o descuidadas. Las hay acorazadas, cerradas, complejas de abrir. Existen puertas lujosas y llamativas que conviven con puertas angostas y pobres... También hay puertas que no llevan a ninguna parte, son las puertas falsas. Cada día, todos, atravesamos infinidad de puertas... **¿A dónde nos llevan?**

Jesucristo es la puerta que nos abre a la familiaridad con quienes ponen su confianza en Dios y muestran, con su vida, el Evangelio. Una vida nueva, una nueva familia, un horizonte común que nos constituye en miembros de la comunidad cristiana, la Iglesia. Entrar por Él es nacer de nuevo, vivir los sentimientos de Cristo y actuar en su nombre.

Para entrar en esta familia no hay que ser de una cultura determinada, ni tener un nivel económico determinado, ni siquiera se exige una edad mínima o máxima. La familia de Dios la forman quienes atraviesan la puerta de la fe y de la misericordia y quieren vincular su existencia al mensaje y a la vida de Jesús de Nazaret, el ungido, el Señor. Nuestra relación con él nos hace miembros de la familia de Dios.

Reconocer la voz del Señor, dejarnos guiar por Él, escuchar su Palabra, seguir sus indicaciones, cumplir su voluntad... son las actitudes necesarias para pertenecer al grupo de Jesús. Se trata de vivir la vocación y responder con nuestra vida a la llamada y las llamadas que Dios nos hace.

La comunidad de seguidores de Jesús lleva dos mil años viviendo y mostrando la actualidad de la fe. Nosotros hemos experimentado el amor de Dios, encarnado en Jesús de Nazaret y queremos dejarnos guiar por la fuerza y la presencia de su Espíritu. Es una historia de conversión y de amor para toda la vida. En esta historia hay tantas historias como personas. Cada una de ellas y cada uno de nosotros, queremos mostrar el Evangelio de Jesucristo.

Jesús es la puerta y, al mismo tiempo, el mejor de los pastores. Nuestro guía, nuestro cuidador, nuestro garante. Su palabra nos orienta, su voz nos congrega, sus cuidados nos recuperan, su amor nos transforma. Él cura a quien está herido, busca a quien se ha perdido, sufre con quien está triste, acoge a quien está alejado y anima al débil y al desanimado. Él nos da la vida.

Jesucristo sigue guiando y congregando a su Iglesia. Es el centro de nuestra fe y de nuestra familia. Cuenta con nosotros para que vivamos como hijos de Dios y seamos testigos de su amor. Él mismo nos da la fuerza. Ojalá sepamos responderle con generosidad y coraje.

Hay en el evangelio autodefiniciones en las que Jesús habla de sí mismo y se define como el agua viva, la Luz, el camino, la vida. A esa serie de definiciones se añade aquí una doble definición: **«Yo soy el buen pastor, yo soy la puerta del redil»**. Jesús es al mismo tiempo *“pastor que guía”* y *“puerta por la que se entra”*.

Otra vez nos provoca a calar en el hondo significado de sus palabras este fascinante Jesús de Nazaret. Él es el pastor que guía. Es al mismo tiempo la puerta por la que Dios viene a los hombres y a través de la cual tienen los hombres acceso a Dios. Él es la vida y al mismo tiempo la puerta para entrar en la vida.

Cuando Jesús dice **«yo soy la puerta»**, habla de una puerta abierta por la que es posible entrar y salir, es posible el paso en dos direcciones. Habla directamente de *“sus ovejas”*, los redimidos, que deben ser conducidos a las moradas de la vida en plenitud en casa del Padre.

Y como una puerta es paso hacia adentro y hacia fuera, quiere decir Jesús que por él viene Dios a los hombres y los hombres tienen entrada a Dios, en quien está la Vida en abundancia. Esa puerta nos introduce en la intimidad de Dios en relación directa y personal con Él. Se contraponen Jesús a los ladrones, que no entran por la puerta porque vienen a robar. Los que vienen en nombre de Jesús vienen por la puerta, el portero les conoce y les abre.

Una comunidad necesita la colaboración de todos para que funcione. Como resultante, una comunidad cristiana, una parroquia, es algo que se hace progresivamente con la aportación de todos, donde nadie es imprescindible pero donde se necesita la colaboración de todos.

La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo tiene muchos miembros con multiplicidad de funciones. Todos deben aportar algo, vigilar, proteger, amar; nunca herir ni dispersar. Deben prestar especial atención y ayuda a los débiles y no posicionarse al lado de los fuertes. Sobre la autoridad-poder, que viene de unas credenciales, debe prevalecer la autoridad-cualidad, que nace del servicio, en imitación del Buen Pastor que se hizo servidor de todos.

DOMINGO V DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 6, 1-7): *La Palabra de Dios iba cundiendo.*

Salmo (32, 1-2,4-5,18-19): *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros»*

2ª lectura (1ª Pedro 2, 4-9): *El que crea no quedará defraudado.*

Evangelio (Juan 14, 1-12): *Yo soy el camino y la verdad y la vida.*

Seguimos celebrando la victoria de Jesús. Son las fiestas de Pascua, que nos lanzan a crecer en la fe, a creer en Jesús y en Dios Padre; a vivir nuestra dignidad de hijos llamados de las tinieblas a la Luz; y a andar unidos para cumplir con fidelidad nuestra tarea en la Iglesia, al servicio de los hermanos. Estamos sintiendo y viendo a Jesús resucitado en medio de los suyos. Se muestra, se hace el encontradizo, comparte momentos y comidas. Y su llamada a la confianza: *«soy Yo, no tengáis miedo; estoy entre vosotros como el que sirve...»*.

Y hoy esta nueva llamada: *«Creed en Dios y creed también en mí; porque Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida»*. Jesús, con su actuar, siempre nos muestra quién es Dios de verdad, el Padre entregado a los suyos. Esa es la “tarea” de Jesús: mostrarnos al Padre, que podamos ir y encontrarnos con Él. En total relación e identidad: *«Quien me ve a Mí ve al Padre, porque Él y Yo –dice Jesús– somos uno»*.

Esta comunión entre el Padre y el Hijo *«Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí»*, tiende a prolongarse en todos los creyentes, en todos los hijos de Dios. El Padre está en Cristo y Cristo en nosotros: *«Yo en ellos y Tú en mí para que sean perfectamente uno»* (Juan 17,23). Por eso Cristo es la *«Puerta»* para entrar en el Santuario divino. En su carne tocamos a Dios. A través de sus llagas podemos ver a Dios. *«Muchas veces lo he visto por experiencia; háme lo dicho el Señor; he visto claro que por esta puerta hemos de entrar»* (Sta. Teresa, V, 22,6).

Cristo es Camino, caminando en Él encontraremos a Dios. Su camino es su estilo de vida, el conjunto de sus ideales, sus compromisos y sus pasos, su manera de hacer y sentir. No es un programa frío de normas y actitudes, es un programa vivo, personalizado.

Cristo es Verdad, No es la verdad que se pueda encontrar en los estudios filosóficos; ni las verdades que consagró Buda para llegar al nirvana; ni las verdades que se pueden encontrar en los archivos judiciales. Es la verdad viva, la verdad que se refleja en su Palabra: *«Si os mantenéis fieles a mi Palabra (...) conoceréis la verdad»* (Juan 8,31-32); la verdad que se concentra en la palabra de amor: *«No amemos de palabra, ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad»* (1 Juan 3,18-19). La verdad es el amor. La Verdad-Amor es Cristo-Dios.

Cristo es Vida, vino para vencer a la muerte y colmarnos de Espíritu. Vida que aceptó morir para que podamos vivir. La vida de Cristo era la vida de Dios encarnada. Se nos manifiesta a través de los símbolos: *«Yo soy el AGUA viva, el PAN de la vida, el VINO del Espíritu, la VID verdadera, la LUZ del mundo, el buen PASTOR»*.

Así que, para llegar a Dios hay que recorrer un camino, el que Jesús nos muestra, el de la entrega a los demás; hay que vivir en plenitud, superando la mentira y el desamor; hay que luchar contra todo lo que genere muerte y violencia. Pero siempre unidos a Jesús, Vida resucitada de y para los hombres, que llega hasta la relación total con Dios. El mismo destino de Jesús, será nuestro destino: viviremos por siempre en el Amor de Dios. Jesús nos prepara sitio y ascendido al cielo, donde Él está, estaremos nosotros.

Como hijos de Dios no andamos solos por la vida, ni tenemos tareas pequeñas. Estamos llenos de dignidad para anunciar en el mundo la grandeza de un Dios Amor. Somos piedras vivas, llamadas a construir espacios de relación y de encuentro entre Dios y los hombres (eso es ser un sacerdocio). Unidos a Jesús, que es la *«piedra»* rechazada por los hombres, pero elegida por Dios. Y de esa plenitud de Dios recibimos todos estos nombres (que señalan la identidad que recibimos en nuestro bautismo): linaje escogido, sacerdocio real, nación santa, pueblo de Dios... Todo indica iniciativa de Dios, y llama a comunidad: cada uno llamados por el Padre, pero viviendo esa llamada (unidos como hermanos) junto a los demás, y para que los demás vivan su plenitud.

Claro, que en esto de vivir en el Amor y en comunidad, siempre andamos escasos. Surgen las rivalidades y los intereses. En la primera lectura de hoy tenemos una buena lección: cuando surgen las tensiones tenemos que saber abordarlas y superarlas sin descuidar la tarea “*lo que une*” (y esto es la Iglesia: cumplir una tarea), abiertos a los nuevos retos y realidades. Aquellos discípulos supieron abrir y anunciar el Evangelio. Ojala que también nosotros sepamos hacerlo. No andamos solos: Jesús está con nosotros, hasta el fin del mundo.

DOMINGO VI DE PASCUA

1ª lectura (Hechos 8, 8-5.14-17): *La ciudad se llenó de alegría.*

Salmo (65, 1-3a.4-5.6-7a.16 y 20): *«Aclamad al Señor, tierra entera»*

2ª lectura (1ª Pedro 3, 15-18): *Volvió a la vida por el Espíritu.*

Evangelio (Juan 14, 15-21): *Si me amáis, guardaréis mis mandamientos.*

Hoy el Evangelio no es una parábola, ni la narración de un milagro. Escuchamos solo al Señor hablando. Sus destinatarios no es la multitud en general, ni los fariseos que deseaban prenderlo (algunos de ellos). Por eso es importante que conozcamos siempre el contexto del relato que escuchamos.

Hoy nos encontramos en el Cenáculo, es la noche del Jueves Santo y Jesús está dirigiendo un largo discurso de despedida a los suyos. Judas, el traidor ya ha abandonado la sala. Ahora Jesús se dirige en profunda intimidad a sus amigos, a sus más estrechos colaboradores. Ellos iban a ser sus sucesores, por eso es tan importante prestar atención a estas palabras de Jesús.

Para nosotros oír hablar de «*mandamientos*» nos puede evocar la ley, la obligación, nuestra libertad coartada... No, hay que cambiar el registro. Para el Señor los mandamientos solo buscan que el hombre viva y sea feliz. Los mandamientos encarnan los valores que Jesús vivió y enseñó. Por eso guardarlos y cumplirlos es evocar y hacer presente a Jesús. Nadie nos obliga a cumplirlos. Solo por amor a Jesús estamos llamados a observarlos. Cumplirlos es amar a Jesús. Es una ley que libera, no que oprime.

Sí, Jesús se va. Pero no nos quiere dejar huérfanos, ni solos. La soledad, a veces, se convierte en otro de los males de nuestro tiempo. Incluso personas de fe te dicen que se sienten solas. Que trabajan en la parroquia, pero que a veces se sienten solas. Jesús no nos lo dio todo para luego abandonarnos. Prometió a los suyos su presencia a través del Paráclito, así lo llama el evangelista Juan. «*Paráclito*» quiere decir «*intercesor*», «*abogado*», ese es el Espíritu Santo. Fuerza de Dios que consuela, conforta, anima, restituye lo caído, infunde esperanza y nos hace vivo y presente a Jesús, en este tramo del camino, mientras esperamos un regreso definitivo del Señor.

Sí, en el fondo es una “*cuestión de amor*”. Si nos vamos a esforzar en cumplir los mandamientos es porque amamos a Dios. Si creemos en el Espíritu Santo y acudimos a Él como la presencia de Jesús hoy es porque amamos al Señor y lo necesitamos presente en nuestras vidas. Necesitamos a Jesús no en los libros, sino en nuestra vida, en nuestro corazón. Podemos decirle que le amamos con nuestras obras, y que creemos en Él y esperamos en Él invocando su Espíritu.

¿Cómo no dar gracias a Jesucristo por este Don de fuerza y de gozo? La llegada del Espíritu viene siempre acompañada de inmensa e inexplicable alegría. El Espíritu, sabemos, es “*la Risa de Dios*”. Que venga Dios a nosotros, que venga esa risa divina y que nos haga reír. Necesitamos mucho esta alegría, porque nuestro mundo enferma de tristeza. También nuestras celebraciones pecan de seriedad y rigor.

Jesús vino a curar nuestras dolencias, pero a su manera; no las suprime todas, pero las asume todas; y al asumirlas, quedan redimidas. Asumió nuestras limitaciones (desde la Encarnación), asumió nuestros cansancios y fatigas (a lo largo de su vida), asumió nuestras angustias y tristezas (en Getsemaní), asumió nuestras llagas y dolores (en la pasión) y asumió nuestra muerte (muriendo Él en la cruz).

Todos nuestros sufrimientos, al ser asumidos por Jesús, duelen, pero menos; cada uno de ellos lleva un punto de luz, una carga de gracia. Ya no hay desgracias, todo es gracia, todo puede ser sacramento de Dios. «*En sus heridas hemos sido curados*» (Isaías 53,5). Esa gracia, que es consuelo y fortaleza del Espíritu, es, sobre todo, presencia de Jesús. Al asumir el sufrimiento humano, se hace presente en todo nuestro sufrimiento, ya no estamos solos en la enfermedad, siempre está junto a nosotros el médico y redentor Jesús.

Celebramos hoy, la Pascua del enfermo, este año con el lema: “*Acompañar en la soledad*”. Cuando presentamos nuestros enfermos a Cristo, pedimos su sanación radical e integral, no sólo corporal. Pedimos que Cristo cargue con sus dolores y que nuestros enfermos carguen con Cristo. «*Que no se asusten, porque mi carga es ligera*»; que el enfermo se una a Cristo en fe y amor, y que Cristo siga encarnándose en los padecimientos del enfermo.

Así los enfermos se unen a la Pasión y Pascua de Cristo y Cristo prolonga su Pasión y Pascua en los enfermos. Procuremos hacer verdad esta fe en nuestra vida. Acompañemos a nuestros enfermos con respeto, que sepamos decirle la palabra oportuna, y podamos aliviar su soledad acompañándolos en su dolencia y debilidad.

LA ASCENSIÓN DEL SEÑOR

1ª lectura (Hechos 1, 1-11): *Aguardad que se cumpla la promesa.*

Salmo (46, 2-3, 6-7, 8-9): *«Dios asciende entre aclamaciones»*

2ª lectura (Efesios 1, 17-23): *Todo lo puso bajo sus pies y lo dio a la Iglesia.*

Evangelio (Mateo 28, 16-20): *Sabed que estoy con vosotros todos los días.*

Este texto puede resumir lo que hemos vivido en el tiempo de Pascua. Hemos contemplado a Jesús resucitado en relación con su Padre, recordando su historia, su Misterio Pascual. Queremos e intentamos ser discípulos suyos siguiendo el camino recorrido por los discípulos, y en contacto con Él.

Tenemos muchas tareas y responsabilidades que hacer, cada uno en su ámbito propio, pero la única cosa necesaria es aprender a ser sus discípulos, escuchando su Palabra, centrándonos en nuestra relación con Él y con el Padre. Porque lo único importante es descubrirle como nuestra fuente, desde dónde vivimos, para qué vivimos, y valorar por encima de todos el Reino.

La preocupación fundamental de Jesús queda expresada en la oración que nos enseñó: *«Padre, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu Reino, hágase tu voluntad...»*. **¿Ha llegado también para nosotros esta hora de entregarnos en cuerpo y alma a su Reino?** Con la mejor buena voluntad, deseo y generosidad queremos traer y disponer del Reino, pero siendo los protagonistas, y esperando que Dios responda a nuestras expectativas.

Jesús nos coloca en nuestro sitio, pues el Reino lo lleva el Padre. Lo nuestro es dejarle a Dios que tenga la última palabra, aprender a vivir en obediencia. Somos llamados a ser testigos de lo que hemos visto y oído, que nos lo ha dado gratis: ser testigos de palabra y de vida, porque ambas realidades son inseparables. Cada uno donde está, en su contexto, en su sitio.

«Él está con nosotros todos los días». Solo Dios es el Señor que tiene la soberanía. Lo nuestro es ayudar a las personas a que den el paso a Dios, a abrirles la puerta, a señalarles al Señor. Nunca señalarlos a nosotros mismos. Señalar al que es la Palabra, al que es el Señor y Rey, sintiendo la desproporción entre lo que somos y lo que se nos manda hacer, experimentando dos sentimientos que, a veces, nos parecerán contradictorios, y otras veces nos parecerá que se alimentan mutuamente.

Querremos estar con Él, viviendo entre la nostalgia y la obediencia, buscando su intimidad. Otras veces, esa intimidad se nos dará en la misión, incluso cuando nos parezca que nos hemos olvidado de Él. Pero en cuanto abramos el Evangelio y nos encontremos con su Palabra, sabremos que Él siempre ha estado ahí con nosotros. **¿Sentiremos nostalgia de Jesús, «quedándonos pasmados mirando al cielo»?**

La fiesta de la Ascensión es, ante todo, la fiesta de la glorificación de Jesús. El evangelista san Lucas escribió mucho antes que Copérnico, pero todos entendemos bien lo que nos quiso decir. Subir al cielo no es como subir en globo, en avión o en una nave espacial. El ascender de Jesús es una glorificación expresada de manera sensible según la manera común de hablar. El desaparecer de la vista no significa abandono, sino otra manera de presencia.

Si la Ascensión del Señor no significara más que una despedida y desaparición, nada tendríamos los cristianos que festejar hoy. Sería una fiesta marcada más por la tristeza que por la alegría. Jesús se eleva y desaparece ante la vista de muchos testigos. En adelante deberán entender de otra manera la presencia del desaparecido y su providencia en este mundo; tendrán que arreglárselas ellos solos porque el Maestro se ha ido y su nueva presencia hace más difícil consultarle.

Cualquier cristiano con formación catequética elemental sabe bien que el cielo de que aquí se habla *no es un lugar sino un estado*, que el cielo está donde está Dios y que Dios está en todas partes. Cualquier cristiano conoce también la promesa de Jesús: *«Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo»*, pero la falta de presencia visible puede dar lugar a escepticismos y malentendidos teológicos más infantiles o malintencionados que reales.

¿Cómo puede Jesús ayudarnos ahora, en estos momentos difíciles por los que pasamos, cómo puede resolver nuestros problemas de aquí abajo? Es como la queja que puede hacerse a un amigo ausente: *“cuando más te necesité no estabas aquí”*. A Jesús ya no se le puede ver ni tocar, pero sí se le puede experimentar y comer. Corresponde a los “*suyos*”, a nosotros que nos envía por todo el mundo, con la misión de hacerle visible y palpable en las realidades de la vida humana. Primero con una vida coherente con la fe en Dios invisible, y luego por las obras de la fe donde Él se hace perceptible en el compartir experiencias de Dios: alegrías, penas, ideales, tiempo y bienes. De la *«pasión por Cristo y por las cosas del Reino y de nuestro destino»* brota la necesidad de hacerle visible con nuestras obras.

La única manera de **aprender a amar**, es entregarnos en obediencia a lo que Él nos encomienda cada día.

DOMINGO DE PENTECOSTÉS

1ª lectura (Hechos 2, 1-11): *Se les entendía en todas las lenguas.*

Salmo (103, 1ab y 24ac.29bc-30.31 y 34): *«Envía tu espíritu, Señor, y repuebla la faz de la tierra»*

2ª lectura (1ª Corintios 12, 3b-7.12-13): *Hay diversidad de dones y servicios.*

Evangelio (Juan 20, 19-23): *Recibid el Espíritu Santo.*

Había pasado ya un tiempo desde la experiencia de la alegría de la resurrección de Cristo —que en el calendario litúrgico se simboliza en los cincuenta días tras la Pascua— y sin embargo los discípulos estaban encerrados, desalentados; se les había metido dentro el desasosiego y la tristeza. A veces el miedo se hace fuerte: tiene la capacidad para envolvernos por entero y emborronar las vivencias personales que nos reconcilian.

Vivimos precisamente en una época de miedos, y de formas de miedo más globales y más continuas. Hablamos incluso de terror, de temores colectivos, de enemigos silenciosos, de inseguridad a escala mundial; y los medios de comunicación sirven a menudo de amplificadores sensacionalistas. La espiral del temor es un buen instrumento de control, que no permite soñar con otro mundo, ni menos aún actuar para alcanzarlo.

La tarjeta de presentación de Jesús en Pentecostés ante sus discípulos atemorizados son unas palabras y un gesto que sirven para despertarlos: Jesús les transmite la Paz y les enseña los motivos para tenerla: sus manos y su costado, donde se encuentra la marca viva del amor más puro que han experimentado. Jesús despierta a la alegría: no a una alegría despreocupada o ingenua, sino a una que renueva el aire de nuestro mundo, que permite respirar con confianza.

El envío del Espíritu renueva así nuestra forma de mirar el mundo, con alegría confiada en la potencia del amor divino, que supera temores e inseguridades. Se trata además de una fuerza creativa, que provoca la unidad entre los discípulos y les anima a testimoniar a todos un mensaje de unidad, paz y confianza en Dios para todos y para cada uno, esto es: un mensaje universal pero dicho en el lenguaje de cada cual, según la diversidad de los destinatarios.

La Iglesia en Pentecostés se constituye en una comunidad de creyentes enviados a transmitir la Buena Noticia del amor de Cristo mediante acciones testimoniales. La Iglesia está llamada a actuar en el mundo, y los seglares tenemos una encomienda particular en los ámbitos sociales donde el Evangelio se habla a golpe de testimonio y compromiso. Tal testimonio lo realizamos, dentro de la propia Iglesia, formando una comunidad de hermanos que se saben y se sienten iguales entre sí, siendo reflejo de fraternidad, en la diversidad de orígenes, culturas, dones, servicios y funciones.

El efecto-Pentecostés es renovador y difusivo. Se parece al de una piedra lanzada al agua cuyo efecto se difunde en círculos hasta las orillas. La acción del Espíritu se difunde por el mundo y no se limita a cambiar: su eficacia llega a transformar. Convivir en sociedad es mucho más que un mero aglomerado de individuos que se necesitan y ayudan en sus necesidades materiales. Una comunidad, animada por el Espíritu crea nuevas relaciones y nueva naturaleza que actúa por los reflejos del Espíritu. Hay reflejos naturales, instintivos; hay reflejos adquiridos por la repetición mecánica: conductores, profesionales, etc., hábitos que actúan casi de manera inconsciente. Los cristianos, de manera semejante, actúan en la vida los reflejos adquiridos del Espíritu.

Los discípulos no se habían repuesto del shock de la pasión y estaban reunidos a puertas cerradas por miedo a los judíos hasta que Jesús se hizo presente en medio de ellos e impone su palabra contra el miedo. El miedo cierra las puertas y los corazones. Es casi imposible establecer contacto con un corazón cerrado porque no sólo es que esté lleno de miedo, es que está vacío de esperanza. A nosotros, en nuestro bautismo, se nos insufló el soplo del Espíritu para que tengamos el corazón abierto y dediquemos algo de nuestro tiempo y nuestro esfuerzo a las acciones del Espíritu a favor de nuestros hermanos.

Desde la pluralidad de orígenes, mentalidades y gustos, juntos en unidad de fe y de ideales bajo la fuerza del amor, se planifican las acciones pastorales en la parroquia mediante la ayuda al necesitado (en las acciones de los grupos de Cáritas); se atiende al enfermo visitando hospitales y casas (Pastoral de la salud “papasa”); se transmite la Buena Noticia en el estudio y reflexión de la Biblia (catequesis de adultos, jóvenes y niños); se organizan las celebraciones en los grupos de Liturgia (monitores, lectores de la Palabra, salmistas, ministros extraordinarios de la Comunión); se informa a los feligreses de los distintos actos programados y la obtención de certificaciones (secretaría) y la fiscalización de los ingresos y gastos del mantenimiento parroquial (equipo económico). Todo ello, con el servicio, de nuestros sacerdotes: (párroco y vicarios), bajo el control y ayuda del (Consejo de Pastoral Parroquial).

DOMINGO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1ª lectura (Éxodo 34, 3b-6.8-9): *Dios compasivo y misericordioso.*

Salmo (Daniel 3, 52.53.54.55.56): *«A ti gloria y alabanza por los siglos»*

2ª lectura (2ª Corintios 13, 11-13): *Tened un mismo sentir y vivir en paz.*

Evangelio (Juan 3, 16-18): *Que el mundo se salve por Él.*

Fijémonos en las expresiones que usamos en las celebraciones litúrgicas a las que acudimos, están llenas de historia, son muy antiguas, nos unen a los cristianos de muchos siglos y rebosan experiencia y reflexión. Nos sorprenden porque reflejan un nivel muy profundo de madurez en la vivencia de una relación con Dios que nos ha sido transmitida con gran conocimiento de los efectos que tienen en la vida y la influencia que ejerce en nuestra forma de ser y de actuar.

Hace dos mil seiscientos años aproximadamente los autores del libro del Éxodo ya entendieron que el ser humano no tiene solución sin la ayuda de Dios. Pide que esa ayuda se plasme en una relación estable, Dios accede, para darle confianza, pero no se hace ilusiones porque los humanos somos frágiles y variables. En cuanto nos vemos un poco bien queremos disfrutar y eso nos lleva a olvidar el agradecimiento a quien nos sostiene. Pero Dios es afectivamente muy débil, se entenece enseguida y perdona una y otra vez, repitiendo una y otra vez su compromiso con nosotros.

¿Cómo es Dios para actuar así? Solo una palabra puede decirlo de una manera vitalmente comprensible. Es amor. No es que tenga o actúe o... ¡¡**DIOS ES AMOR!!!**

Sorprende que la primera comunidad cristiana, en ese proceso que enlaza con la tradición más profunda del Antiguo Testamento, apenas iniciada la experiencia de su relación con Jesús, exprese, en una fórmula litúrgica todavía en uso, como la de hoy de Pablo en la carta a los Corintios, su confianza en Dios que es regalo, amor y unión.

Todo son cualidades de relación entre personas, no simplemente aspectos de comportamiento de alguien solitario sino de alguien que, en sí mismo, es comunidad y cuyo lazo de relación es el amor.

Por eso Jesús, trata de dar confianza a Nicodemo, judío encerrado mentalmente en una religiosidad de cumplimiento legal y de exigencia rigurosa, asegurándole que de Dios-Amor no podemos esperar juicios de condena sino declaraciones de perdón. Todo lo que Dios haga en su relación con nosotros será para salvarnos, para darnos esa solución a la que nosotros no tenemos acceso porque nos supera y desborda.

De ahí la importancia que tiene el vivir con fe. Creer es vivir con la confianza de que Dios nos dará la solución al problema de nuestra vida y por eso nos ponemos en sus manos. No creer, en cambio, es negar la posibilidad de que tengamos arreglo y es negar la esperanza de que Dios vaya a hacer algo por nosotros. Vivir sin fe es una condena, es tener de la vida una idea tan negativa que es una pena.

Solo podemos acercarnos al conocimiento de las realidades divinas partiendo de las realidades humanas y, como en lo humano, donde hay una persona hay también una naturaleza, de ahí nuestras dificultades para comprender el misterio. Dios es siempre distinto, siempre mayor, siempre desbordante y por encima de nuestra capacidad de comprensión.

La santísima Trinidad: tres personas en una naturaleza, un solo Dios. Es el contenido nuclear de la fe. Para intentar comprenderlo necesitamos adentrarnos en el misterio a través de los conceptos de persona y naturaleza. Tenemos que acercarnos a Él con espíritu de humildad. Sin embargo, no hay en el misterio contradicción puesto que persona y naturaleza son conceptos distintos. San Patricio usaba la comparación del trébol para intentar aclarar este misterio: tres hojas (personas) y un solo tallo (naturaleza).

Dios Padre se revela ya en el Sinaí (primera persona). Su ley no se promulga para esclavizar al pueblo, sino para organizar la libertad recuperada. Unos lo comprenden y aceptan, otros no. El pueblo de Dios es siempre insumiso y rebelde, de dura cerviz, por eso necesita la tolerancia del amor de Dios, paciente y misericordioso, para ayudar y conducir a su pueblo. Y para que consiguiéramos la vida eterna nos dio a su Hijo.

Dios Hijo se encarna por amor (segunda persona). Vive entre los hombres compartiendo su misma suerte y revela el amor del Padre. Él mismo se hace modelo perfecto en todas sus relaciones filiales lo mismo que en la fidelidad a la ejecución de la redención encomendada por el Padre. No solo muere por amor, sino que da testimonio del amor del Padre.

Dios Espíritu es revelado por Jesús (tercera persona). Se revela a sí mismo especialmente en Pentecostés. Es el *dulce huésped* de las almas en las que mora como en un templo. Es guía, inspirador y protector. Asiste a la Iglesia suscitando oportunamente individuos o grupos con la misión de hacer patente su acción a través de sus *carismas*.

Creados a imagen y semejanza de Dios, necesitamos conocerle a Él para desvelar nuestro propio misterio. Y, a la inversa, del conocimiento del hombre podemos acceder al conocimiento de Dios. *«Este misterio nos sugiere que existe cierta semejanza entre la unión de las personas divinas y la que debemos tener los hijos de Dios en la unidad y en el amor»* (Vaticano II, LG.24).

DOMINGO DEL CUERPO Y SANGRE DE CRISTO

1ª lectura (Deuteronomio 8, 2-3.14b-16a): *No solo de pan vive el hombre.*

Salmo (147, 12-13.14-15.19-20): *«Glorifica al Señor, Jerusalén»*

2ª lectura (1ª Corintios 10, 16-17): *Todos comemos del mismo pan.*

Evangelio (Juan 6, 51-59): *Yo soy el pan vivo bajado del cielo.*

Cuando nos preguntan **¿quién eres?**, solemos contestar con lo que hacemos o a que nos dedicamos; y en algunos casos, incluso, decimos lo que tenemos: casa, esposa, esposo, hijos, etc. Pero, volvamos a la pregunta. **¿Quién soy?** Yo diría: soy persona, varón, casado, mayor de edad y cristiano. Por este orden, solo que a veces hago que lo último se convierta en primero y entonces no me quede tiempo para trabajar lo primero, que es lo que me iguala a todas las personas y me ayuda a caminar con ellas.

Cuando Jesús, se puso a caminar con unos discípulos, hacia la aldea de Emaús, oyó que le decían: *«Nosotros pensábamos que era ahora cuando Jesús iba a restaurar el reino de Israel...»*. Esta es la experiencia de fracaso en la que se encontraban los discípulos con la muerte de Jesús, anunciada por Él, pero nunca entendida por ellos. Al parecer todo está terminado y hay que comenzar en otro sitio.

Pero en esta travesía va a suceder algo extraordinario: alguien les va a ayudar a repasar el camino vivido, con la ayuda de la memoria de lo que hicieron sus antepasados hacia la tierra prometida. De la misma forma, Jesús les regala el alimento de su cuerpo y de su sangre que les ayude a vivir el camino de la vida nueva. Cuando la primera comunidad de seguidores de Jesús empieza a vivir la experiencia del resucitado fueron conscientes de que su estilo de vida, aquí y ahora, debía de ser lo más parecido al de su Maestro y Señor.

Para poder mantenernos en el estilo de vida de Jesús, estamos llamados a ser comunidad pues el intentarlo individualmente es potencialmente imposible. El orden de este mundo ha logrado que los hombres y las mujeres actuales permanezcamos encerrados en nuestras cosas y en nuestras casas.

En una comunidad cristiana viva, en la que todos sus miembros: mayores y pequeños, mujeres y hombres, ordenados y no ordenados, los que han llegado antes y los que se incorporan más tarde, seamos todos iguales, resultará sencillo los cuidados entre los de dentro y la atención permanente a los de fuera, sobre todo, a aquellos que son heridos por los zarpazos de la desigualdad y del subdesarrollo.

El mundo, este mundo de hoy; no solo el del pasado ni tampoco el del futuro necesita de nosotros, los pequeños, para hacer cosas pequeñas y, sobre todo, para hacerlas juntos. Esta será la norma fundamental: *«amaos los unos a los otros como yo os he amado»*. Entonces los más débiles acudirán en masa a solicitar ayuda y a colaborar en nuestros proyectos.

La celebración de la festividad del cuerpo y sangre de Cristo ha perdido parte de su antiguo esplendor en cuanto significaba una manifestación pública de fe por las calles de nuestra ciudad. Razón de más para que la vivencia del contenido de esta fiesta la intensifiquemos interiormente.

El Corpus nos recuerda el amor de Dios: *«Tanto amó Dios al mundo que le entregó a su propio Hijo para que se salve creyendo en él»*. Después de darnos a su Hijo en la Encarnación, quiso el Hijo mismo quedarse en el mundo permanentemente con nosotros. Y tanto amó el Hijo al mundo que se ofreció por él y se quedó en él.

Jesús nos quiere tanto que nos hace a todos un gran regalo, nos da su propio cuerpo hecho pan para que lo comamos y así vivamos con Él para siempre. Lo hemos escuchado en el evangelio: *«Yo soy el pan vivo que baja del cielo.../...El que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él»*.

La noche antes de morir en la cruz, estaba Jesús cenando con sus amigos y les dio pan y vino y les dijo: *«Tomad y comed, esto es mi cuerpo. Tomad y bebed, esta es mi sangre»*. Y luego añadió: *«Haced esto en memoria mía»*. Que es lo mismo que decir: Haceros pan para los demás, *«amaos como yo os he amado»*.

Cuando al celebrar la Eucaristía, decimos: *«Este pan partido y repartido»*, estamos tácitamente reconociendo que, ese pan partido hay que repartirlo entre los comensales de la celebración y los comensales de la vida, como nos indica el relato de la multiplicación de los panes. Jesús les dio los trozos de pan *«para que se los sirvieran a la gente»*. Por eso, cada vez que con nuestras palabras y acciones contribuimos a que en este mundo haya menos hambre de pan, de justicia y de sentido; cada vez que compartimos el vino de la alegría para que en la mesa de la vida haya menos soledad y menos tristeza, hacemos posible la cena del Señor.

Si queremos seguir a Jesús, no podemos ser mendrugos de pan seco y duro, hemos de ser pan tierno para todos, así nos pareceremos al Maestro y seremos el mejor regalo para todos; no dándonos cosas, sino dándonos nosotros mismos. Lo que celebramos en esta fiesta del Corpus, es presamente esto: que Jesús se hace pan para nosotros y que nosotros hemos de hacernos pan para los demás.

DOMINGO XII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20, 10-13): *Cantad y alabad al Señor.*

Salmo (68, 8*10.14 y 17.33-35): *«Que me escuche tu gran bondad, Señor»*

2ª lectura (Romanos 5, 12-15): *No hay proporción entre culpa y pecado.*

Evangelio (Mateo 10, 26-33): *Hasta los cabellos los tenéis contados.*

La Palabra de Dios, hoy, nos exhorta a la confianza y al testimonio, por eso el comienzo del evangelio nos anima a eliminar los temores y turbaciones que anidan en nuestro corazón. Tenemos miedo, miedo al ridículo, miedo a que no llegue nuestro mensaje, miedo a no hacerlo bien y, ante esto, la palabra de Jesús nos repite hoy *«no tengáis miedo»*, es la expresión que ya en el Antiguo Testamento se dirigió frecuentemente a los profetas, la que hizo superar a Jeremías las amenazas y le hizo clamar: *«El Señor está conmigo, como fuerte soldado; mis enemigos tropezarán y no podrán conmigo»*, como escuchamos en la primera lectura.

«No tengáis miedo» nos dice el Señor hoy a nosotros, porque lo que se nos pide es que nuestro objetivo sea siempre, llevar adelante la misión que recibimos en el bautismo de anunciar el Evangelio en su integridad, por ello nuestra única preocupación tiene que ser anunciar el Evangelio en su autenticidad y pureza sin preocuparnos de la acogida que pueda tener, pues no podemos admitir adaptaciones que camuflen y trastoquen el auténtico contenido del Evangelio, aunque muchas veces el contenido de este Evangelio provoque dolor. Jesús decía a los discípulos y nos dice a nosotros lo mismo: *«No tengáis miedo»*, porque ninguna tribulación puede impedir el anuncio del Evangelio ya que Dios mismo es su garante.

Dios se hace presente en el anuncio del Evangelizador, pero esta presencia de Dios no significa que los discípulos quedemos liberados del compromiso de anunciar el Evangelio, el compromiso tiene que ser total y completo, tenemos que ser *«luz que debe iluminar a todos los hombres»* y tanto el anuncio, como las palabras y signos de los discípulos deben hacer presente a Dios en el mundo, como también nos ha dicho el Maestro: *«Brille así vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos»*. Por ello la actitud del discípulo tiene que ser dar gloria a Dios con palabras y obras.

Está claro que el seguimiento del Maestro tiene dificultades y persecuciones, las tuvo entonces y las tiene hoy, el mismo Jesús en la última cena lo había anunciado a los doce: *«Si el mundo os odia, sabed que a mí me ha odiado antes que a vosotros»*. Esto nos recuerda que el discípulo está llamado al martirio, lo anunció el Señor antes de subir al cielo: *«...seréis mis testigos (=mártires) hasta los confines de la tierra»*. El martirio cruento o incruento es el compromiso del discípulo y el Hijo del Hombre dará testimonio del discípulo ante el Padre. Por ello recordemos siempre las palabras de Jesús: *«No tengáis miedo»*.

La experiencia de la fe cristiana está vinculada en su conjunto con las persecuciones, que pueden llevar en su violencia hasta el martirio o rebajar el tono y quedarse en marginación social, injusticias y desprecios. Las palabras de Mateo parecen reflejar un estado real caracterizado por esa situación límite. Con esa situación ante los ojos acumula el evangelista sentencias y argumentos del Señor para infundir en los perseguidos el valor para confesar la fe, fiados en la asistencia protectora del Padre celestial.

Las palabras de Jesús son estimulantes y preventivas. Él distingue entre *“el temor a Dios”* y *“el miedo a los hombres”*. El mayor miedo no es el de los que pueden matar el cuerpo, desfigurar la imagen, manchar la fama pero nada más, porque no pueden dañar al hombre interior, al ser en su totalidad tal como es ante Dios. Ese temor legítimo e inevitable a los daños del cuerpo puede ser superado con la confianza en el amor de Dios y en todo caso siempre será menor que el temor a perder la vida del hombre total y para siempre.

Cada cristiano ha recibido el encargo de anunciar al mundo el amor de Dios manifestado en Jesucristo. Toda parroquia o comunidad cristiana está formada por un grupo de bautizados en medio de los cuales está Dios. En las marginaciones o persecuciones por la fe puede hacerse más sensible esa presencia si sirven, como suele suceder, para purificar la fe, afianzar la esperanza y avivar la llama del amor.

«Nadie tiene derecho a esperar ir al cielo por un camino alfombrado de rosas, porque no fue ese el camino seguido por Jesús. Su camino estuvo alfombrado de espinas y cruzado de dolores. El siervo no puede pretender tenerlo más fácil que su Señor» (Tomás Moro).

Si en la vida y relaciones sociales pueden triunfar los oportunismos y ambigüedades de palabras y conductas, Jesús quiere de los suyos actitudes claras: por Él o contra Él. No se otorga a los hombres poder alguno en este mundo sin que Dios lo sepa o al menos lo tolere. Si caemos en manos de los hombres, si nos visita el dolor o la muerte violenta por manos de los hombres, no debemos olvidar que estamos en las manos de Dios. Por eso **¡no temáis!**

DOMINGO XIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (2º Reyes 4, 8-11.14-16a): *¿Qué podemos hacer por ella?*

Salmo (88, 2-3.16-17.18-19): *«Cantaré eternamente las misericordias del Señor»*

2ª lectura (Romanos 6, 3-4.8-11): *Nosotros andemos en una vida nueva.*

Evangelio (Mateo 10, 37-42): *El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.*

En una sociedad influida en todo momento por el arte del máquetin, del saber vender, del proponer imágenes sugestivas, tenemos que distinguir necesariamente entre las apariencias y la realidad, entre la imagen externa y la calidad interna. Hay que “discernir” entre los que se presentan como cristianos y los que lo son, con todas las consecuencias.

Todos en este mundo queremos “vivir bien”, pero para eso es necesario aprender a “saber vivir” de forma saludable, y emocionalmente estable. De ahí que surjan por doquier toda una serie de propuestas sapienciales para llevar bien la vida: consejos, libros de autoayuda, cursos de relajación y de afirmación de la personalidad. Nosotros, los cristianos **¿Podríamos decir que Jesús es también un maestro sapiencial? ¿Podemos leer los evangelios buscando en ellos pistas para vivir mejor?**

Cada vez más nos vemos todos en la tesitura de distinguir entre ser “personas buenas” y “personas religiosas”, porque una cosa puede ir con la otra, o no. También nos vemos en la tesitura de tener que distinguir entre ser “personas religiosas” y “discípulos de Jesús”, porque una cosa no se sigue necesariamente de la otra. Podemos ser “muy religiosos”, en el argot popular “beatos”, pero vivir de espaldas al evangelio; puede ser que sí, o puede ser que no.

El evangelio de hoy desgrana una serie de sentencias que comienzan todas igual: *«Aquel que...»*. Podemos pensar por tanto en consejos de Jesús o, al menos, en advertencias para que nos paremos a pensar:

¿Sufrimos conflictos abiertos con nuestros familiares cercanos y queridos por seguir a Jesús?

¿Acogemos al pobre que no tiene nada que ofrecernos a cambio, solo porque es una persona necesitada?

¿Ponemos barreras y hacemos juicios temerarios sobre otras personas?

¿Planteamos nuestra vida encerrándonos en nosotros y en nuestros intereses o pensamos en los demás?

Las sentencias de Jesús ponen a prueba el valor auténtico del seguimiento. Van dirigidas a los discípulos de entonces y a los seguidores de hoy y ahora. No los leemos como “reliquias sugerentes”, sino como *«palabra viva»* que hoy pone en cuestión y en valor la calidad de nuestro discipulado.

La sociedad moderna conoce bien el fenómeno de la competitividad. Dado el hecho de la competencia, el que no se esfuerza tiene muy pocas posibilidades de éxito. Sucede en la producción, en el deporte, en el estudio, en la profesión... las palabras de Jesús producen una primera impresión de estar inspiradas en el espíritu de competitividad con intención de hacer propaganda de la calidad de los suyos. El que se siente impulsado a irse con él debe saber que tiene que aspirar a mucho, aceptar las condiciones aquí enumeradas cuya radicalidad supera todas las exigencias oídas por los discípulos anteriormente.

Los judíos sabían muy bien que el amor a Dios y a su Ley (Torá) estaba por encima de cualquier otro amor, incluso el de los padres. Jesús parece querer aquí establecer un nuevo orden de valores para su discipulado, donde el seguimiento ocupa el primer lugar. No existe compromiso ni vinculación más fuerte. Todo lo demás, por muy importante que sea, es, sin embargo, secundario. Las parábolas del tesoro escondido y de la perla preciosa confirman esta valoración (Mateo 13,44-46).

El seguimiento de Jesús es un valor en sí mismo y las pérdidas que pueda suponer son, en realidad, ganancias. La nueva orientación de la vida con sus renunciaciones abre nuevas puertas y corazones, funda una nueva familia integrada por todos aquellos en cuyos corazones germina la palabra de Dios. La aceptación de Jesús no vacía a nadie de nada y colma a todos de todo.

El sentido auténtico de la exigencia de Jesús lo encontramos a nivel de las mismas relaciones humanas. “*El que ama a otro más que a mí...*” Se lo dicen los enamorados mutuamente sin por ello disminuir ni lesionar el amor a los padres. La exigencia por parte de Jesús de un amor preferencial no trastorna las leyes del amor ni de las relaciones humanas, no relaja los vínculos familiares ni enfría las relaciones de amistad. Lo que hace es dar un nuevo sentido y dimensión en Dios con un nuevo brillo y consistencia.

Dios es para Jesús más que una palabra. Dios-Padre era una presencia viva, su fuente de acción y fuerza de perseverancia, el alimento del que vivía. Sus discípulos debemos imitarle sin poder nunca llegar a igualarle, pero conscientes de la presencia de Dios y en diálogo con Él, “*es una experiencia liberadora*”.

DOMINGO XIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Zacarías 9,9-10): *Dictará la paz a las naciones.*

Salmo (144,1-2,8-9,10-11,13cd-14): *«Te ensalzaré por siempre, Dios mío, mi rey»*

2ª lectura (Romanos 8,9,11-13): *El que no tiene el Espíritu, no es de Cristo.*

Evangelio (Mateo 11,25-30): *Venid a mí y yo os aliviaré.*

Dios se complace en los humildes, en los corazones sin complicaciones y abiertos simplemente a la gracia, dispuestos a entrar en la amistad de Dios “*sin peros ni condiciones*”. Jesús elogió sin reservas la fe de un centurión romano ^(Mt 8,5-13), de una mujer cananea ^(Mt 15,22-28), defendió audazmente la acción de la mujer pecadora arrepentida ^(Lc 7,36-50) y valoró la ofrenda de la viuda pobre por encima de las cuantiosas sumas del fariseo rico ^(Lc 21,1-4). ¡Gente sencilla!

El evangelio es el lugar de la sencillez. Sus páginas nos hablan del modo de ser de Dios y de su manera de estar entre nosotros. Cuando abrimos los textos evangélicos, vemos que Dios no se buscó una joven madre entre las princesas que habitaban en los palacios, sino que se fijó en la humildad de María, una muchacha de una aldea perdida; Jesús no nació en Jerusalén sino en un establo, en los márgenes del imperio; no creció entre doctores de la ley y escuelas rabínicas, sino en el anonimato y la irrelevancia del tiempo, entre trabajadores y campesinos pobres de Galilea; huyó de la tentación del poder y la fama como quien huye del diablo; y no buscó entre los sabios y entendidos a sus apóstoles, sino entre la gente del pueblo ignorado y despreciado.

En la primera lectura, tomada del profeta Zacarías, hemos leído estas palabras: *«Mira a tu rey que viene a ti justo y victorioso, modesto y cabalgando en un asno, en un pollino de borrica»* ^(9,9). Es la profecía que anuncia la llegada de un mesías humilde. La humildad que hemos visto en Jesús y, tras él, en todos los que viven su Evangelio: los que salen de sí mismos, descienden hacia los demás, sirven sin esperar recompensa y se hacen pequeños para que los demás puedan crecer.

Dice el evangelio de Mateo que Jesús exclamó: *«Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos y las has revelado a la gente sencilla»* ^(11,25). Dios, más humilde que todos los seres, ha querido revelarse a los sencillos y ocultarse a los sabios y entendidos. Así lo experimentaba Jesús y así lo gritó en medio de la gente. En aquel grito estaban los mismos protagonistas de las bienaventuranzas: los pobres, los que sufren, los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia, los compasivos, los de corazón limpio, los que trabajan por la paz, los que son perseguidos por luchar por lo que es justo, los que hacen suya la causa de Jesús.

«¡Venid a mí todos!». Agobios, trabajos, penas y cargas no son palabras vacías. Hay múltiples cosas y causas que pesan sobre el alma como una carga y oprimen como un yugo. Paralelamente es multitudinario el grito de los que piden ser liberados de esas cargas y yugos. Sucede con los fugitivos del hambre y de los países en guerra; con los “*ilegales*”, llegados en pateras en busca de una vida digna; con los fugitivos del vicio que desean regenerarse en encuentros consigo mismos y vivir en paz; los que huyen de la vida moderna, de la depresión, de las dependencias de cualquier signo.

Jesús hace una superoferta: *«Yo os aliviaré»*. Esta oferta se hace a todos los que sufren bajo el peso de la enfermedad, edad, carencia de amistad, trabajo, de patria o techo, y también por el peso de sus propios errores. En realidad, en la llamada de Jesús estamos incluidos todos porque para todos tiene la vida pesos y cargas. La vida no es solamente rosas para unos y espinas para otros. Rosas y espinas andan mezcladas en los jardines del mundo. La vida no tienen que ganarla unos con el sudor de su frente mientras que a otros les cae gratuitamente y sin esfuerzo del cielo, como la lluvia. La voz de Jesús se dirige a todos con la fuerza de la paz y el descanso. Porque el descanso del alma es mucho más que una interrupción del trabajo. Supone la convicción de sentirse seguro en manos de alguien, seguridad que ofrece y da Jesús, único que puede perdonar nuestras debilidades y colmar nuestros deseos.

Preguntemonos: **¿seguirá Dios, hoy, ocultándose a los sabios y entendidos y revelándose a los sencillos? Y nosotros, ¿dónde lo buscaremos, entre los importantes del mundo o entre los pequeños y sencillos? ¿Qué hemos de desear, una Iglesia importante y poderosa o una Iglesia cercana a la gente sencilla?**

Gente sencilla. Los pobres, los que solo aspiran a vivir porque su vida está amenazada; gente sencilla, sensible al sufrimiento de sus semejantes; gente sencilla que anhela un mundo más justo y más humano, y se esfuerza por acercarlo; gente sencilla que comparte lo que son y lo que tienen; gente sencilla, que confía en Dios aunque en la vida no les vaya bien; gente sencilla que olvida y perdona de corazón; gente sencilla que regala alegría y humor y ganas de vivir; gente sencilla que ama por encima de todo.

DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,10-11): *Hará mi voluntad y cumplirá mi encargo.*

Salmo (64,10-11.12-13.14): *«La semilla cayó en tierra buena y dio fruto»*

2ª lectura (Romanos 8,18.23): *La libertad de los hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 13,1-23): *Al que tiene se le dará y tendrá de sobra.*

Cada día tenemos menos conocimientos del mundo agrario y de la cultura rural. Oímos hablar mucho de isobaras, ciclones y borrascas, pero desconocemos si las nubes, dependiendo de donde vengan o por donde aparezcan, traerá agua fina, lloverá fuerte o caerá granizo. Del tiempo solo nos interesa si va a llover en nuestra comarca o no, para ponernos el chubasquero o coger un paraguas. Ni tan siquiera nos paramos a contemplarlo, en nuestras poblaciones, porque debemos acudir a nuestras múltiples tareas y no tenemos tiempo para las “contemplaciones”.

Si nos cuesta tanto percibir y disfrutar del campo más allá de lo que alcanzan nuestros sentidos, mucho más difícil nos resultará intuir qué hay por debajo de la tierra o qué podemos esperar de lo profundo de ella. La tierra, también por dentro, tiene vida propia pero necesita del exterior para producir muchos de los elementos que ella contiene.

Así somos también los seres humanos. Somos portadores de todos los elementos necesarios para llegar a donde nos proponemos siempre que encontremos a nuestro lado personas que nos los pongan en funcionamiento. Llenos de esperanza las mujeres y los hombres del campo realizan la tarea de la siembra. Antes, por supuesto, han tenido que preparar la tierra, han metido la reja del arado, la han esponjado y han retirado alguna que otra piedra.

Al sembrador del evangelio no parece importarle mucho la tarea de preparar la tierra; toma la semilla y la esparce a boleo, caiga donde caiga, sin tener en cuenta que para que produzca fruto necesita tierra buena y abundante; sin piedras que le impidan enraizarse o zarzas que la ahoguen cuando comience a crecer. A este sembrador lo que le importa es sembrar la semilla y que esta produzca fruto al caer en tierra.

Aunque no siempre la cosecha depende solo del sembrador; además de preparar la tierra y de sembrar necesita de elementos externos, como: el sol, el agua, el aire. Porque no siempre llueve a su tiempo ni llueve a gusto de todos. Rogar a Dios por la lluvia, por el clima adecuado es cuidar la casa común, la casa en la que todos buscamos nuestro sitio y podemos desarrollar nuestras responsabilidades. La preocupación del papa Francisco es *«unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral»* (“*Laudato Si*”, 13). Y eso implica un cambio en nuestro estilo de vida.

Nosotros pensamos en la hora buena: la de recoger la cosecha, sea la que da la tierra, sea la del resultado logrado después de horas de estudio o de trabajo o de tiempo invertido en la educación de una persona. Así es la alegría de nuestro Dios cuando contempla a sus hijos y a sus hijas felices porque son capaces de colaborar juntos en el cuidado de la creación.

Jesús se nos ha descrito como la *«Luz»* que ilumina nuestro camino, como el *«Buen Pastor»* que se preocupa por cada uno de nosotros, su “rebaño” y como la *«Puerta abierta»* que nos permite entrar y conocer el amor de Dios nuestro Padre. Hoy, se define como *«el sembrador»*. Con esta denominación nos describe el arte de anunciar y difundir la palabra de Dios entendida como una semilla sembrada en los corazones.

Existen, en verdad, personas con esos corazones de piedra, llenos de punzantes espinas y superficiales como el asfalto. La parábola nos interpela a preguntarnos: **¿Qué clase de tierra es mi corazón, qué frutos produce y cómo podría llegar al máximo de fecundidad?** Y, nos afecta a los cristianos de dos maneras distintas: como campos de siembra y como sembradores. Somos al mismo tiempo receptores y sembradores de la palabra de Dios.

Los fieles que oímos con sincero corazón y deseamos cumplir nuestras obligaciones de creyentes, podríamos decir con humildad: por la gracia de Dios, mi corazón no es ni totalmente insensible como las piedras, ni hiriente como las espinas, ni frívolo y superficial como el asfalto. Pero con la misma sinceridad tendremos que confesar también: mi vida, sin embargo, no es suficientemente rica en frutos de buenas obras. Quizá hay en ella cosechas del 5 o 10 o 30 por uno, cuando debería producir el 60 o el 100. Lo que queda entre la realidad y las posibilidades es frustración y vacío que Dios me invita a llenar.

El mensaje de la parábola es, por lo tanto, positivo y estimulante. No pretende Jesús catalogar ni describir la realidad de los corazones existentes para un estudio psicológico o sociológico. Su catalogación es un instrumento didáctico para enseñarnos: ¡Tú puedes dar más!, tú puedes hacer más fecunda tu vida hasta llegar al 100 por uno.

DOMINGO XVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 12,13.16-19): *El justo debe ser humano.*

Salmo (85,5-6.9-10.15-16a): *«Tú, Señor, eres bueno y clemente»*

2ª lectura (Romanos 8,26.27): *El Espíritu intercede por nosotros.*

Evangelio (Mateo 13,24-43): *Los justos brillarán como el sol.*

Como hijos queridos de Dios tenemos que vivir en tensión, para saber vaciarnos de tantas falsas seguridades sobre las que tendemos a construir nuestra vida: “*el deseo de destacar por encima de los demás*”, que siempre crea ruptura y división; “*las falsas grandezas de querer tener más*”, que nos encierran y aíslan de los otros; “*el buscar reconocimiento de lo que hacemos*”, que crea dependencia y malestar y siempre nos separan; rompiendo así la fraternidad querida por Dios.

Dios quiere ser nuestro «*único*» Dios, para eso, para que en nuestro corazón y durante toda la vida, lo descubramos como quién de verdad es: como un Pastor que cuida de todos con mimo y entrega (busca la oveja perdida para reintegrarla a la seguridad del redil), y que se manifiesta en la vida de sus hijos. ¡Sí!, nuestro Dios es el Dios de la acción, que muestra su grandeza en la compasión, en la misericordia, en el apoyo del que siente su vida como una carga (y no como una grandeza y posibilidad). Y nunca se cansa de enseñar –eso hacen los buenos padres– a sus hijos, pero haciendo siempre familia, una comunidad.

Estamos llamados a ser comunidad, a no crear nunca rivalidad. Ningún Padre quiere a sus hijos divididos, y tampoco el nuestro. Nada de «*buenos y malos*», porque todos fallamos, y todos podemos cambiar. Nos tenemos que dar, a nosotros y a los demás, las oportunidades que hagan falta, sin dar a nadie por perdido. Pero todos llamados a dar fruto.

Hoy la Palabra nos pone buenos ejemplos de cómo tenemos que ser y vivir los cristianos: como una semilla que da fruto, como un grano de mostaza bien pequeño, o como la levadura en medio de la masa, llamados a crecer, a dar frutos, a que el mundo sea mejor, más de Dios. Eso sí, con entrega y desde el silencio, que si nos faltan las fuerzas, ya tenemos el Espíritu, para que «*todos vean nuestras buenas obras y den gloria a Dios*».

Salta a nuestra mente una primera pregunta a la explicación que el Maestro da a la parábola del trigo y la cizaña: **¿Tan semejantes son el bien y el mal que llegan a confundirse?** El bien y el mal existen desde los tiempos de Caín y Abel hasta los actuales asesinos, violentos, explotadores y dictadores fanáticos.

Dos líneas históricas se desarrollan en paralelo: una es la línea del dolor, necesidad, muerte, con referentes históricos (en los últimos tiempos: Auschwitz, Hiroshima, Vietnam, Ruanda, etc.) Nombres unidos a la violencia, el odio, el sufrimiento y la muerte. Ante tantos horrores, son muchos los que lanzan la eterna pregunta en el sentido de acusación **¿Cómo pudo permitir Dios tanto horror?** La misma duda que reflejan los criados de la parábola: **¿Quieres que arranquemos la cizaña?** Es también nuestra pregunta, en alta voz o por lo bajo: **¿Por qué permite Dios todo esto?**

Los fundamentalistas de todos los colores son siempre partidarios de soluciones drásticas e inmediatas: ¡Arrancarlo todo! Los relativistas, ateos o agnósticos indiferentes no se sienten ni afectados ni aludidos: **¿A mí qué, no es mi problema?** Dios tiene y aconseja paciencia a todos hasta el tiempo de la siega.

El mal y el bien suelen ser distinguibles aunque anden mezclados en el mundo y en el corazón del hombre. Pocas veces hay una persona tan mala que no sea más que mala, ni una persona tan buena que no sea más que buena. No hay monstruo humano que no tenga sus seguidores y no sea amado y respetado por alguien. Ni tan perfecto y bueno que no tenga sombras. El compromiso humano está en la lucha contra el mal en defensa del bien cuando son discernibles, dejando a Dios el discernimiento final. Pero es necesario advertir que no es lo mismo malo que molesto, ni lo bueno se identifica necesariamente con lo que queremos y nos gusta.

El deseo de Dios Padre y Pastor es que vivamos la plenitud a pesar de nuestra pequeñez humana, que solemos olvidar. Claro que somos limitados y débiles, pero aún ahí, actúa Dios con su Fuerza, y acude en ayuda de nuestra debilidad, para que sepamos pedir lo que nos conviene, que seguramente será distinto de lo que nosotros creemos.

Qué papel tan importante tiene entonces la oración en la vida cristiana: no para decirle a Dios lo que Él ya sabe, sino para que descubramos lo que Él quiere de nosotros. Orar para sentirnos criaturas, para vivir la libertad de los hijos, para acoger su Presencia y para que nos abra los ojos a lo que somos. Porque, como Padre, Dios nos acoge como somos, y nos lanza al ser perfectos en el mundo. Y, sin hacer categorías ni divisiones entre nosotros, porque el tiempo de los hombres es limitado y por eso tiene prisas. El tiempo de Dios no tiene fin.

DOMINGO XVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 3,5.7-12): *Da a tu siervo un corazón dócil.*

Salmo (118,57 y 72.76-77.127-128.129-130): *«Cuánto amo tu voluntad, Señor»*

2ª lectura (Romanos 8,28-30): *A los que llamó, los justificó.*

Evangelio (Mateo 13,44-52): *El Reino de los Cielos es una perla de gran valor.*

La atención del texto que la liturgia nos propone hoy, está en el Reino de los Cielos. Jesús no explica qué es. En las tres parábolas que relata hoy utiliza la misma fórmula: *«El reino de los Cielos se parece...»*. Quizá porque estas realidades tan sublimes el hombre solo las pueda entender por aproximación. Jesús no hace una explicación analítica de los elementos que componen el Reino. No, Jesús cuenta apasionadamente que el Reino de los Cielos, es lo más importante que a una persona le puede pasar. **¡No hay nada igual!**

El lector de las parábolas de Jesús sabe que tiene que llegar al mensaje a través de la forma en que se expresa. Las parábolas logran su fin cuando el lector comienza a dar a su vida nueva orientación a la luz del mensaje. Para una persona que vive en el límite mínimo de la existencia, un golpe de suerte en la lotería significa un cambio de vida. Para una persona en cuya vida Dios no es nada o no es más que un episodio marginal en algunas circunstancias, el descubrimiento de Dios o un encuentro personal con Él, significa un giro radical en el estilo de vida y en la interpretación de los valores humanos.

En el mercado de los valores humanos suelen hacerse ofertas especiales, superofertas para una vida feliz. Nadie puede decidirse por todo y se impone una selección de acuerdo con las posibilidades y necesidades: cuál es lo más urgente, lo más imprescindible, lo más práctico. Pero Jesús no habla simplemente de lo más necesario en referencia a otros productos prescindibles. Jesús habla de *«lo único necesario»* y absoluto que devalúa todo lo demás.

Probablemente los oyentes de Jesús esperaban oír otras cosas. Quizá deseaban oír hablar del reino de Israel, o de la liberación del yugo romano. Pero Jesús no habla del reino de Israel, sino del reino de Dios. Nos habla de un hombre que cultiva un campo arrendado, y por un golpe de suerte, descubre un tesoro enterrado y su vida cambia como la del que tiene suerte en la lotería o acierta un pleno al quince en las quinielas. También de un joyero que descubre una perla de gran valor desapercibida por los *“no entendidos”*. Este hombre se desprende de todo para comprarla. Ambos hombres comprenden que se hallan ante una ocasión única que no pueden dejar pasar.

Es muy importante notar el mensaje de estas dos primeras parábolas: los hombres que hicieron estos hallazgos no se quedaron quietos, fueron corriendo e hicieron todo lo necesario para poseer el tesoro y la perla. Desprenderse de todos puede resultar una operación dolorosa debido a valores sentimentales y al riesgo de opinión. Pero los dos hombres están seguros de haber realizado un gran negocio. Su proceder es inteligente y alabado por Jesús. Para el que ha descubierto el Reino de los Cielos ningún precio es demasiado alto. El Reino es Jesús y quien lo ha descubierto tiene que tomar postura. No se puede quedar quieto.

El punto final de estas parábolas es la alegría del hallazgo. Pablo estaba muy seguro de haber descubierto ese tesoro y de que éste había cambiado el rumbo de su vida: *«Todo lo que para mí era ganancia lo considero como pérdida comparado con la dicha de poseer a Jesucristo»* (Filipenses 3,7-8).

La tercera parábola de este evangelio nos relata una gran pesca: la invitación a formar parte de este Reino es para todos los hombres. Por eso en esa red se recogen toda clase de peces. Dios aceptará en su Reino a quien Él quiera. Pero no es menos cierto que según como cada uno vivamos nos haremos más o menos merecedores de entrar en el Reino.

Las últimas palabras de Jesús hacen referencia a un escriba que se ha hecho discípulo del Reino de los Cielos. Este hombre, dirá Jesús, es como un padre de familia que saca de su tesoro (su arca) lo antiguo y lo nuevo. En esta expresión última lo antiguo haría referencia al Antiguo Testamento, a la Torá y las tradiciones del pueblo de Israel, y lo nuevo haría referencia –lógicamente– a la novedad del Reino de los Cielos que Jesús ha venido a traer. El padre de familia no desecha nada que pueda servir para la educación y la felicidad de sus hijos, lo antiguo y lo nuevo. Así ha de hacer igualmente un cristiano.

Si el Reino de los Cielos puede empezar, de algún modo, aquí en la tierra, depende de nosotros. Cada día, cuando rezamos la oración del Padre nuestro, pedimos que *«venga a nosotros tu Reino»*. Pero para hacernos merecedores de ese Reino, además, de pedirle a Dios que venga, tenemos que trabajar ya aquí para hacernos merecedores de ese Reino. No olvidemos nunca estas palabras de san Ambrosio: *«Pues la vida es estar con Cristo; donde está Cristo, allí está la vida, allí está el Reino»*.

DOMINGO XVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55,1-3): *Acudid también los que no tenéis dinero.*

Salmo (144,8-9,15-16,17-18): *«Abres tú la mano, Señor, y nos sacias de favores»*

2ª lectura (Romanos 8,35,37-39): *¿Quién podrá apartarnos del amor de Cristo?*

Evangelio (Mateo 14,13-21): *Dadle vosotros de comer.*

El episodio de la multiplicación de los panes y los peces es uno de los más conocidos y comentados por sus implicaciones reales en la vida y en las necesidades humanas. Es también el único signo de Jesús del que se han ocupado los cuatro evangelistas.

Las masas se movilizan y manifiestan para reclamar derechos o para protestar contra situaciones intolerables. En el fondo profundo de las motivaciones humanas suelen estar, quizá de manera inconsciente, la búsqueda de la verdad, la justicia, el trabajo, la tranquilidad y la paz.

Las masas seguían a Jesús. Después de varios días de marcha estaban, naturalmente, fatigadas y hambrientas, pero antes de tener hambre ya se habían puesto en marcha detrás de él. **¿Qué fenómeno era el porqué de aquel apasionado seguimiento? ¿Qué fascinación irradiaba su persona o su doctrina?** Sin duda buscaban la salvación de Dios anunciada en sus palabras.

En el relato aparece el dato del muchacho que había metido en su mochila la provisión para la marcha (cinco panes y dos peces) y que pone generosamente a disposición de todos. Partiendo de ese dato, como de una materia prima, obra Jesús el prodigio, los discípulos distribuyen la comida y todos quedan saciados.

Una simple reflexión de lo aquí expuesto, lleva a una primera conclusión evidente: el hombre es siempre hombre, es decir, el ser humano se mueve siempre, aunque en diversas direcciones, en torno a los mismos temas ya expresados como Hambre, Trabajo, Necesidad, Amor, Muerte...

La necesidad llama diariamente a las puertas de la solidaridad humana con diferentes rostros y nombres. Puede estar provocada por catástrofes naturales o por abusivos comportamientos humanos. Es la parte negativa de la realidad: el dolor y la muerte. Lo positivo de las desgracias es el inmenso movimiento de solidaridad humana que provocan.

Los simbólicos panes y peces del muchacho del relato evangélico son puestos por muchos, con sentido solidario, en manos de los que acuden personalmente a remediar sus necesidades ocasionadas por la desgracia. Hay mucho bien oculto en el corazón. Todavía hay mucho sentido de prójimo.

La actual situación de precariedad económica que sufrimos, a causa, entre otras, de la pandemia que padecemos, ha generado un incremento demasiado importante de familias, que carecen de lo necesario e imprescindible para vivir. A la pregunta de **¿Qué podemos hacer?**, nos respondemos: *“Yo solo no puedo, yo tengo lo justo para ir tirando, a nadie de mi entorno familiar le sobra nada; eso lo tendrían que hacer los banqueros, los gobiernos, los...”*. **¿Qué fácil resulta ver la paja en ojo ajeno!**

El mapa del hambre cada día está resultando más extenso. Cáritas y los bancos de alimentos aumentan en número y en cantidades las familias asistidas para paliar la falta de trabajo, la miseria y el hambre. Mientras, los políticos, gastando muchos caudales públicos en grandes *“sueldos y prebendas”*; los banqueros, en especulaciones de todo tipo para incrementar su *“cuenta de beneficios”* y muchas otras familias, en lujos que llaman *“nivel de vida”*, y todos juntos provocando mayor miseria.

Tampoco las iglesias se libran: objetos sagrados para dar realce a las liturgias que pocos entienden; grandes templos que solo sirven para *“encerrar”* la buena nueva de Jesús de Nazaret; recaudación de dinero para **¿buenas obras?** Es verdad que los cristianos, cuando toca recoger para alguna causa justa y concreta, somos bastante espléndidos. Cuesta un poco más cuando se trata de apuntarse a grupos o equipos de solidaridad de una manera más continuada; no tenemos tiempo y nos da temor relacionarnos con gente que no conocemos.

Cristianos de todos los lugares han tenido la audacia de situarse en medio de la sociedad para decir a sus hermanos que el amor de Dios se experimenta en lo cotidiano, dentro y fuera de los templos, cuando es de verdad y nos va construyendo como personas humanas. **¡Ánimo, gentes de buen corazón!**

No nos toca juzgar, nos corresponde estar al loro de lo que pasa y ponerse de acuerdo para echar una mano y realizar pequeñas/grandes acciones, ayudando a alguna familias a que pueda comer e invitar a otros que hagan lo mismo; recoger comida de la que no tiene salida en los supermercados y organizar comidas gratuita, y denunciar, sin descanso, lo que hace la política del gran capital, olvidándose de bien social.

DOMINGO XIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19,9a.11-13a): *Sal y aguarda al Señor.*

Salmo (84,9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salvación»*

2ª lectura (Romanos 9,1-5): *Mi conciencia, me asegura que no miento.*

Evangelio (Mateo 14,22-33): *¡Qué poca fe! ¿Por qué has dudado?*

Ciertos pasajes bíblicos son tan elocuentes que las palabras quedan cortas para hablar de ellos, porque en sí mismos proyectan una imagen sumamente viva de la auténtica experiencia creyente, como el caso de Elías en el monte Horeb o de Pedro en el lago de Genesaret. Se trata de vivencias a la vez interiores y trascendentes, de sosiego y de sobrecogimiento a un tiempo, en que lo absoluto se hace inesperadamente presente un día cualquiera.

Este tipo de experiencias de Dios contrastan con un modo de ser de la sociedad moderna atravesada por miedos: miedo a un futuro incierto sometido a los vaivenes económicos, miedo a lo desconocido y al extranjero empujado por el terror y la guerra, miedo a las consecuencias de nuestros actos, sobre todo de carácter político y ecológico.

Sobre este sentimiento, y a través de los medios de comunicación, cabalgan numerosos jinetes del apocalipsis con sus soluciones ante el fin de la historia: cerrar la mano, proteger las fronteras, firmar pactos de dudoso cumplimiento.

Un cierto aire de salvación caracterizan todas estas propuestas, que en lugar de plantear soluciones a problemas invocan la grandilocuencia de un evento para tranquilizarnos sin socavar las raíces del miedo, sirviéndose más bien de este como instrumento de control. La unión de partidos políticos (meeting) ideológicamente dispares, la cumbre entre las grandes potencias que hace temblar la tierra, la fogosa fusión internacional entre empresas, son formas rituales para sociedades que han de aliviar sus temores.

El miedo es, por el contrario, algo extraño a la vivencia cristiana auténtica: su peso hace que nos hundamos bajo las aguas turbulentas, bajo las circunstancias adversas y problemas personales y sociales que no van a desaparecer sin más. El cristiano encuentra sin embargo otro modo de abordarlos: oyendo el susurro del monte Horeb o viendo la figura que se acerca a través del lago de Genesaret. La serenidad que transmite la presencia de Dios transforma el miedo en confianza.

Se trata de la serenidad que Jesús encontraba en la oración, que sobrecoge a la vez que reconforta, e impulsa al creyente a dar un paso hacia delante, a caminar por las aguas antes invencibles y aterradoras. Tal espiritualidad de la serenidad no es un fin en sí misma: buscar una quietud que deja todo como estaba, a unos creándolas y a otros profetizando desgracias. Se trata más bien de la posibilidad de vivir el encuentro confiado con el Hijo de Dios, cuya mano también nos agarra cuando nos hundimos.

El evangelio de hoy nos hace una descripción de lo que puede ser nuestra vida de seguidores de Jesús, de cada uno como individuos privados y de la Iglesia como colectivo. La vida de un creyente no está exenta de peligros. Es como caminar en la oscuridad de la fe, bajo amenazas de fantasmas reales o imaginarios. La fe no exime de riesgos y conflictos.

Los peligros reales pueden anunciarse con diferentes nombres: problemas económicos, circunstancias familiares escabrosamente difíciles, crisis personales de seguridad, de desorientación, de enfermedad, de soledad. La fe en Jesús ofrece protección, pero no exención de estos riesgos. La fe es confiar en alguien del que sabemos que es poderoso y vela aunque parezca estar ausente y a veces nos parezca un fantasma.

El reproche de Jesús a Pedro no niega la peligrosidad de las olas, sino la falta de confianza en la palabra de Jesús: *«¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?»*. Fe y seguridad en la presencia del Señor es el mensaje. Jesús puede llegar como un desconocido, incluso con perfiles de fantasma. **¡Pero es él!** En ese hombre está Dios con nosotros y con él a bordo todo es posible.

Hay miedos infundados y temores reales. Cuando los temores alcanzan un cierto grado de universalidad se llaman crisis. No ha habido en la Iglesia una larga época sin crisis, quizá tampoco en la vida de cada individuo. Toda crisis debe ser sometida a un proceso de análisis y reflexión. Quizá se descubra que los peligros no son reales, que detrás de lo que parece un fantasma está Dios, y que la angustia no es una amenaza real sino efecto del miedo.

Los miedos de la Iglesia deben ser analizados a partir del concepto mismo de Iglesia. Desde los primeros siglos se ve la Iglesia simbolizada en este relato. La *“barca”* cabecea pero flota. Son elementos comunes a toda singladura, a toda actividad en la historia del hombre. Hablar de miedo al presente o de poca perspectiva de futuro parece reflejar la conducta censurada por Jesús en este pasaje: *«¿Por qué teméis, hombres de poca fe?»*.

LA ASUNCIÓN DE MARÍA

1ª lectura (Apocalipsis 11,19a.; 12,1.3-6a.10ab): *Una mujer vestida de sol.*

Salmo (44,10bc.11-12ab.16): *«De pie a tu derecha está la reina»*

2ª lectura (1ª Corintios 15,20-27a): *Dios ha sometido todo bajo sus pies.*

Evangelio (Lucas 1,39-56): *¡Bendita tú entre las mujeres!*

A todos nos entra, alguna vez, la depre viendo todo lo que ocurre a nuestro alrededor. La información que nos llega no suele ser portadora de buenas noticias y la visión del mundo que eso genera no es positiva y optimista. Ansiosos por disfrutar de una vida y un mundo que merezcan la pena recibimos un goteo constante de datos negativos que alimentan un sentido pesimista y depresivo de la realidad. Quien no está atento a este hecho puede terminar asumiendo la negatividad hasta ver todo tan negro que la vida le parezca una noche sin fin.

Casos de personas así hay muchos. Y no es nada constructivo ni bueno para esas personas. Para superar esa desesperanza, llenar el vacío y recuperar el sentido necesitamos dirigirnos a las instancias que, efectivamente, pueden ofrecernos una esperanza que integre toda la negatividad y, a pesar de todo, nos abra un horizonte de futuro humano posible y satisfactorio, es decir, que nos salve de nuestra realidad.

Este es el significado de la figura de Isabel, una mujer estéril, sin hijos, sin futuro, con una sensación de vida inútil y vacía en una cultura y sociedad que necesitaba tener muchos hijos y encargaba esa función a todas las mujeres en edad fértil. En ese ambiente ella se encontraba carente de sentido y de valor. Paradójicamente, su nombre significa: *“Dios es la plenitud”*. Por eso dirige sus ojos a lo alto porque solo allí es donde puede encontrar solución a su vacío interior. **¡Y vaya si lo encuentra!**

María, uno de cuyos significados expresa la victoria de quien no se conforma al presente negativo y deshumanizante, también encuentra el sentido y la esperanza de su vida en lo alto, en Dios. Las dos mujeres nos ofrecen hoy un encuentro con su correspondiente diálogo en el que aparece la alegría, la esperanza y la visión abierta a un futuro que colma sus anhelos, llena sus vacíos y que desemboca en un himno que nos transmite a los demás, simbolizando en sus vientres, el sentido de una vida, dura y difícil pero preñada de esperanza.

¡Necesitamos encuentros así! Dios ha llenado con creces toda su sensación vacía y triste. Lo mismo que les ha ocurrido a ellas nos anuncia para nosotros. Por muy lastimosa y dramática que pueda ser la actualidad de nuestro mundo y la nuestra personal, si contamos con Dios, podremos cambiar nuestra percepción y la realidad misma.

¡No estamos solos! Dios es quien hará posible nuestra plenitud, Dios nos invita a no acostumbrarnos a un presente tan inquietante como nos lo presentan los medios de comunicación, a no caer en la indiferencia, madre de la insensibilidad solidaria. Su invitación nos moviliza a construir un mundo que, como el magnificat, ponga a los necesitados en el centro de nuestras preocupaciones y a la esperanza como la base de la cultura y de la convivencia.

La fiesta de la ascensión de María en cuerpo y alma al cielo está relacionada con los misterios del Señor, especialmente con el misterio de la Encarnación. Si Dios tomó un cuerpo humano, el cuerpo humano ha sido capacitado para recibir la gloria de la divinidad. **¡Seremos glorificados en cuerpo y alma!** Pero eso que la fe expresa en definiciones se entiende mucho mejor en el ejemplo concreto de una mujer glorificada. La glorificación de María, nos da un doble mensaje.

Lo primero es que María nos pertenece, es totalmente humana, totalmente de esta tierra. Es positivo considerarla e invocarla así, porque desde su terrenalidad nos dice: yo me voy, pero os dejo como consigna la convicción de que nuestra patria definitiva se encuentra en Dios. La tierra es provisional con un tiempo necesario para elaborar la dicha interminable por los caminos del Señor.

María se realizó en esta tierra. Su realización es respuesta a muchas dudas y preguntas. Como muchacha de Nazaret tenía sus ideales y como compañero de su vida había pensado en José. Como madre tuvo que saborear lo amargo que puede resultar la fidelidad a Jesús hasta el final. En Pascua pudo llenarse de la luz y la alegría de la resurrección. La fiesta de hoy nos recuerda que esa mujer no vive sólo en el recuerdo de los de los templos que se le han dedicado. Esa mujer vive la plenitud de la vida en cuerpo y alma en Dios.

Lo segundo es que María está con Dios. Pero ese estado definitivo no es un estado acorpóreo, sino corporal; no privado del cuerpo, sino con el cuerpo. Nuestras experiencias dicen que el cuerpo muere y se deshace. La fe enseña que no existiremos como seres etéreos sino corpóreos. Cómo puede realizarte todo eso es por ahora un misterio conocido sólo por Dios a quien corresponde realizar ese cambio.

La glorificación no se hace desde abajo hacia abajo sino desde arriba y hacia arriba, todo en virtud de la resurrección del Señor. María nos ilumina con la esperanza cristiana de la glorificación del ser humano en su totalidad. Ni la física ni la biología pueden dar una solución adecuada. La ascensión de María es, por lo tanto, una expresión de fe: Dios ama su creación, ama al ser humano como tal, como él lo ha creado, como hombre y mujer, como materia y espíritu. Así que, como María, viviremos en cuerpo y alma para siempre en Dios.

DOMINGO XX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 56,9a.1-6-7): *Practicad la justicia.*

Salmo (66,2-3.5.6 y 8): *«Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*

2ª lectura (Romanos 11,13-15.29-32): *Los dones y la llamada de Dios son irrevocables.*

Evangelio (Mateo 15,21-28): *Qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas.*

El evangelio que hoy proclamamos contiene expresiones que nos producen un cierto “escándalo”, son palabras muy duras en boca de Jesús cuando se le acerca aquella mujer cananea en busca de sanación para su hija, el Maestro dice a los doce cuando le piden que la atiendan: *«Solo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel»* y también a la mujer cuando pide socorro: *«No está bien echar a los perros el pan de los hijos»*.

Pero lo que realmente reflejan estas frases es la dificultad que tuvo la Iglesia de los primeros tiempos para abrirse a los gentiles. Por eso en este evangelio que está dirigido a cristianos procedentes del judaísmo y en confrontación con gentiles, el Señor quiere dejar clara la universalidad de la salvación. Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad, por eso la salvación en Cristo Jesús está ofrecida a todos los hombres.

Cuando Jesús expresa el *«Solo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel»* está manifestando la creencia judía de que la salvación mesiánica se limitaría al pueblo de Israel, no habían entendido las profecías que ya en el AT hablaban de que la salvación del Mesías alcanzaría a todos los pueblos. El profeta Isaías nos ha dicho en la primera lectura: *«Mi casa es casa de oración, y así la llamarán todos los pueblos»* y hemos respondido en el salmo responsorial: *«Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben»*, lo que pone de manifiesto que ya los profetas habían anunciado la salvación para todos los pueblos.

Cuando el Señor utiliza con la mujer la expresión: *«No está bien echar a los perros el pan de los hijos»*, lo que está haciendo es utilizar las expresiones que utilizaban las comunidades que procediendo del judaísmo utilizaban para con los gentiles, estos eran los perros, los hijos (o los amos), eran los judíos. Por ello, aquí lo que el Señor nos enseña es, que la descendencia no es la de la sangre sino la de la fe; que para ser hijos, y concretamente hijos de Abraham, tenemos que serlo por la fe; que no sirve aducir privilegios sino acoger la palabra de Dios en la fe.

Esto es lo que hace la mujer cananea que a pesar de los desplantes sigue insistiendo ante el Maestro, y ante su insistencia el Señor le dice: *«Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas»*. La sanación que aquella mujer imploraba se ha producido, no por pertenecer al pueblo de Dios, no por ser hija de Abraham, sino por tener la fe de Abraham. Esto debe hacernos reflexionar a nosotros, cristianos, miembros de la Iglesia, dándonos cuenta que no es ningún privilegio sino una gran responsabilidad acoger la Palabra en la fe y actuar en consecuencia, *«Guardando el derecho y practicando la justicia»*, como nos decía el profeta Isaías en la primera lectura.

¿Es nuestra fe como la de la mujer cananea? Mateo escribió esta historia consciente de que en ella se describe el ideal de la fe cristiana a la que Jesús atribuye el poder de hacer milagros y de trasladar montañas. Una mujer del mundo antiguo, casi sin derechos en la sociedad, no perteneciente al pueblo de las promesas, insiste en su petición y no para sí misma sino para su hija. No pide prestigio, ni éxitos, ni grandeza sino solamente la salud y esto sin sentirse ofendida ni desistir en su empeño, sin alegar méritos, implorando sólo la misericordia de Dios y lo espera todo de su amor sin alegar derechos, poniéndose en el lugar que le corresponde. Somos seres necesitados del poder de Dios de quien recibimos todo gratuitamente, como un don.

Jesús había enseñado la necesidad de perseverancia en la oración confiada. Pero la perseverancia no basta sin fe profunda. Sería tenacidad humana, testarudez u orgullo, pero no confianza filial. La confianza con la que la mujer persevera en su petición sabiendo que, también ella, es objeto de la misericordia de Dios pertenece al núcleo del mensaje: *«Si tuvierais fe... Reza a tu Padre en secreto... Dios sabe lo que necesitáis...»*. La fe humilde que se siente dependiente y necesitada es una virtud que choca con la autosuficiencia humana “*es humillante pedir*”.

Las grandes crisis en la Iglesia suelen ser, ante todo, crisis de fe. El hombre moderno aspira a una autonomía completa, a no depender de nadie más que de su esfuerzo y dinero, a ser artífice independiente de su propio destino. Orar con humildad es reconocerse necesitado y resulta molesto. Sin embargo, esa actitud de orgullo está en abierta oposición con la realidad de cada día: dependemos unos de otros y todos dependemos de Dios. Muchas veces es Dios el único que nos puede ayudar.

DOMINGO XXI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 22,19-23): *Lo que él cierre nadie lo abrirá.*

Salmo (137,1-2a,2bc-3,6 y 8bc): *«Señor, tu misericordia es eterna»*

2ª lectura (Romanos 11,33-36): *Él es el origen, guía y meta del universo.*

Evangelio (Mateo 16,13-20): *Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.*

Jesús se rodeó de un grupo de seguidores muy heterogéneo. Algunos de ellos eran sencillos pescadores, otros tenían más formación, muchos tenían una buena consideración social, otros no, la mayoría eran galileos. Había mayores y jóvenes, tranquilos o enérgicos, crédulos y dubitativos. Junto con ellos también participaban algunas mujeres y otros muchos que de manera ocasional o permanente se acercaban para escuchar la enseñanza del Maestro y contemplar sus signos. Un colectivo plural que expresaba universalidad. La experiencia común de todos ellos era haberse encontrado con el Maestro.

Al lado de Jesús descubrieron una nueva forma de vivir y de amar, de relacionarse y de participar con el proyecto del Señor: hacer realidad el Reino de Dios. El camino de aprendizaje fue lento, cargado de dudas y también errores, de incomprendiones y malos entendidos. El Maestro, una y otra vez, repetía su enseñanza, les explicaba todo y recordaba lo fundamental.

¿Quién era Jesús para ellos? Sin duda, al comienzo, descubrieron a una persona fascinante que les cautivó. Pero, poco a poco, se dieron cuenta que era mucho más que un *“buen tipo”*. Aquellos hombres y mujeres descubrieron en Jesús al Cristo, al Mesías, al Hijo de Dios. Ellos progresivamente confesarían que Jesús era el Hijo de Dios que daba sentido a su existencia.

La encuesta tenía por objeto obtener información sobre la persona de Jesús, la opinión de la gente en general y la de los apóstoles en particular. Pedro, siempre apasionado, tardó poco en contestar: *«El Mesías, el Hijo de Dios vivo»*. Jesús lo era todo para él. A Pedro se le pide primero una respuesta y según esa respuesta se la hace una promesa: *«Sobre esta piedra edificaré mi Iglesia; te daré las llaves del reino de los cielos»*.

La palabra clave en todo este pasaje es la palabra *“poder, poderes”*. A Pedro se le prometen unos poderes que son desde hace tiempo objeto de discusión y manzana de discordia. El poder se le da como fundamento de unidad. Jesús promete primero y confirma después la promesa de hacer de Pedro el pastor supremo de la Iglesia. Este oficio pastoral se transmite a sus sucesores, que deben ser mirados por consiguiente con ojos de confianza y no de recelo.

Pedro recibe la denominación de *«piedra»*. Esa apelación se refiere más al cargo que a la persona o personas que lo detentan. Los Papas no han sido siempre rocas a lo largo de la historia. Pedro mismo dio muestras inequívocas de ser *“arena”* cuando negó por tres veces haber conocido a su Maestro.

Pero la debilidad de las personas, sostenida por la validez del cargo a ellas confiado, puede dirigir la Iglesia y confirmar en la fe a sus hermanos vacilantes. El Papa anuncia la fe y la vive; el Papa no es el señor de la Iglesia. El Señor de la Iglesia es Cristo. Los Papas son servidores de los creyentes en el Señor de la Iglesia.

Hoy nosotros escuchamos las mismas preguntas: **¿Qué piensa la gente de Jesús y quién es Jesús para ti?** Quizá tengamos que responder con tristeza: Señor, hoy la gente apenas se preocupa de ti. Hoy piensan en otras cosas y en otras personas. De ti apenas se han formado un concepto personal, ni una idea propia y precisa. Pero aunque no te sigan, aunque no te conozcan ni te hagan caso, son también muchos los que tienen de ti un elevado concepto. Te consideran grande, líder de la humanidad, campeón en la defensa de los derechos de los oprimidos, mensajero de fraternidad y de esperanza, aunque no lleguen a hacer suya la confesión de Pedro.

En la respuesta de fe de Pedro, tiene que estar también la nuestra. Jesús, el hijo del carpintero, el hombre que pasó haciendo el bien y proclamando un mensaje de esperanza es el Hijo Dios, es Dios mismo con nosotros, en nuestra vida y en nuestra historia. Nosotros, los cristianos, queremos que dirija nuestros pasos y nuestra vida.

El encuentro con Cristo Jesús transforma radicalmente la vida y nos capacita para vivir y actuar como él. Allí donde estamos queremos vivir lo que él nos ha enseñado. Amor, solidaridad, acogida, perdón... como primer paso para que todos conozcan a Dios. Cada cristiano y la Iglesia entera es parte del misterio de amor de Dios, Él se hace presente en nuestra vida y, por medio de nosotros, en la vida de otros. Todos estamos llamados a significar el amor y la cercanía de Dios.

El cristiano sabe que su vida es un acto de comunión y encuentro, de proximidad con todos y especialmente con los que sufren. Atar lo que está roto y curar las heridas. Ser artesanos de reconciliación. Regalar esperanza. Desatar los problemas, romper los nudos que aprisionan, acabar con las alambradas que separan. El encuentro con el Señor Jesús nos dará la fuerza necesaria para ser sus testigos allí donde estemos.

DOMINGO XXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Jeremías 20,7-9): *Me sedujiste, Señor.*

Salmo (62,2.3-4.5-6.8-9): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor»*

2ª lectura (Romanos 12,1-2): *Discernir lo que es la voluntad de Dios.*

Evangelio (Mateo 16,21-27): *El que quiera venirse conmigo que se niegue a sí mismo.*

De la fe en Jesús como Hijo de Dios se derivan para sus discípulos consecuencias inmediatas. Si Jesús no fuera más que un hombre tampoco podría redimir a los hombres. Pero siendo Hijo de Dios es también el Salvador, y el medio elegido para la salvación es la cruz. En nuestras celebraciones eucarísticas anunciamos la muerte de Cristo y proclamamos su resurrección hasta que venga. Esta profesión verbal de fe encuentra cada día oportunidades de expresarse de manera práctica y con perfiles propios. Es lo que nosotros, cristianos, llamamos “*proyecto de vida*”.

Si Jesús llevó la cruz hasta la muerte como testimonio de amor, los que queremos ser cristianos, debemos seguir su camino e imitar su ejemplo: *«Si alguno quiere ser mi discípulo...»* La filosofía de la cruz no se limita a la formulación de unos principios doctrinales abstractos, contempla más bien las cruces concretas de la vida humana. No anuncia con retórico entusiasmo la vocación cristiana como un estado o situación privilegio o resguardo de las adversidades; más bien expresa con crudo realismo las dificultades que la vocación conlleva: es necesario cargar con la cruz o cruces generales que la vida impone. Si la cruz puede llenar de sombras el paisaje de la vida, el amor con que se la echa sobre los hombros proyecta su luz de esperanza sobre el horizonte.

La cruz no puede ser alabada ni amada por sí misma. No es posible amar ni entusiasmarse con dos maderos cruzados utilizados para un bárbaro suplicio. Lo que la fe predica es al Crucificado que pende en ella por amor. La cruz que Él invita a tomar es todo esfuerzo que uno asume o se impone para ser fiel a la voluntad del Padre y esto “*como expresión de amor*”. Entendida así, la cruz es elemento transformador de todas las realidades humanas. Por eso, más que hablar de la cruz como condición costosa para el seguimiento de Cristo, debería hablarse de una elección de “*amor preferencial*”, y siempre debemos mirar más al Crucificado que a la cruz.

La ilusión por el futuro, los proyectos de vida para nosotros y los nuestros, el deseo de cambiar las cosas que no nos gustan, forman parte de nuestra condición humana. Es una experiencia universal. El joven sueña con tener un trabajo estable. Los enamorados, con formar una familia. Los emprendedores, con alcanzar los objetivos previstos y superarlos. Los proyectos en sí mismos, no son nunca malos, sino deseables y necesarios. Otra cosa será el objetivo que nos marquemos.

También en la vida religiosa, como creyentes y discípulos, soñamos, nos ilusionamos y nos movemos por proyectos: queremos progresar en el conocimiento de Jesús, queremos ver cómo servir mejor a la Iglesia, queremos ser testigos creíbles en nuestros ambientes. Muchas personas llevan con su grupo de vida, con su comunidad de referencia, o con su acompañante espiritual un “*proyecto de vida*”.

Cuando nos adentramos en este mundo complejo de los proyectos de futuro, no nos referimos solo a realidades secundarias, sino en aquello que va a marcar nuestra vida, nuestras opciones fundamentales. Por eso debemos pensar en el deseable éxito, pero también en la posibilidad de los fracasos. Ahora bien, nadie quiere experimentar la dureza de la frustración en su vida; por el contrario, todos queremos ser personas que puedan decir al final de sus años: “*He vivido y he dejado vivir; he sido feliz y he hecho felices a los que me rodean*”.

En muchos lugares se ofrece, cada vez más, “*propuestas de sentido*”. Los más atrevidos, sirviéndose de las campañas publicitarias, podrían decir: “*Usted puede tener éxito en su vida*”. **¿Quién no se acercaría a preguntar por esta propuesta? ¿En qué consiste? ¿Qué hay que hacer?** Jesús habla en su evangelio de «*ganar*» y de «*perder*» la vida. Son dos posturas contrapuestas: Pedro piensa como pensamos los hombres: “*Un fracaso evidente o una frustración palpable nunca puede interpretarse como un éxito*”. Jesús nos invita a entrar en el mundo de la paradoja: «*El que gana su vida la pierde, y el que la pierde la gana*».

En la primera lectura hemos escuchado la confesión del profeta Isaías: alguien tocado por Dios y por su palabra: él la querría sofocar, querría callar, pero es como un «*fuego abrasador*». El que ha hecho experiencia de Jesús no se puede callar. El que sigue a Jesús, aunque pueda parecer que «*pierde*» a los ojos humanos, «*gana*» según los criterios del Reino. Jesús habla claro y a la vez nos pide que tomemos nuestras decisiones. **¿En qué consiste ganar la vida? ¿Cuándo planifico mi “proyecto de vida” tengo en cuenta a Jesús y su Evangelio?**

DOMINGO XXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 33,7-9): *Si no hablas al malvado, te pediré cuentas de su sangre.*

Salmo (94,1-2.6-7.8-9): *«Ojalá escuchéis hoy su voz»*

2ª lectura (Romanos 13,8-10): *La plenitud de la ley es el amor.*

Evangelio (Mateo 18,15-20): *Repréndelo a solas entre los dos.*

Como en todo grupo humano, en la comunidad de Mateo también aparecieron problemas internos. Mateo debió hacerse preguntas parecidas a las siguientes: **¿Cómo actuar cuando hay conflicto en el seno de la comunidad cristiana? ¿Cómo proceder cuando un miembro de la comunidad se comporta de manera incoherente con lo que ha de ser el seguimiento de Jesús?** Con toda seguridad, Mateo se acordó de Jesús y de su manera de afrontar los conflictos en el grupo de los doce.

Mateo se acordaba muy bien de las ambiciones personales y de las frecuentes discusiones. En su memoria aparecía nítido el momento en el que la madre de Santiago y Juan le pidió a Jesús un puesto de honor para sus hijos. Pero, sobre todo, recordaba la respuesta de Jesús. Primero les hizo caer en la cuenta de cómo los poderosos se imponen y oprimen a los pueblos; pero, sobre todo, se acordaba de sus palabras: **«Entre vosotros no ha de ser así. El que quiera ser grande, que sirva a los demás»** (Mt 20,26-27).

Tampoco olvidaba Mateo aquella discusión que se traían sobre quién era el más importante. Le preguntaron a Jesús su parecer y éste llamó a un niño, lo puso en medio y les dijo: **«Si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de Dios. El más importante es el que se vuelve como este niño»** (Mt 18,1-4).

A la luz de Jesús quedaba claro, para Mateo y para nosotros, que las relaciones en la comunidad cristiana no pueden asentarse sobre valores como el egoísmo sistemático, el afán de poder y de riqueza, el individualismo, la indiferencia o desprecio del otro. El Evangelio sitúa las relaciones en otro plano. El valor fundamental ha de ser el servicio: vivir la vida, no al servicio de mis intereses particulares, sino al servicio de los otros. Eso fue lo que hizo Jesús.

Corregir al que yerra se incluía entre las obras de misericordia que el viejo catecismo nos enseñó. Corregir no es alabar. Si la alabanza, aunque no sea verdadera, se recibe bien porque halaga, la corrección suele resultar molesta porque humilla. Sin embargo, la corrección fraterna, paternal, amistosa, del que comete un error o vive contra el evangelio dentro de la familia, o de la comunidad parroquial, o del ámbito de tu influencia es un deber impuesto por el amor cristiano.

La Iglesia es una comunidad de los santificados que permanecen pecadores y siempre son amados por Dios. Nadie es perfecto y todos tenemos la posibilidad de pecar. **¿Cómo hay que reaccionar si uno peca gravemente y ese pecado se hace notorio con desprestigio del mensaje cristiano y de la comunidad?** Siempre hay ojos “inquisidores”, cerrados a las propias vigas y escudriñando las pajas ajenas en busca de motivos de acusación y de condena. **¿Cómo debemos reaccionar?**

El evangelio pide a los cristianos una conducta como la luz para que **«los que vean esas obras den gloria al Padre que está en los cielos»** (Mateo 5,16). **«Pero si uno da motivos fundados para que se blasfeme entre los gentiles el nombre de Dios»** (Romanos 2,24). **¿Qué normas de doble efecto deben seguirse para ayudar al hermano y velar por el evangelio?**

Dice el papa Francisco: **«Dentro del Pueblo de Dios y en las distintas comunidades, ¡cuántas guerras! La mundanidad espiritual lleva a algunos cristianos a estar en guerra con otros cristianos que se interponen en su búsqueda de poder, prestigio, placer o seguridad económica»** (Evangelii Gaudium, 98). **¿Qué hacer las comunidades cristianas en medio de un «mundo lacerado por las guerras y la violencia o herido por un difuso individualismo que divide a los seres humanos y los enfrenta unos a otros en pos del propio bienestar?»** Francisco nos pide esto: **«A los cristianos de todas las comunidades del mundo, quiero pedirlos especialmente un testimonio de comunión fraterna que se vuelva atractivo y resplandeciente. Que todos puedan admirar cómo os cuidáis unos a otros, cómo os dais aliento mutuamente y cómo os acompañáis: «En esto reconocerán que sois mis discípulos, en el amor que os tengáis unos a otros»** (Jn 13,35)» (Evangelii Gaudium, 99).

La ley del amor cristiano debe prevalecer siempre y por encima de todo. El contexto en que se inserta este pasaje nos permite conocer mejor el espíritu de su mensaje. Sigue al relato de la parábola de la oveja perdida con la alegría del hallazgo y precede a la pregunta de Pedro sobre el número de veces que debe perdonar a su hermano. Nadie está excluido del perdón y nadie tampoco está confirmado en gracia. Este texto demuestra por una parte la necesidad de normas prácticas para velar por la autenticidad de la vida cristiana en su santidad original. Por otra parte debe presidir el principio de que las normas y leyes se hacen para ayudar y están subordinadas al bien del hermano.

DOMINGO XXIV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Eclesiástico 27,33. 28,9): *Perdona la ofensa a tu prójimo.*

Salmo (102,1-2,3-4,9-10,11-12): *«El Señor es compasivo y misericordioso»*

2ª lectura (Romanos 14,7-9): *Si vivimos, vivimos para el Señor.*

Evangelio (Mateo 18,21-35): *Hasta setenta veces siete.*

La primera lectura y el Evangelio tocan un punto básico en las relaciones interpersonales, tanto a nivel social como en la comunidad cristiana: creer que yo tengo derecho a ser perdonado y amado por Dios y, sin embargo, no reconocer que quien me hace daño tiene el mismo derecho a que yo lo perdone.

El perdón no es cosa de números porque no se puede encerrar ni expresar en números lo que debe ser un impulso del corazón lleno de amor. Jesús manda amar como él ha amado e impone la misma norma para el perdón: hay que perdonar de corazón. Dios ofrece siempre su perdón pidiendo que sus hijos imiten esta conducta como condición para crear el mundo nuevo y la sociedad nueva de los hijos de Dios.

La enseñanza sobre el amor fraterno son un mensaje muy actual lo mismo a nivel individual que de colectividades. El mundo de los hombres es un espacio cruzado de intereses bastardos que degeneran fácilmente en odios y se expresa en violencias y revanchas. Puede suceder entre individuos o entre grupos y etnias. A nivel individual lamentamos crímenes absurdos en medio de heroicos testimonios de perdón cristiano. A nivel colectivo imágenes atroces de masacres en conflictos territoriales, étnicos y religiosos.

Se trata siempre de los mismos odios por intereses y egoísmos incalificables. Un orden impuesto por la fuerza puede garantizar una paz provisional, pero, si los corazones no están en paz, llegada la ocasión surgen, como malas hierbas, los odios que envenenan el ambiente. Se mata por el placer de matar, por espíritu de grupo, sin respetar derechos, personas ni vidas. El hombre sin ley de Dios es una mala bestia

Una paz duradera y estable tiene que nacer desde dentro, del perdón y de la reconciliación definitiva de los implicados en el conflicto. Por razones de humanismo, para vivir como seres racionales hechos para la convivencia social con respeto a los derechos ajenos y comprensión para las debilidades humanas. Todo ser humano tiene limitaciones, comete errores, pecados que piden comprensión mutua y perdón como medio imprescindible de convivencia.

Pero el perdón es además una condición puesta por Dios. El perdón pertenece a la esencia del mensaje evangélico. Todos debemos perdonar porque todos estamos necesitados de perdón. Dios perdona nuestras deudas (siempre mayores), a condición de que nosotros perdonemos las deudas a los demás (siempre menores y más pequeñas). Perdonar no significa necesariamente olvidar o renegar de un pasado culpable ni excusar por las buenas; es aceptar al otro como es y reconocerle capacidad de regeneración tal como le considera y ama Dios.

En la vida social y en la vida eclesial no hay amor sin justicia, especialmente cuando la justicia trata de dar a cada uno lo suyo porque entonces es cuestión de dignidad y principio de igualdad. Soy consciente de que si la misericordia es solo compasión, fácilmente se convierte en un paternalismo que no favorece la justicia ni el crecimiento de las personas ni de los grupos sociales.

Sin embargo, cuando veo a esos grupos de personas en las entradas de los juzgados gritando a quien todavía no ha sido juzgado, me da la impresión de que la justicia es más deseo de venganza que de justicia. Que somos justos cumplidores de la ley del embudo: *“lo ancho para mí, lo estrecho para el vecino”*. Que tienen en cuenta la ley, pero no son legalistas. La ley se subordina al bien de las personas, no al capricho de las mismas. La persona siempre es más que el mal que hace. Por lo mismo, el creyente, que ha sido perdonado promoverá el amor que transforma.

Y no me olvido del mal que cada uno de nosotros realiza, sea consciente o inconscientemente. En estos casos, el creyente pide perdón, pero no dispone que se lo concedan aquellas personas a quienes ha ofendido. Pero siempre queda la posibilidad de pedir a Dios que conceda un corazón misericordioso a quien le hemos pedido perdón y no nos lo ha concedido.

Un buen ejercicio para esta semana sería tomar conciencia de alguna realidad en la que me cuesta perdonar. Y pensar si esa dificultad procede de la imagen propia que ha quedado vulnerada, de una falta de confianza en mí, de una necesidad de afirmarme a mí mismo... Y sin dar demasiadas vueltas a mis derechos, **¿me atrevería a amar a lo tonto, pasando por tonto?** El criterio último para el cristiano no es la justicia que reivindica, sino el amor que perdona desinteresadamente.

DOMINGO XXV DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 55, 6-9): *Vuestros caminos no son mis caminos.*

Salmo (144, 2-3.8-9.17-18): *«Cerca está el Señor de los que lo invocan»*

2ª lectura (Filipenses 1, 20c-24.27a): *Para mí la vida es Cristo.*

Evangelio (Mateo 20, 1-16): *Los últimos serán los primeros y los primeros los últimos.*

Jesús sigue con su labor de catequista, nos está enseñando en qué consiste el Reino de Dios. Cuál y cómo es su naturaleza. Él conoce íntimamente al Padre, por eso sabe muy bien lo que dice. Hoy nos relata la parábola de un propietario que tenía una viña y que salió en diversos momentos del día a buscar jornaleros para su viña. Si el Señor de la parábola representa a Dios que sale a diversas horas en busca de jornaleros, hay un primer mensaje de carácter universal: Dios busca continuamente trabajadores para su viña.

En su plan de salvación quiere Dios la ayuda de los hombres para llevar a cabo esa obra. Esa colaboración humana la quiere de todos y debe ser solidaria, sin envidias y por amor. La viña es el mundo entero y todos somos invitados a trabajar en la esperanza de una recompensa cierta. Si la parábola se lee desde las categorías humanas, pueden surgir dificultades de interpretación, porque será una lectura en términos de ambición y egoísmo en lugar de altruismo y solidaridad. No se trata aquí de un problema de justicia, sino de gracia.

Las faenas por el Reino de los cielos comienzan bien pronto (desde el amanecer a la vida) y acaban al caer la tarde (hasta la postrera llamada). El protagonista es el propietario, Dios, que cada mañana sale al encuentro de los hombres. Esta primera parte de la parábola que nos cuenta que a cualquier hora hay trabajo que hacer por el Reino podría evocar una realidad bien hermosa: ese trajín que Jesús llevaba en su ministerio público, donde muchas veces apenas tenía tiempo para descansar porque se entregaba totalmente a la tarea. Todas sus horas eran para los demás.

El momento chocante de la parábola es el momento de la paga, al atardecer. Los jornaleros de la primera hora esperaban cobrar más que aquellos que habían trabajado solo unas horas. Pero las cosas no resultaron así. El sueldo fue igual para todos: *“un denario”*. El dueño de la viña dio a cada uno lo pactado pero a los últimos los equiparó con los primeros. Lo cual en la lógica humana resulta una injusticia.

El dueño de la viña se justifica y su argumento es tan aplastante que, ante él no cabe recurso alguno: *«lo que yo hago no es injusticia contra vosotros (los primeros), sino generosidad con estos, (los últimos)»*. No es agravio sino bondad. El mensaje principal de esta parábola está en las palabras con que el dueño de la viña justifica su conducta: *«yo soy bueno»* y además de pagar el contrato quiero hacer un regalo a estos últimos porque también ellos necesitan dinero para comer.

¿Eres tú envidioso porque yo soy generoso? A veces resulta fácil alegrarse del bien ajeno, pero la envidia crea situaciones en las que la alegría de unos entristece a otros. Dice un proverbio popular: *“hay quienes pasan hambre con gusto con tal de que otros no coman”*. En un corazón pequeño no hay espacio para la dicha de todos; se piensa que la dicha de unos perjudica necesariamente a otros. De ahí proceden las divisiones, envidias, rivalidades, trampas y zancadillas para que nadie haga sombra.

Jesús quería preguntar si los *“piadosos”* se alegraban o entristecían por el hecho de que Dios sea bueno con todos. En el reino de Dios no es posible la envidia y como el reino de Dios ha llegado ya, todo candidato al reino tiene que desterrar la envidia de su corazón y congratularse del bien ajeno. La parábola nos habla de la generosidad de Dios para todos los que alargan las manos vacías. **¿No es esta una buena noticia?**

Nuestra aceptación por Dios no depende del rendimiento o productividad que demos en la vida. El hecho de existir es ya una razón para amar. Y en las oficinas de empleo del reino de los cielos está siempre esperando el buen Padre celestial a todo el que llega para hacerle partícipe de los bienes de su bondad.

Parece ser que detrás de esta parábola estaba la realidad de la comunidad cristiana de Mateo. En esa comunidad se estaban incorporando personas que provenían del paganismo y los que ya formaban parte de ella, que eran la mayoría de origen judío, no veían bien que los últimos en llegar tuvieran la misma posición que ellos que habían estado desde el principio. En la viña del Señor hay espacio para que todos trabajemos. Los de la primera y los de la última hora. Dios pagará cuánto Él quiera y como Él quiera.

Esto de los últimos y los primeros... **¿qué nos quiere decir?** Quizás debiéramos entenderlo como una advertencia: a lo mejor tú llevas muchos años participando en la vida de la parroquia, de sus grupos... A lo mejor hace poco se ha incorporado a tu parroquia o a tu grupo otra persona que acaba de descubrir a Dios... **¿Te vas a creer mejor que ella, más preparada, con más experiencia en las cosas de Dios?**

Con la alegría de los últimos y a pesar de la indignación de los primeros, este evangelio es para todos una alegre noticia. Esta parábola nos quiere enseñar que la lógica de Dios no es la lógica de los hombres. Podríamos definirla como una lógica ilógica. Esta es la gran enseñanza sobre Dios: *«Mis planes no son vuestros planes, vuestros caminos no son mis caminos»*.

DOMINGO XXVI DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Ezequiel 18, 25-28): *¿es injusto mi proceder?*

Salmo (24, 4bc-5.5-7.8-9): *«Recuerda, Señor, que tu misericordia es eterna»*

2ª lectura (Filipenses 2, 1-11): *¡Jesucristo es Señor!*

Evangelio (Mateo 21, 28-32): *Después de ver no os arrepentisteis.*

Las asociaciones, las empresas, los estados se dotan de regulaciones, legislaciones, constituciones: modos de aspirar a la justicia en sus diferentes formas. Esta inflación normativa va, sin embargo, acompañada de cierta insensibilidad hacia formas de injusticia que se asumen como parte integrante de la sociedad o de la condición humana y, por lo tanto, del marco de justicia al que aspiramos.

La convicción de vivir en una sociedad relativamente justa –donde los delitos se persiguen, la corrupción escandaliza o se censura la violencia (en casa, en el colegio, en el campo de fútbol)– crea la impresión de que somos buenos y correctos ciudadanos y participamos de su acción beatífica. Tal sensación abstracta de bondad oculta el hecho de que la injusticia es algo muy concreto: aquello que sufren las personas, y lo que nuestras acciones y omisiones también sostienen. Ocurre que, como en tiempos de Jesús, los socialmente “justos” no reconocen que la primera forma de injusticia es la propia: la que uno realiza con su modo de vida y comportamiento.

Los mismos que defienden leyes justas, pero sin reconocer las formas de opresión y dominación que realizan, señalan con el dedo a los “injustos” (corruptos o publicanos, incívicos o prostitutas). El cumplimiento de las leyes no asegura el seguimiento de la Ley del Amor, como la que Pablo pedía a la comunidad de los filipenses, entre quienes el bien de los demás se tenía que poner por delante de los intereses de cada cual.

Jesús hablaba directamente a los “justos” de su país enseñándoles que la justicia auténticamente humana no es la que se prescribe en papel sino la que se realiza entre las personas. La Justicia es ante todo un camino personal, de relación y relaciones personales, guiado por la Ley del Amor. Y andar por él requiere siempre un volver a andar la propia vida, una conversión, que reconoce la propia injusticia que uno hace, a veces incluso sin quererlo, porque uno se ha acostumbrado a ella, o porque no sabe o puede vivir de otra manera que como un publicano o una prostituta.

Estos, “pecadores”, que conociendo su propia injusticia se esfuerzan por trastocarla, que escuchando con humildad reconocen sus incoherencias, que se atreven a dejarse transformar y a andar un camino incierto tras las huellas de Jesús, hacia mayores cotas de amor, libertad y justicia, llevan la delantera hacia la amistad con Dios en su Reino.

Si leemos precipitadamente este pasaje evangélico podríamos sacar la conclusión de que Jesús estaba a favor de los “pecadores” y en contra de los “piadosos”. **¡Nada más erróneo!** Jesús no atacó a los cumplidores de la ley por el hecho de ser “piadosos”, sino por ser inauténticos: **«dicen pero no hacen»** (Mt 23,3). Tampoco salió en defensa de los publicanos y prostitutas por el hecho de que hubieran pasado la mitad de sus vidas de espaldas a Dios, sino por el “**SÍ**” dado en la otra mitad después de su conversión.

A través de la parábola de los dos hijos pone en evidencia la calidad de una fe y la sinceridad de una vida en el espíritu, para insistir, una vez más, en que no son las apariencias superficiales, sino las actitudes profundas del corazón, las que nos acercan a Dios. Ante el que vale un solo acto inteso que mil remisos. En muchos pecadores y paganos descubrió Jesús mayor fe que en los piadosos de Israel (Mt 8,10; 15,28). Éstos dijeron sí a la letra de la ley, pero no aceptaron el mensaje del enviado de Dios.

La palabra de Dios incide directamente sobre la conciencia para dejar al descubierto la sinceridad o ficción de un corazón expresada por las obras y no por las palabras. Es el primero de los hijos el que, en efecto, cumplió la voluntad de su padre porque fue a trabajar a pesar de la inicial negativa, y no el segundo, a pesar de sus buenas palabras iniciales.

Muchos cristianos, hijos de la Iglesia, reproducimos con demasiada frecuencia la conducta del segundo hijo de la parábola. Somos teóricos del sí, profesionales de un “**SÍ**” que después se convierte en “**NO**”. En el bautismo, por ejemplo, se pregunta a los padres y padrinos si están dispuestos a educar en la fe a ese bautizado, a lo que se responde con la palabra ensayada: “**SÍ**”.

Más tarde vuelve ese niño a recibir la primera comunión, y luego la confirmación, y repite las promesas que quizá ya está empezando a no cumplir. Los adultos se acercan a recibir el sacramento del matrimonio y todos responden “**SÍ**” a las preguntas que se le hacen: **¿Estás dispuesto, estáis dispuestos...?** Responden sí de palabra que pronto se convierte en no de obras. Sucede como en la vida política: *“los hechos no corresponden siempre con las promesas”*. Cuando el evangelio habla de conversión, la entiende como una necesaria y sincera revisión de vida con el consiguiente cambio. **¿De qué sirve avanzar si se va por el camino equivocado?**

DOMINGO XXVII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 5, 1-7): *¿Qué más podía hacer por la viña?*

Salmo (79, 9 y 12.13-14-15-16.19-20): *«La viña del Señor es la casa de Israel»*

2ª lectura (Filipenses 4, 6-9): *Lo que visteis en mí ponédlo por obra.*

Evangelio (Mateo 21, 33-43): *Se os quitará a vosotros el Reino de los cielos.*

Estas lecturas de hoy me hacen recordar lo que me contó un amigo riojano que tiene una viña. Es una herencia de su padre que, embelesado con ella, se la regaló por ser el hijo con más sensibilidad para vivir la misma relación que él tuvo con ella. En esta historia de afecto por la viña, mi amigo, encantado con ella, dice que no la abandonará nunca porque le permite pasar muchos ratos, aunque diste bastantes kilómetros, que la mimará con los cuidados siempre necesarios como: podarla, cavar alrededor de las cepas, despuntar los falsos sarmientos, verter abonos apropiados a sus carencias, vendimiar, llevar muestras al enólogo, vigilar el proceso de fermentación y, finalmente, trasladar el vino de unos depósitos a otros y, orgulloso, embotellar el fruto esperado, más aún, anhelado.

Luego, habla babeando de sus amaneceres en el campo, de sus preocupaciones con la sequía, el miedo al hielo que puede herirla, la alegría del agua que cae suavemente sobre ella empapándola, el retraso de la primavera o el pánico a las enfermedades, al exceso de alcohol o a la acidez al paladar. Por todo hay preocupación, para todo trata de buscar remedio. **¿Qué alegría cuando invita a los amigos a saborear sus frutos y sus vinos!** Anda buscando las palabras que surgen de nuestros labios para seleccionar las más elogiosas que, luego, repite como propias porque pasan a formar parte de los títulos con que honra a su viña, **¡SU AMOR!**

Es contagioso su cariño. Me hace sentir envidia de una relación tan íntima y profunda con una plantación que parece colmarle sus preocupadas esperas con sus anhelados frutos, con sus envidiados vinos, con la satisfacción de verlo feliz y entusiasmado. No imagina que su viña pueda dejar de darle esas satisfacciones. No puede pensar que se haga vieja.

No quiere evocar la posibilidad de una tormenta aniquilando el esfuerzo cariñoso de tantos meses. No acepta, ni en hipótesis, que su viña se vuelva perezosa o un día se niegue a devolverle el cariño de sus cuidados con la abundancia y calidad de sus cosechas. No puede ser.

Mi amigo está, irrealmente, encantado con su viña. Aunque conoce muy bien los problemas de inseguridad que tiene el campo, no acepta que su viña le pueda fallar, al menos de forma permanente. Y aun así no la abandonará ni se la pasará a otros mientras viva. La quiere demasiado. Este amigo mío es como Dios con nosotros.

Dos veces se toca hoy el tema de la viña en la liturgia de la Palabra. Primero lo hace Isaías en un poema lírico con mensaje de Dios a los hombres. Más tarde resume Jesús el tema para insistir en el mismo mensaje: **¿Qué hará Dios con un pueblo colmado de atenciones pero que no responde con frutos? ¿Cómo debe reaccionar ante un hombre al que ha prodigado sus favores si su vida es espiritualmente un erial?**

Si atendemos al contenido de la parábola sabemos que el dueño de la viña que prodiga sus cuidados es Dios, la viña fue primitivamente el pueblo de Israel y ahora es la Iglesia, los criados son los profetas, el hijo del dueño es Jesucristo. Los arrendatarios aludidos directamente fueron los líderes de Israel pero en realidad somos todos los hombres.

Dios pone al hombre en el mundo con su vida y sus cualidades. El hombre tiende a prescindir de Dios, a constituirse dueño absoluto de cuanto tiene, en su pequeña parcela, en su vida privada, en sus aptitudes y posibilidades. Entonces ni los frutos ni la gloria van a Dios. **¿Qué tienes tú, qué no lo hayas recibido?** ^(1 Cor 4,7). Nadie es creador de su vida, ni de las cualidades con que viene al mundo, ni del orden moral. El hombre es un eterno aprendiz del orden moral puesto por Dios y debe ser observador y guardián de ese orden.

La parábola aunque aplicada al antiguo pueblo elegido que mató a los profetas y finalmente al Hijo, los mensajes se hacen ahora al nuevo pueblo de Dios, la Iglesia. **¿Qué frutos percibe Dios en ella?** Estadísticas en mano, se pueden valorar los frutos y hablar alternativamente de sequías estériles y de cosechas opimas. Se puede decir que la vida de la Iglesia sigue el ritmo de los calores estivales y frutos de otoño.

Hay en la Iglesia frutos de santidad patente. Hay además mucha santidad oculta en todas las profesiones y países de la tierra. La santidad es única pero sus formas son múltiples. El Espíritu está activo en la Iglesia y suscita personas, grupos y movimientos que testimonian su presencia en el mundo con frutos de obras de santidad. Paralelamente coexisten arrendatarios rebeldes empeñados en hacer suya la parcela que se les ha arrendado. En este mundo de bienestar, materialismo y consumismo, son muchos los que se independizan de Dios y se apropian sus dones excluyéndole a Él.

DOMINGO XXVIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 25, 6-10a): *El Señor enjugará las lágrimas de todos los rostros.*

Salmo (22,1-3a,3b-4,5,6): *«Habitaré en la casa del Señor por años sin término»*

2ª lectura (Filipenses 4, 12-14,19-20): *Todo lo puedo en aquel que me conforta.*

Evangelio (Mateo 22, 1-14): *Muchos son los llamados y pocos los escogidos.*

Todas las parábolas del evangelio de san Mateo que estamos leyendo durante estos últimos domingos nos hablan de inclusión o exclusión del reino de Dios. El pasado domingo era la parábola de los viñadores rebeldes. Hoy es la de los invitados a las bodas reales.

Nunca definió Jesús en términos directos en qué consiste la dicha de la vida en Dios. Sólo dijo con qué se la puede comparar, a qué se parece. La vida eterna se parece a un gran banquete de bodas al que somos invitados gratuitamente y donde se reparte amistad, alimentos y alegría en abundancia y gratis. Este anuncio es una buena noticia.

Los invitados reales de la parábola de hoy, no sólo rechazan la invitación, sino que dan muerte a los emisarios. Es una conducta ilógica además de grosera y cruel. Imaginemos, por ejemplo, lo que muchos estarían dispuestos a pagar por asistir a una de las llamadas “*bodas del año o del siglo*”. En la parábola no es así. Al desdén por la invitación añaden la muerte de los mensajeros. El rey manda destruir la ciudad. Y al pobre tipo que entra sin traje de fiesta manda meterlo en la cárcel.

Esta parábola la encontraremos también en Lucas ^(14, 15-24), aunque con diferentes puntos de vista. Los emisarios del rey salen a repartir invitaciones. Unos las aceptan, otros se disculpan y la fiesta se celebra con un final feliz, “*happy end*”, como en las novelas rosas. No hay amenazas.

Cuando reflexiono sobre estos datos del texto no puedo menos que pensar: **¿No es exagerado el castigo? ¿No se ha pasado el Señor en su indignación? ¿Será Dios así?** Y se hace necesaria la meditación reflexiva para conciliar bondad con severidad en Dios y ver cómo, a pesar de la rabia y del castigo, el evangelio es siempre buena noticia.

Es posible que Jesús no inventara la parábola o, al menos, que se inspirara en una historia popular bien conocida en su tiempo en ambientes populares. “*El judío Bar-Majan, un nuevo rico, invitó a un banquete a todos los notables, a la “beautiful people” de la ciudad. Pero no asistieron. Él, muy molesto por la descortesía, mandó invitar a cuantos andaban por las calles y se llenaron los comedores*”.

Cuán alejadas están la mayor parte de nuestras fiestas actuales de lo que debe ser una fiesta de verdad. Cuanto más dinero tenemos más privadas resultan nuestras fiestas: cumpleaños, comuniones, bodas..., no celebramos lo que somos, parece que nos juntamos para mostrar a los demás lo que tenemos: el despilfarro es evidente en trajes, regalos, abundancia de bebida y de comida que acaba en la basura y terminar cuanto antes porque nadie nos encontramos realmente a gusto.

La cosa comienza con las invitaciones. No siempre podemos decir no; nos sentimos obligados por la familia, por convencionalismos sociales, porque vinieron a alguna cosa organizada por nosotros, etc. Y continua con los regalos; tampoco en esto podemos decidir: hay una lista, una cuenta corriente, un no perder tiempo aunque si dinero.

Los más pequeños ponen en marcha toda su creatividad y espontaneidad para hacer el “*regalo*” al amigo o amiga que les ha tocado en suerte en el juego del “*amigo invisible*”. Igual de importante son las manifestaciones, sentidas y expresadas con alborozo cuando recibimos el regalo que cada uno ha fabricado con sus manos.

Las invitaciones gratuitas son aquellas a las que podemos responder sí o no, sin que la persona que nos ha invitado se enfade si decimos que no. Por eso no nos cuesta responder que sí.

Así experimentamos también al Padre-Dios cuando en la Eucaristía nos invita a participar en el banquete de bodas de su Hijo Jesús con toda la humanidad; este hijo que es el gran regalo que se da a toda persona que lo necesite, que siente que todavía quedan muchas personas que no se han enterado y que hay algunas a las que se les niega la entrada porque **«no son de los nuestros»**.

Es el mismo que prepara, invita y acoge en su casa, el que nos ha vestido con las vestiduras de hijos suyos a todas las personas, que por el hecho de nacer a este mundo, somos reconocidas por Él con la plena dignidad y capacidades para ser parte de la construcción de este mundo como casa de todos los hermanos y hermanas que vivimos en él.

Entonces, y solo entonces, podremos todas las personas mirarnos a la cara y reconocernos, darnos las manos y construir juntos, abrazarnos y sentirnos reconciliados, reconocer las diferencias que se complementan y caminar juntos por caminos de alegría, de paz y solidaridad. Aprendamos, todos los que celebramos la Eucaristía, a proyectar todo esto en los banquetes de la vida cotidiana.

DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Isaías 45, 1.4-6): *Yo soy el Señor y no hay otro.*

Salmo (95,1 y 3.4-5.7-8.9-10a y c): *«Aclamad la gloria y el poder del Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 1, 1-5b): *Él os ha elegido.*

Evangelio (Mateo 22, 15-21): *¡Hipócritas!, ¿por qué me tentáis?*

Una vez más los dirigentes político religiosos de Israel quieren coger a Jesús en una trampa. Esta vez plantean la situación angustiosa que está sufriendo Israel bajo el yugo de Roma, los romanos oprimen esclavizan y matan indiscriminadamente a los israelitas. En estas circunstancias, le preguntan a Jesús: **¿Es lícito pagar el tributo al César o no?**

Pero Jesús no puede dejarse atrapar por ninguna de las facciones que luchan contra Roma, Él, que anuncia el Reino de Dios no puede convertirse en un líder político-militar como querrían los celotes. Aunque Israel es un pueblo, que no tenía otro soberano más que Dios, también es verdad que él había venido a cumplir otra misión, otro género de liberación humana con perspectivas más amplias y de otro tipo. Por eso la respuesta de Jesús es clara: **«¿Por qué me tentáis?»**, y a continuación les pregunta: **«¿De quién es esta imagen?»**. Si la imagen es del César debe volver al César.

Pero si al César hay que devolverle su imagen que es el dinero, el poder, la tiranía, a Dios hay que darle su imagen y la imagen de Dios es el hombre, por eso los césares de todos los tiempos no tienen ningún derecho a reclamar lo que es de Dios, su imagen que es el hombre. San Agustín, comentando este pasaje en “La Ciudad de Dios (*El sexto día de la Creación*)”, afirma: **«El César busca su imagen, dádsela. Dios busca la suya: devolvédsela. No pierda el César su moneda por vosotros; no pierda Dios la suya en vosotros»**.

Por ello cuando Jesús responde a fariseos y herodianos les está diciendo que el hombre solo se debe a Dios y que el dinero no es de Dios, el dinero es el origen, muchas veces, de los males, de las desigualdades entre los hombres y causa de la tiranía de los poderosos. El hombre, imagen de Dios solo se debe a Dios.

El Reino de Dios y los reinos de este mundo son ámbitos distintos y no podemos pretender maridajes ilegítimos entre ambos, pero tampoco pretender enfrentamientos entre ambos, que siempre han sido nefastos para la humanidad. Buscar el entendimiento y la complementariedad para así encontrar la justicia, la libertad la paz y el bien de todos los hombres.

Cada entidad debe tener su libertad de acción, su propia autonomía. Lo temporal debe administrarlo el César (los políticos), pero deberá hacerlo con justicia, con respeto y buscando, por encima de todo el bien común de todas las personas y no favorecer intereses particulares o partidistas. El ámbito de Dios, lo religioso y trascendente del hombre, es cosa de Dios, de su Reino presente en este mundo.

En este mundo dividido totalmente hoy, están por una parte los partidarios de las teocracias, por otra los de la supresión de la Iglesia o partidarios de una Iglesia nacionalista, los de la separación Iglesia-Estado o de colaboración en múltiples formas. De hecho, las relaciones Iglesia-Estado son frecuentemente un escabroso punto de fricción difícil de superar.

Entonces, **¿es el hombre un ser contradictorio condenado a vivir sólo de esperanzas?** La libertad política, sustancialmente no nos ha llevado a la paz. Desaparecido el totalitarismo, han surgido los particularismos y la situación no es sustancialmente mejor.

Hoy ya no hay emperadores con aspiraciones divinas. Los dictadores de ahora suelen ser ateos. El poder en las democracias pertenece al pueblo pero sus representantes pueden desviar la contribución de los ciudadanos con fines sesgados y muchos se preguntan hasta dónde llega, en conciencia, la obligación de contribuir al gasto público. **¿Es lícito contribuir a financiar el aborto, a comprar armas, a pagar las operaciones de transexualización...?**

La obligación de las autoridades políticas es fomentar el bien común, pero si no lo hacen, **¿A dónde van a parar y a quien benefician mis impuestos?** El Papa, obispos, sacerdotes y creyentes son al mismo tiempo ciudadanos en un país determinado. **¿Les es lícito eximirse de ciertos compromisos temporales o deben cumplir como ciudadanos de manera ejemplar?**

Muchos creyentes de todas las confesiones cristianas toman muy en serio estas preguntas. Interpretaciones ciegas y parciales han llevado a obediencias fanáticas a las decisiones del Estado. Pero la fidelidad al Cesar que Jesús pide no parece excluir la objeción de conciencia cuando el Estado traspasa los límites de sus competencias.

La vida entera sufre tensiones entre Dios-Iglesia y el Cesar-Estado con una gran diferencia: mientras los Estados urgen sus leyes con sanciones penales, Dios prefiere servidores libres aun con riesgo de que el hombre libre se niegue a colaborar con él para el bien. Esa es la grandeza de nuestra libertad y el peso de nuestra responsabilidad.

DOMINGO XXX DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Éxodo 22, 21-26): *Yo soy compasivo.*

Salmo (17, 2-3a.3bc-4.47 y 51): *«Yo te amo, Señor, tú eres mi fortaleza»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 1, 5c-10): *Vivir aguardando la vuelta de su Hijo Jesús.*

Evangelio (Mateo 22, 34-40): *Amarás al Señor tu Dios.*

Podemos hacer una separación, quizá muy simple, pero correcta, de nuestro comportamiento religioso con los demás. Entendiendo que Dios es *«alguien»* a quien amar, y no un sentimiento interior difuso y confuso. Todos conocemos a predicadores, catequistas, religiosos, padres y madres de familia, gente de bien, que insisten en que hay que amar a Dios sobre todas las cosas. Primero es Dios; luego lo demás.

Pero quizá la cosa no sea tan sencilla. Pronto saldrán frente a estos defensores a ultranza de Dios, aquellos que nos recuerden que *“a Dios rogando y con el mazo dando”*; no basta con apelar a la divinidad, sino mojarse, comprometerse, jugarse el tipo. Otros, más duros, nos recordarán que *“obras son amores, y no buenas razones”*. El riesgo, siempre permanente, de vivir solo para Dios dejando a un lado la realidad cotidiana, las personas que sufren, es un camino que conduce al fundamentalismo religioso. Un cristiano no puede transitar por él.

En la otra parte de la escena aparecen aquellos que piden amar al ser humano concreto, antes e incluso independientemente del amor a Dios. Es más, se atreven a citar la Escritura, cuando nos pregunta de forma incisiva, apelando a nuestra conciencia: **¿cómo dices que amas a Dios a quien no ves, si no amas al prójimo, a quien ves?** Los tiempos en los que nos movemos son propensos a esta segunda opción.

Hace años pensábamos, quizá ingenuamente, que solo los cristianos o los creyentes de corazón noble podían entregar su vida por los demás. Hoy sabemos por experiencia, conocemos a personas con nombres y apellidos, y a muchos grupos que trabajan por los demás sin que hagan una profesión explícita de fe religiosa.

Los judíos recitaban y recitan el Shema, oración diaria al amanecer y al atardecer. En ella recuerdan la unicidad de Dios y que solo a Dios se puede adorar, en un gesto inequívoco de amor. La Escritura, de la misma forma, recuerda en el libro del Levítico que Dios manda amar al prójimo. No se trata de un mandamiento aislado, pues en el libro del Éxodo, tal como leemos en la primera lectura, Dios prohíbe explícitamente abusar de los pobres; si ellos gritan, Dios los escuchará e intervendrá. El Dios de Israel está con los débiles y pequeños.

Jesús, que transparenta el rostro humano del Dios misericordioso, une los dos. No se pueden disociar; no hay contradicción posible entre ellos. Este es el reto para el cristiano del siglo XXI: amar a Dios sobre todas las cosas, amando al prójimo débil, pequeño, empobrecido; y amar a la persona que camina contigo, incluso en lo más extremo, amándola a ella, y amando en ella a Dios. **¿Es esto posible?** Seguro que sí.

Pudo alguna vez haber un error de interpretación como si en el AT se legislara el odio (ojo por ojo y diente por diente) y en el NT se abrogara la ley antigua a favor de la ley nueva del amor. La ley del amor existe desde el principio. Algunas expresiones como *«oísteis que se dijo a los antiguos: “amarás a tu prójimo y aborrecerás a tu enemigo”»* ^(Mt 5,43), se deben a un lenguaje pobre en matices. Nunca dijo Moisés que se deba odiar.

Partiendo de ahí, Jesús da un paso adelante pidiendo a los suyos el amor incluso a los enemigos. También la ley antigua está impregnada de amor. Siendo Dios amor, todas sus obras y todos sus preceptos tienen que llevar su marca. En el pasaje de la primera lectura se encuentran expresiones de ternura para regular las relaciones humanas. Y la imagen de Dios cruza las páginas de la Biblia en la figura de un padre misericordioso, *«lento a la ira y rico en clemencia»*.

El doctor de la ley pregunta a Jesús por un mandamiento, el principal. Y Jesús le responde con dos: *«El segundo es semejante al primero»* y van inseparablemente unidos: *«amar a Dios y al prójimo como a ti mismo»*; en ellos se resume toda la ley.

Hay en la respuesta de Jesús algo sobre lo que conviene llamar la atención: *“el amor a sí mismo”*. Hablar de amor a sí mismo suena, en principio, a inmoral. Sin embargo, Jesús habla del amor a sí mismo como punto de referencia de lo que debe ser el amor al prójimo. Es verdad que la palabra *“amor propio”* suele llevar connotaciones egoístas. Amarse a sí mismo, ser uno mismo, vivir su vida, autorrealizarse y otras expresiones semejantes parecen mirar sólo a uno mismo y excluir todo interés por el prójimo. Amarse a sí mismo se suele entender como un amor narcisista, un amor a una falsa imagen que cada uno tiende a formarse de sí mismo y es, en consecuencia, un amor irreal, un amor falso, un egoísmo.

Pero Jesús pone en su respuesta el amor a sí mismo como medida del amor al prójimo. Ha de ser un amor real y necesario. Si no puede comprender a los enfermos el que no ha padecido alguna vez enfermedad, tampoco podrá amar al prójimo el que no sabe amarse a sí mismo. Ahora bien, amar al prójimo es aceptarle como es para mejorar las propias sombras. Puede resultar incómodo mirarse en un espejo y aceptar todo lo que allí aparece. Pero si uno acepta las propias sombras, quizá le resulte más fácil disimular las faltas ajenas; y si acepta la luz que tiene en sí mismo, tal vez esto le ayude a ver mejor con la luz que irradian los otros. Jesús nos dice: ¡Ánimo, mírate al espejo!

SOLEMNIDAD DE TODOS LOS SANTOS

1ª lectura (Apocalipsis 7, 2-4, 9-14): *Una muchedumbre inmensa.*

Salmo (23, 1-2, 3-4ab, 5-6): *«Este es el grupo que viene a tu presencia, Señor»*

2ª lectura (1ª Juan 3, 1-3): *Ahora somos hijos de Dios.*

Evangelio (Mateo 5, 1-12a): *Estad alegres y contentos.*

La fiesta de Todos los Santos es como la celebración de la victoria final en las batallas contra el mal, contra el odio, contra el egoísmo contra las fuerzas y desórdenes en los campos de batalla del interior de nosotros mismos. No es posible entender la santidad sin lucha, sin esfuerzo, sin sacrificio. Por eso, todo santo es siempre un vencedor.

Sus victorias son dispares en espacio y tiempo, unas más fulgurantes, otras menos espectaculares pero más prolongadas. Todos vienen de la lucha, de la **«gran tribulación»**. San Juan los vio y no pudo contarlos porque son **“innumerables”**. Es una multitud incontable y pluriforme, perteneciente a toda raza, lengua y región. Tienen **“palmas en sus manos”** y cantan himnos de una victoria que es de Dios. Todo es obra de la gracia.

Juan no es un cronista que describe uno tras otro los hechos como han sucedido o van a suceder. Juan contempla en visión la historia desde atrás y ve de golpe al final **«un cielo nuevo y una tierra nueva»**, la victoria del bien sobre el mal. A los luchadores de ahora les hace ver la gloria de la victoria futura.

Todos los que cantan con palmas victoriosas en las manos pasaron por los mismos apuros, idénticas tribulaciones. De los santos triunfadores unos son conocidos, otros no. Pero todos son entrenadores en las batallas del espíritu, cabezas de fila de los que marchamos por los ásperos caminos de la vida.

Si son innumerables, están marcados y pertenecen al futuro, es lícito esperar que allí, estemos nosotros, porque estamos **“marcados”** también con el bautismo. Si fuéramos videntes como Juan podríamos distinguimos en esa multitud que canta el himno de alabanza a Cristo Redentor. Lo que esperamos que suceda un día, lo veríamos ya realizado ahora. Nadie está seguro de la vida eterna, pero nadie puede considerarse excluido de ella.

Por eso debemos leer este texto y aplicarlo primero a los que convivieron un día a nuestro lado y sólo cuando se fueron nos dimos cuenta del vacío que dejaban y de que eran santos. Debemos aplicarlo también a nosotros y a los que caminan con nosotros por las mismas dificultades, con las mismas esperanzas, marcados con el mismo signo para el mismo destino.

Los santos son aquellos que se dejaron (o se dejan) guiar por el Espíritu de Dios. Son innumerables e incontables. No hay una cifra que los recoja... Solo Dios sabe cuántos y quiénes son. Todos los cristianos estamos llamados a vivir en santidad, siguiendo las huellas de Jesucristo, dejándonos llevar por su Espíritu y siendo testigos del Evangelio allí donde estamos. Santos, para san Pablo, eran todos aquellos que vivían en comunión con Dios, en la Iglesia, por el bautismo. Así se refiere en sus cartas a los cristianos. Todos nosotros podemos estar incluidos en ese nutrido grupo.

En la vida, llena de complicaciones, brilla la luz de Dios que ilumina y orienta nuestro camino. Los santos saben reconocer esa luz y ponen su confianza en el Señor. A la mayoría de nosotros nos cuesta más y no lo percibimos con tanta claridad, quizá por nuestra falta de fe, o por nuestra limitación para contemplar su presencia. Lo podemos reconocer en la vida de las personas, en los empobrecidos de nuestro mundo, en la comunidad cristiana y también en los acontecimientos... Dios se manifiesta en ellos con fuerza. Cuidar la oración, celebrar la fe y estar unidos con Jesucristo nos ayudará a hacerle un hueco en nuestra vida y a vivir desde los sentimientos de Cristo.

Todos los bautizados estamos llamados a vivir y mostrar las bienaventuranzas. Es la hoja de ruta de los cristianos y la mejor presentación del mensaje de Dios para todos **¿Qué tenemos que hacer? ¿Cómo debemos vivir?** Las actitudes fundamentales del discípulo de Jesús están recogidas en ese mensaje: la misericordia, la compasión, la paz, el compromiso por los demás... se trata, en definitiva, de la obediencia de la fe, del seguimiento de Jesucristo. Son actitudes que solo podemos vivir desde la fe, apoyados en Dios.

El Señor nos marca el camino y nos invita a ser sal y luz para otros. Él nos da su Espíritu que impulsa y multiplica nuestro compromiso. Seguimos los pasos de Jesús viviendo su mensaje en medio de la vida del mundo, en nuestra familia, en el trabajo y en el ámbito profesional, en la escuela y la universidad, en nuestros pueblos y barrios..., convocados a fecundar la humanidad desde el amor de Dios. Los santos son aquellos que, contagiados de amor por el Señor, viven desde la fe.

DOMINGO XXXII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Sabiduría 6, 13-17): *Radiante es la sabiduría.*

Salmo (62, 2.3-4.5-6.7-8): *«Mi alma está sedienta de ti, Señor, Dios mío»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 4, 12-17): *Y así estaremos siempre con el Señor.*

Evangelio (Mateo 25, 1-13): *Os lo aseguro: no os conozco.*

La lectura reflexiva de esta parábola de las doncellas encuentra dificultades de comprensión y necesariamente surgen preguntas y porqués. La parábola es ciertamente lógica, pero hay en ella detalles que parecen poco evangélicos. **¿Es conforme al espíritu del evangelio negarse a compartir lo que se tiene y abandonar a su suerte a los necesitados? ¿Qué hay en el gesto de no-compartir para que cinco de las jóvenes sean alabadas de prudentes?**

Todas iban preparadas para las bodas, todas se duermen por la tardanza inesperada del esposo. Todas se despiertan y salen a su encuentro, pero en el momento decisivo unas son aceptadas y a otras se les niega la entrada en la sala del festín. **¿Por qué la grave y definitiva sanción de la puerta cerrada, sólo por un simple descuido u olvido de reserva de aceite, en previsión de un posible retraso en la llegada del esposo?**

Si nos adentramos en los simbolismos aquí servidos descubrimos pronto que la luz de las lámparas es la fe y el aceite es la condición indispensable para que ardan. La fe es “*intransferible*”, es cualidad personal de la relación del hombre con Dios, es incanjeable, lo mismo que la vida. Cada uno vive su vida y su fe sin que ningún otro pueda vivirla en su lugar. La vida, la personalidad, las obras, la fe, son realidades intransferibles. En la vida y responsabilidades con Dios puede haber ayuda, pero no sustitución, ni representación, ni suplantación. Solidaridad sí, intercambio no.

Las enseñanzas del evangelio son faros largos de luz que iluminan nuestro camino por la vida. Son “*avisos serios*”, pero nada tienen que ver con la angustia. El evangelio se anuncia para generar alegría, nunca miedo. La vigilancia aquí inculcada no es angustia. Quien lea esta parábola bajo el síndrome de la angustia no la ha leído bien. Se trata de la invitación a una fiesta sin otra condición que la de estar preparado y prevenido para el momento de la llegada, que puede adelantarse o traer retraso.

El consejo «*estad preparados porque no sabéis el día ni la hora*» es un aviso de prudencia que, sin embargo, no es renuncia a vivir la vida intensamente. El que se propone el máximo como meta puede seguir adelante aunque consiga menos; el que aspira sólo a mínimo corre el riesgo de quedar descalificado. De la misma manera, el que no piensa en la llegada del Señor terminará por despreocuparse como si esa llegada no fuera a tener lugar nunca: “*eso es necesidad*” y el que está prevenido para esa hora inevitable, vivirá en tensión de alerta: “*eso es prudencia*”.

No estamos solos, hermanos, en la vida. Nos necesitamos unos a otros para crecer y vivir. La persona se hace en relación con los demás, y con Dios Padre. Los creyentes sabemos que el Amor del Padre lo mueve todo. Necesitamos toda la vida para ir descubriendo una Presencia que nos hace caminar con seguridad y esperanza. A conocer el Amor de Dios, la Palabra lo llama Sabiduría, y no es un saber solo intelectual, sino un descubrir la plenitud y el sentido en nosotros mismos, en los demás, en lo que nos rodea, y en Dios.

La Sabiduría de Dios es un regalo a sus hijos, un Don que no conseguimos por méritos propios. Vivir la Sabiduría conlleva “*saber estar*” en la vida, ser prudentes, valorar todo lo bueno y noble con que nos encontramos. Y, además, este Don nos eleva, nos hace capaces para vivir abiertos a todos, sensibles a los hermanos, activos para transformar (de las tinieblas a la luz). Cuántos a nuestro lado viven este Saber que el Padre nos regala, y son estímulo y ejemplo.

Capaces para... una vida de Fiesta, atendiendo a Su llamada. Porque Dios no nos quiere “*con cara de vinagre*” (como dice Francisco). Por eso, siempre se compara el Reino de Dios, con esas imágenes de bodas, o de un banquete. Hoy se nos dice que este Reino es como una fiesta de bodas... para la que hay que estar preparados. También aquí Dios pide y ruega contestación (como cuando nos invitan a una boda), y dispuestos a salir (a dejar la seguridad aparente, la comodidad, el estar encerrados) para encontrarnos con Quien siempre viene y nos muestra el Camino.

Salir y además ser previsores, porque aunque no todo lo podemos controlar, si “*podemos adelantarnos*” (capacidad para prever el futuro) a lo que nos quiera apartar de ese camino, las dudas, el cansancio o la vacilación. Ser “*previsores*” que nos enseñaban los padres, es una buena actitud para no caer en la dificultad. Pues lo mismo, además del aceite que necesitamos para ser luz y entrar al banquete, tener algo de reserva, por si acaso.

Y con esta Luz que nos da la Sabiduría del Padre, y la fuerza que pongamos para crecer y vivir, imposible que estemos inactivos, o que se nos cierre la puerta de la Fiesta. Y es que la vida cristiana es apertura, actividad, “*estar despiertos*”, atentos a una Llamada, y a una Presencia que se hace real en cada persona y en cada acontecimiento. Ojala que, con mirada limpia de los ojos y del corazón, sepamos ver a este Dios que nos quiere bien despiertos, bien atentos. Animo, hermanos, ahora y siempre lo nuestro es la Fiesta.

DOMINGO XXXIII DEL TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (Proverbios 31, 10-13.19-20.30-31): *Extiende el brazo al pobre.*

Salmo (127, 1-2.3.4-5): *«Dichoso el que teme al Señor»*

2ª lectura (1ª Tesalonicenses 5, 1-6): *Estemos vigilantes y vivamos sobriamente.*

Evangelio (Mateo 25, 14-30): *Al que tiene se le dará.*

Estamos en el último domingo del año litúrgico y la Iglesia nos invita a reflexionar sobre las realidades últimas del hombre y de la historia. No implica esto que nuestra vida sea un vivir constantemente de cara a la muerte, pero sí planteamos que nuestro vivir es un vivir en esperanza, pues ya hemos experimentado la salvación de Cristo Jesús y en el bautismo hemos sido hechos hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos.

Esto hace que mantengamos viva la esperanza hasta la plena manifestación de los hijos de Dios en la venida definitiva del Señor. Entretanto, en este tiempo de espera, el Señor derrama sobre nosotros el Espíritu de Dios que es el que hace caminar a la Iglesia y hace que tomemos conciencia de que, como nos decía Pablo en la segunda lectura, somos hijos de la luz e hijos del día, no de la noche ni de las tinieblas.

Y para nuestro caminar en esperanza el Espíritu derrama sus dones sobre nosotros; es lo que nos recuerda el evangelio con esta parábola de los talentos. El Señor marcha de viaje y reparte a tres empleados cinco talentos a uno, dos a otro y uno a otro, a cada uno “según sus capacidades”. Es el Señor que en su Resurrección, podemos decir que “emprende viaje”, asciende a la derecha del Padre hasta que regrese lleno de gloria y majestad para ser juez de vivos y muertos y nos encarga a nosotros la construcción del Reino de Dios con la fuerza de su Espíritu.

Para ello tendremos que hacer producir los talentos que el Señor nos da a cada uno de nosotros, porque los dones del Espíritu (los talentos), los tenemos que poner al servicio de la edificación del Pueblo de Dios, y así, responder al Señor en fidelidad. Hacer producir los talentos que hemos recibido supondrá un riesgo, pero un riesgo que tenemos que asumir los que estamos llamados a transformar el mundo según el modelo del Reino de Dios. Nos dice el papa Francisco: *«prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades»* ^(Evangelii Gaudium).

Estas palabras del Papa nos tienen que mover a no adoptar la actitud del tercer empleado, enterrando nuestros talentos en tierra y buscando únicamente nuestra propia seguridad, a no reducir nuestra fe encerrándonos en los templos y limitándonos a cumplir mandamientos externos. El discípulo del Maestro tiene que recorrer su mismo camino y el camino del Maestro es el camino de la Cruz y para recorrerlo tenemos que desterrar nuestros miedos y seguridades para construir un mundo según el Evangelio, así seremos siervos fieles y cumplidores no encerrando nuestra vida, haciéndola estéril.

Esta parábola es tan conocida y universal que su palabra central “talento” ha ingresado de pleno derecho en todos los diccionarios para significar una especial capacidad y aptitud. En ese sentido se dice de una persona inteligente que es un talento: tiene talento musical, artístico, deportivo, etc.; “talento” en la parábola evangélica significa una gran suma de dinero. En ella se describen las responsabilidades del hombre dotado de “talentos” ante Dios, Señor y distribuidor de sus bienes. Inicialmente, se nos ha entregado una cantidad de dones para que, en una actividad productiva los hagamos fructificar, dando cuentas de su rendimiento. La parábola se lee al final del año eclesialístico, porque al final de temporada corresponde, en todo negocio, efectuar un detallado balance.

El señor de la parábola hace entrega de su dinero a cada uno según sus aptitudes, no a todos por igual, y se va para volver a pedir cuentas de la gestión. El señor de que aquí se habla es Dios, distribuidor de sus dones: *«Dios es admirable en sus santos y santo en todas sus obras»* ^(Salmo 67,36). A unos dota de cualidades que provocan admiración, “les hace ser admirados”; a otros da cualidades que provocan amor, “les hace ser queridos”.

Entre los dones de Dios están la vida, la salud (¿por qué no también la enfermedad?), la inteligencia, la simpatía, la belleza, el espíritu emprendedor, la tenacidad en el trabajo, la preocupación por los demás... Nadie se ha dado a sí mismo estas cualidades. Las da Dios a cada uno de manera desigual y “se va”, es decir, deja obrar libremente, no priva a nadie de las cualidades que le ha dado porque el agraciado no las use o haga mal uso de ellas. Pero esto no autoriza que pueda nadie, irresponsablemente, enterrar los talentos confiados o hacer de ellos un uso torcido.

El Señor se va pero regresa a pedir cuentas. Si al distribuir sus talentos no da a todos por igual, tampoco exige de todos lo mismo. Al que devolvió cuatro lo recompensó como al que devolvió diez, porque ambos habían desarrollado la misma actividad, habían duplicado el capital inicial. Sucede con frecuencia que las personas “con talento”, las personas con muchas cualidades humanas provocan cierta envidia. Leyendo esta parábola se comprende la sinrazón, de porque *«al que más se le ha dado, también se le exigirá más»* ^(Lucas 12,48).

DOMINGO: JESUCRISTO, REY

1ª lectura (Ezequiel 34, 11-12, 15-17): *Yo mismo apacentaré a mis ovejas.*

Salmo (22, 1-2a, 2b-3, 5-6): *«El Señor es mi pastor, nada me falta»*

2ª lectura (1ª Corintios 15, 20-26a, 28): *Dios será todo para todos.*

Evangelio (Mateo 25, 31-46): *Él separará a unos de otros.*

Ezequiel, en la primera lectura, expresa genialmente quién es el auténtico pastor de Israel, al tiempo que desenmascara a los “pastores” que deberían ocuparse de las descarriadas y de las perdidas sin hacerles caso. Sabiendo que en el Antiguo Testamento se denominan “pastores” a quienes tienen autoridad, sea civil o religiosa, el texto de Ezequiel revela el hartazgo de Yahveh con respecto a quienes ejercen autoridad y, al mismo tiempo, manifiesta una esperanza en las personas despreciadas, que no pintan nada, que son tenidas por inútiles: Dios mismo las buscará, las pastoreará, las alimentará, las amará dándoles así su dignidad, arrebatada por unos *«pastores que se pastorean a sí mismos»*.

El texto litúrgico de hoy es sobradamente conocido. Sin embargo, no por conocido es más comprendido. Ya hace tiempo que ciertos cristianos y ciertos sacerdotes tienen la dificultad de aceptar que Cristo Jesús, además de persona que pasó haciendo el bien, ha sido constituido *«juez»* por Dios Padre en su misterio pascual. Si la vida cristiana se fundamenta en la fe, las obras son el test de esa fe. Por ello, el juicio que expresa Jesús en este texto es, ante todo, un juicio, cuyo contenido viene determinado por nuestro comportamiento hacia los últimos, hacia quienes les ha sido arrebatada su dignidad, hacia los despreciados por esta sociedad.

En los relatos de la Pasión que contemplábamos ya hace tiempo, allá por primavera, tuvimos la oportunidad de contemplar cómo este mundo está fundamentado en la mentira y, por la mentira, fue entregado Cristo Jesús a los poderosos de este mundo. Es muy importante que no echemos en saco roto estas palabras de Jesús, ya que son terribles para quienes, abusando del amor de Dios, oprimen al prójimo; y son altamente esperanzadoras para quienes aman, sea haciendo el bien, sea sin hacer nada aparentemente más que amar en el anonimato, como María que sigue siendo el corazón que da vida a la Iglesia de su Hijo.

Humildemente hay que reconocer que Jesús, “*juez misericordioso*”, siempre da oportunidades para que el pecador se convierta y viva. Hay una forma de ir convirtiéndonos de cabras en ovejas: amando al que nos cae mal; sirviendo al cara dura; acogiendo al de carácter insoportable... No es posible de la noche a la mañana, pero poco a poco sí es posible, ya que el propio Jesucristo nos acompaña y nos ayuda en esa conversión. Y llegará un momento en que lo haremos sin enterarnos, porque será *«gracia»*.

«Jesucristo, Rey del Universo». La celebración de esta realeza con una fiesta litúrgica la introdujo en 1925 el papa Pío XI. La Iglesia siempre se ha hecho solidaria con los problemas, angustias y esperanzas de los hombres. Siempre que se pide justicia entre los hombres se está invocando un atributo de Dios que es infinitamente justo, lo mismo que es infinitamente sabio, poderoso y misericordioso.

La justicia de Dios no debe infundir sentimientos de temor sino de paz y confianza. Siendo Dios justo evalúa con exactitud todas mis acciones teniendo en cuenta el elemento de debilidad humana, en la base siempre de todas nuestras acciones. Los hombres solemos pecar más por error o debilidad que por mala voluntad. Y como a la justicia se une la misericordia *«Dios es lento a la cólera y rico en clemencia»*, mira las motivaciones del corazón y recompensa los buenos deseos que la humana limitación no permitió llevar a efecto.

El evangelio habla simultáneamente de Jesucristo Rey, Pastor y Juez, que imparte justicia. A un lado unos: *«Venid, benditos, entrad en la vida preparada desde la creación del mundo»*. Al otro lado otros: *«apartaos...»*. Unos entrarán en la vida, otros serán excluidos de ella. El cuadro que nos pinta Mateo es al mismo tiempo fascinante e inquietante.

Pero Jesús, además de Rey y Juez es también el Buen Pastor y, como pastor nos ha dicho: *«Yo doy la vida por mis ovejas [...] Tengo todavía otras ovejas que no están en este aprisco a las que debo traer y habrá un solo rebaño bajo la guía de un solo pastor»* (Jn 10). Ahora habla como juez y entrega esa misma vida con ejecución inmediata: *«venid, poseed la vida»*. Es un mensaje fascinante.

Los seguidores de Cristo Jesús somos ovejas de su rebaño y voluntarios de su reino. En esta vida podemos padecer descompensaciones humanas, pero tenemos siempre una meta en nuestra vida por la que vale la pena comprometerse: *«Tuve hambre, estuve enfermo...»* o lo que es lo mismo: Yo era refugiado, emigrante en patria extraña, alcohólico o drogadicto, estaba en paro, vivía solo y triste, necesitaba instrucción y consejo... **¿Qué hicisteis conmigo?** Es el Espíritu de Dios quien nos tiene que introducir en la comprensión plena de este evangelio. De nuestra parte todo intento por conseguirlo es poco.